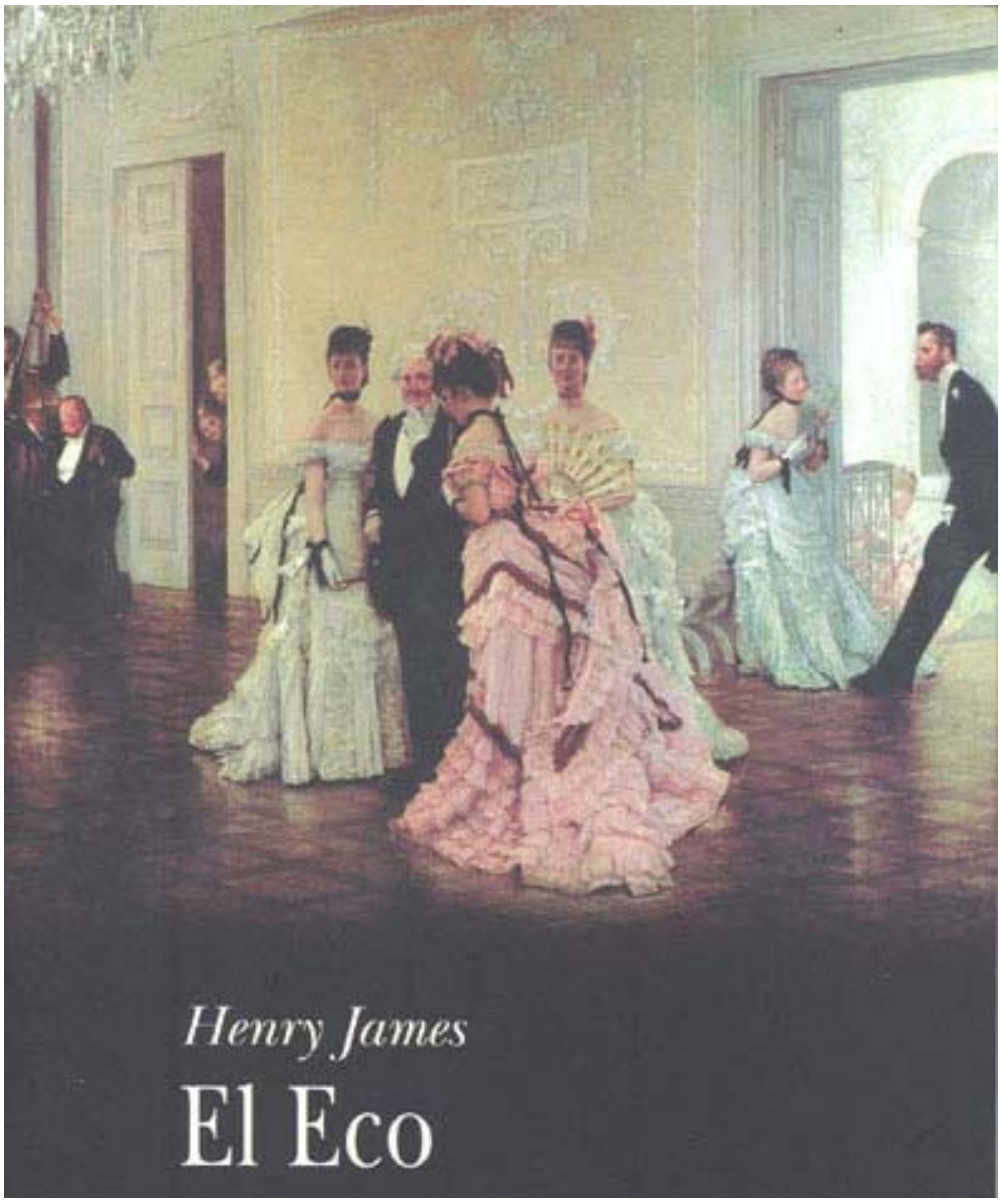
LIBRO dot.com



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Henry James

El Eco

I

-Supongo que mi hija estará aquí -dijo el anciano, indicando el camino que llevaba al pequeño *salon de lecture. No* es que fuese de edad harto avanzada, pero así lo consideraba George Flack y, ciertamente, parecía más viejo de lo que era. George Flack lo había encontrado sentado en el patio del hotel (se sentaba a menudo en el patio del hotel), y, tras acercarse a él con su característica llaneza, le había preguntado por la señorita Francina. El pobre señor Dosson se había aprestado con suma docilidad a atender al joven: levantándose como si fuera la cosa más normal del mundo, se había abierto camino a través del patio para anunciar al personaje en cuestión que tenía visita. Ofrecía un aspecto sumiso, casi servil, mientras en su búsqueda precedía al visitante estirando la cabeza; pero no era propio del señor Flack advertir este tipo de cosas. Aceptaba los buenos oficios del anciano como habría aceptado los de un camarero, sin el menor murmullo de protesta, con el fin de dar a entender que había venido a verle también a él. Un observador de estas dos personas se habría convencido de que la medida en que al señor Dosson se le antojaba natural que alguien quisiera ver a su hija sólo era igualada por la medida en que al joven se le antojaba natural que su padre tuviese que ir a buscarla. A la entrada del *salon de lecture* había un cortinaje superfluo que el señor Dosson retiró mientras George Flack entraba tras él.

La sala de lectura del Hotel de l'Univers et de Cheltenham no tenía grandes dimensiones, y al señor Dosson le había parecido desde el primer momento que consistía sobre todo en un suelo sin alfombrar y muy bruñido en el que era fácil que resbalase un americano relajado y de cierta edad. Estaba además compuesta, según la percibía él, de una mesa con un gran tapete de terciopelo verde, de una chimenea con un montón de orlas y nada de fuego, de una ventana con un montón de cortinas *y* nada de luz, y del *Figaro,* que era incapaz de leer, y el *New York Herald,* que ya había leído. Justo ahora había una sola persona en posesión de todas estas comodidades: una joven que, sentada de espaldas a la ventana, miraba hacia la convencional habitación. Iba vestida como para salir a la calle; sus manos vacías descansaban sobre los brazos de la silla (se había quitado los largos guantes, que yacían en su regazo), y parecía dedicada en cuerpo y alma a no hacer nada. Su rostro estaba tan a la sombra que apenas se podía distinguir; con todo, nada más verla el joven exclamó:

-¡Vaya, pero si no es la señorita Francie...! ¡Es la señorita Delia!

-Bueno, supongo que eso podemos arreglarlo -dijo el señor Dosson, entrando con paso deambulante en la sala y arrastrando los pies por el suelo, sin alzarlos. Hiciera lo que hiciese, siempre parecía que deambulaba: tenía cierto aspecto pasajero, cierto aspecto de no llegar, cansina y sin embargo pacientemente, incluso cuando se sentaba (pues era capaz de pasarse horas enteras sentado) en el patio de la posada. Dirigiendo una mirada a los dos periódicos que estaban en el desierto de terciopelo verde, se acercó al ojo un monóculo imposible e indiferente.

-Delia, querida, ¿dónde está tu hermana?

Delia no hizo el menor movimiento, y, por lo que cupo observar, tampoco la menor expresión cruzó su rostro grande y joven. Solamente exclamó:

-Vaya, señor Flack, ¿de dónde sale usted?

-Bueno, éste es un buen sitio para encontrarse -observó su padre, como si quisiera suavemente, a modo de mera sugerencia de pasada, dejar de lado las explicaciones.

-Cualquier sitio es bueno cuando uno se encuentra con viejos amigos -dijo George Flack, mirando también los periódicos. Inspeccionó la fecha del ejemplar americano y volvió a dejarlo en su sitio.

-Y bien, ¿qué le parece París? -continuó, dirigiéndose a la joven.

-Lo estamos disfrutando mucho; pero, por supuesto, ya nos es familiar.

-Vaya, tenía la esperanza de que podría enseñarles algo -dijo el señor Flack.

-Me malicio que ya lo han visto casi todo -observó el señor Dosson.

-¡Bueno, más que tú sí que hemos visto! -exclamó su hija.

-Bueno, yo he visto un montón..., simplemente, sentándome ahí.

Una persona de oído fino podría haber sospechado que el señor Dosson había dicho «asentándome» [1]; pero es que solía pronunciar la misma palabra de manera distinta en ocasiones distintas.

-En fin, en París se puede ver de todo -dijo el joven-. Estoy francamente entusiasmado con París.

-¿No había estado aquí antes? -preguntó la señorita Delia.

-Sí, claro, pero siempre es nuevo. Y ¿qué tal está la señorita Francie?

-Está bien. Ha subido a coger no sé qué; vamos a salir otra vez.

-París tiene mucho atractivo para los jóvenes -dijo el señor Dosson al visitante.

-Bueno, pues yo me cuento entre los jóvenes. ¿Le importa que vaya con ustedes? -continuó el señor Flack, dirigiéndose a la muchacha.

-Será como en los viejos tiempos, en la cubierta -contestó ella-. Vamos a ir al Bon Marché.

-¿Por qué no van al Louvre? Es mucho mejor.

-Acabamos de volver de allí: ¡vaya mañanita!

-Pues el sitio está bien.

-Tiene algunas cosas que están bien, pero para mí que en otras se queda corto.

-Ah, lo han visto todo -dijo el señor Dosson. Luego añadió-: En fin, voy a avisar a Francie.

-Bueno, dile que se dé prisa -dijo a su vez la señorita Delia, balanceando un guante en cada mano.

-Ella ya conoce mi ritmo -comentó el señor Flack. -¡Faltaría más, con aquellas carreras que se pegaba usted! -prorrumpió la muchacha, recordando la Umbría-. Espero que no esté pensando en ir con esas prisas por París.

-Siempre voy con prisas. Vivo con prisas. Es el único modo de llegar a algo.

-Yo he llegado a las últimas, supongo -dijo el señor Dosson, filosóficamente.

-¡Bueno, pues yo no! -anunció su hija con decisión.

-En fin, pásese por aquí a menudo -siguió el anciano caballero, a modo de despedida.

-¡Ah, me pasaré! Tendré que ir con prisas, pero lo haré.

-Haré bajar a Francie -y el padre de Francie salió sigilosamente.

---

[1] Se juega aquí con las pronunciaciones de «setting» (estableciendo, asentando) y « sitting» (sentado). *[Esta nota, como las siguientes, es de la traductora.]*

-¡Y por favor dale algo más de dinero! -gritó su hermana.

-¿Es ella la que guarda el dinero? -se interesó George Flack.

-*¿Guardarlo? -el* señor Dosson se detuvo mientras empujaba la *portiére*-. ¡Ah, es usted un joven inocente!

-Adivino que es la primera vez que le llaman inocente -observó Delia, una vez a solas con el visitante.

-Bueno, lo *era*... antes de venir a París.

-Pues a mí no me parece que París nos haya hecho ningún daño. No somos extravagantes.

-¿Y no tendrían derecho a serlo?

-No creo que nadie tenga derecho a serlo.

El joven, que se había sentado, la miró un instante.

-Así solía hablar usted.

-Pues no he cambiado.

-Y la señorita Francie..., ¿ha cambiado?

-Bueno, ya lo verá -dijo Delia Dosson, empezando a ponerse los guantes.

Su acompañante observó cómo se inclinaba hacia delante, con los codos apoyados en los brazos de la silla y las manos entrelazadas. Al fin dijo, con tono interrogador:

-¿Bon Marché?

-No, los compré en un lugarcito que conozco.

-Bueno, en cualquier caso *son* París.

-Por supuesto que *son* París. Pero en cualquier sitio se pueden comprar guantes.

-De todos modos, tiene que enseñarme el lugarcito -siguió el señor Flack, afablemente. Y asimismo observó, con idéntica cordialidad-: Parece que el viejo caballero está en perfecta forma.

-Ah, es un cielito.

-Es un auténtico caballero... de la vieja estampa -dijo George Flack.

-Vaya, ¿y qué otra cosa se pensaba que iba a ser nuestro padre?

-¡Lo que pienso es que debe de estar encantado!

-Pues sí que lo está, cuando llevamos a cabo nuestros planes.

-¿Y en qué consisten... sus planes? -preguntó el joven.

-Ah, nunca los cuento.

-¿Y entonces cómo sabe él si los llevan a cabo?

-Bueno, supongo que de no ser así lo sabría -dijo la muchacha.

-Recuerdo lo reservada que era usted el año pasado. Se lo callaba todo.

-Bueno, sé lo que quiero -prosiguió la joven.

George Flack la observó mientras se abotonaba mañosamente uno de los guantes con una horquilla que liberó de cierta misteriosa función que cumplía bajo su sombrero. Hubo un momento de silencio, y luego alzaron los ojos y se miraron.

-Me da la impresión de que a mí no me quiere –dijo George Flack.

-Oh, claro que sí..., como amigo.

-¡De todos los medios ruines para intentar desembarazarse de un hombre, ése es el más ruin! -exclamó.

-¿Dónde está la ruindad, cuando no le supongo a usted tan raro como para desear ser algo más?

-¿Más para su hermana, quiere decir... o para usted?

-Mi hermana es mi misma persona..., no tengo otra –dijo Delia Dosson.

-¿Otra hermana?

-No sea necio. ¿Sigue dedicándose a lo mismo?

-La verdad es que no recuerdo en qué andaba metido.

-Vaya, era algo que tenía que ver con aquel periódico... ¿No se acuerda?

-Sí, pero ya no es aquel periódico..., es otro distinto.

-¿Todavía anda por ahí en pos de noticias... de la misma manera?

-Bueno, intento darle a la gente lo que quiere. Es un trabajo duro -dijo el joven.

-En fin, supongo que de no hacerlo usted lo haría otro. La gente consigue lo que quiere cueste lo que cueste, ¿no?

-Sí, cueste lo que cueste -pero, al parecer, en ese momento las necesidades de la gente no le interesaban al señor Flack tanto como las suyas propias. Echó un vistazo a su reloj y comentó que no parecía que el anciano caballero tuviese demasiada autoridad.

-¿Demasiada autoridad? -repitió la muchacha.

-Con la señorita Francie, que se está tomando su tiempo o, mejor dicho, se está tomando el mío.

-Bueno, si espera usted hacer algo en su compañía se lo tendrá que dar en grandes cantidades.

-De acuerdo: le daré todo el que tengo -y el interlocutor de la señorita Dosson se reclinó en su silla con los brazos cruzados, como si quisiese hacer saber a su acompañante que tendría que contar con su paciencia. Pero ella siguió allí sentada con su inexpresiva placidez, sin dar la menor señal de alarma o de derrota. De hecho, él fue el primero en mostrar un síntoma de inquietud: al cabo de unos instantes preguntó a la joven si suponía que quizá su padre no le había dicho a su hermana de quién se trataba.

-¿Cree usted que con eso basta? -quiso saber la señorita Dosson. Pero añadió, con más elegancia-: Probablemente sea ésa la razón. Es tan tímida...

-Ah, sí..., eso parecía.

-No, ésa es su rareza, que nunca lo parece y sin embargo lo es, y mucho.

-Bueno, pues entonces usted la compensa, señorita Delia -se aventuró a afirmar el joven.

-Sí, para todo lo que tenga que ver con ella no soy tímida..., nada, nada.

-Si no fuera por usted, creo que me sería posible hacer algo -continuó el joven.

-¡Entonces tendrá que matarme primero!

-Me encargaré de usted, ya veré cómo, en *El Eco* -dijo George Flack.

-Bah, no es eso lo que le interesa a la gente.

-No, a la gente, por desgracia, *mis* asuntos no le importan nada.

-Bueno, pues a nosotras sí: Francie y yo somos más amables -dijo la muchacha-. Pero deseamos que sigan siendo bien distintos a los nuestros.

-Ah, los suyos, los suyos: ¡ojalá pudiera descubrir cuáles son! -exclamó el joven periodista. Y durante el resto del tiempo que estuvieron esperando intentó enterarse. Si por casualidad hubiese habido un oyente durante el cuarto de hora que transcurrió, y si se hubiese dignado prestar un poco de atención a estos vulgares jóvenes, tal vez le habrían asombrado tanto misterio por un lado y tanta curiosidad por el otro... Al menos se habría asombrado de la elaboración de proyectos inescrutables por parte de una muchacha que a un observador casual se le antojaría de una pasividad estólida. Fidelia Dosson, cuyo nombre había sido acortado, tenía veinticinco años y un rostro grande y blanco, con los

ojos muy separados. Su frente era alta, pero pequeña su boca; tenía el cabello claro e incoloro, y cierto grosor inelegante de su figura la hacía parecer más baja de lo que era. Sin duda, la naturaleza no le había conferido elegancia, y el Bon Marché y otros establecimientos tenían que compensarlo. Unos ojos femeninos a duras penas habrían pensado que esos establecimientos habían cumplido con su cometido; pero ni siquiera una mujer habría adivinado lo poco que le importaba a Fidelia. Siempre tenía el mismo aspecto; ni todas las artimañas parisinas juntas habrían podido darle un aspecto distinto, y ella, por su parte, no las tenía en ninguna estima. Era un rostro feúcho e inexpresivo, que, además de carecer de movimiento, tenía, en su reposo, indicios de terquedad; y aun así, con todas sus limitaciones, no era ni estúpido ni desagradable. Había en él cierto aire de calma inteligente, una expresión atenta, ponderativa, que de alguna manera era superior a la inseguridad o a la ansiedad; además, la muchacha tenía una piel clara y una sonrisa tenue y apacible. De haber sido un joven (y tenía, un poco, la cabeza de uno) probablemente se habría pensado de ella que acariciaba sueños de eminencia en alguna actividad científica o incluso política.

Un observador habría colegido, asimismo, que la relación del señor Flack con el señor Dosson y sus hijas se había originado cuando cruzó en su compañía el Atlántico rumbo al este hacía más de un año y con un ligero trato inmediatamente después de desembarcar, pero que ambas partes habían trajinado mucho desde entonces; habían trajinado, no obstante, sin volver a encontrarse. Había que inferir que en este intervalo la señorita Dosson había vuelto a llevar a su padre y a su hermana a su tierra natal *y* que después habían dirigido por segunda vez su rumbo a Europa. Ésta era una nueva partida, decía el señor Flack, o más bien una nueva llegada: entendía que no se trataba de la clásica visita de siempre, como decía él. Ella no recusó la acusación, lanzada por su acompañante como si fuese algo embarazoso, de que en casa se había quedado todo el tiempo en Boston, es más, en una zona residencial de las afueras: confesó que, en tanto que bostonianos, habían sido capaces de hacer semejante cosa. Pero ahora habían venido al extranjero a pasar más tiempo..., muchísimo más: el motivo de haber vuelto a casa había sido hacer preparativos para una estancia en Europa cuyos límites no podían conocerse. En la medida en que esta posibilidad entraba en sus planes, la reconocía con entera libertad. He aquí que contó con la aprobación de George Flack: también él se traía entre manos un asunto de envergadura por estos lares y podría durar años, así que sería agradable tener ahí mismo a sus amigos. Sabía cómo moverse por París -o por cualquier sitio semejante- mucho mejor que por Boston; si se hubieran encovado en una de aquellas coquetas zonas residenciales, no los habría encontrado nunca.

-Bueno, nos verá todo lo que le plazca..., siempre que nos acepte de determinada manera -dijo Delia Dosson, lo cual llevó al joven a preguntar qué manera era ésa y a comentar que sólo conocía una manera de tomarse las cosas: simplemente, como vinieran-. Bueno, ya lo verá -replicó la muchacha; y por el momento se negó a dar más explicaciones sobre lo que había sido un discurso un tanto glacial. A pesar de ello manifestó interés por el «asunto» del señor Flack, interés que al parecer descansaba en un interés por el propio joven. El observador levemente sorprendido cuya presencia hemos supuesto habría percibido que este último sentimiento se fundaba en cierta idea acerca de la brillantez intrínseca del señor Flack. ¿Habría quedado justificada por la propia impresión del observador? ¿Le habría parecido una idea contagiosa? Me abstengo de decir terminantemente que no, pues esto me encomendaría la gran responsabilidad de

demostrar qué derecho podría haber tenido nuestro observador accidental a sostener su particular criterio. Prefiero por tanto apuntar simplemente que George Flack era lo bastante listo para parecerle una persona de importancia a Delia Dosson. Estaba relacionado (suponía ella) con la literatura, y ¿acaso no era la literatura uno de los muchos atributos encantadores de su querida hermanita? Si el señor Flack era escritor, Francie era lectora: ¿acaso no había sido un rastro de Tauchnitzes [2] olvidados lo que había ido jalonando el trayecto anterior del grupo de tres? La hermana mayor se los llevaba cuando se iban de los hoteles y de los vagones de tren, pero solía descubrir que había cogido volúmenes sueltos. Aun así, consideraba que la familia tenía una especie de afinidad superior con el joven periodista, y se habría sorprendido si le hubiesen dicho que el hecho de conocerle no constituía ninguna ventaja importante.

El aspecto del señor Flack no era tanto una propiedad suya como un prejuicio por parte de quienes le miraban: fueran quienes fuesen, lo que principalmente veían en él era que le habían visto antes. Y, por extraño que parezca, este reconocimiento no entrañaba en general ninguna capacidad para recordarle, esto es, para traerle a la memoria: uno no podría haberle evocado de antemano, y sólo cuando le veía sabía que *ya* le había visto. Para tenerle presente en la cabeza se le tendría que haber tenido mucho afecto, pues ningún otro sentimiento, ni siquiera la aversión, habría sido capaz de indicar qué era lo que le diferenciaba de su grupo: la aversión, en especial, habría hecho que tan sólo se notase lo que le confundía con él. No era una persona concreta, sino un espécimen o memento...; recordaba a ciertas mercancías que cuentan con una constante demanda popular. Difícilmente esperaría uno que tuviese un nombre distinto al de su clase: un número, como el del periódico del día, habría sido lo máximo que uno habría dado por hecho, con la vaga esperanza de descubrir que era un número alto..., en torno a los millones. De la misma manera que cada ejemplar del periódico lleva la misma cabecera, la del visitante de la señorita Dosson habría sido «Joven americano comercial». Permítaseme añadir que, entre las contingencias de su aspecto, estaba la de que a veces otros jóvenes americanos comerciales lo consideraban estupendo. Tenía veintisiete años y una cabeza pequeña *y* cuadrada, un paletó gris claro *y* una curiosa curvatura natural en su índice derecho que podría haber servido, bajo presión, para identificarle. Pero para comodidad de la sociedad debería haber llevado siempre algo llamativo, un sombrero verde o una corbata escarlata. Su tarea era obtener material en Europa para un periódico americano de «ecos de sociedad».

Si se objetase a todo esto que cuando Francie Dosson por fin se presentó se dirigió a él como si le reconociese con facilidad, la respuesta sería que su padre se lo había notificado..., y más puntualmente de lo que daba a entender su manera de personarse.

-Vaya, aparece *así,* de improviso... -dijo Francie, sonriendo y tendiéndole la mano izquierda: en la otra mano, o en el hueco de su brazo derecho, llevaba un paquete más bien grande. Aunque le había hecho esperar, era evidente que estaba muy contenta de verle ahí; y también era evidente que precisaba, y disfrutaba, de grandes dosis de semejante tipo de tolerancia. La actitud de su hermana nos lo habría hecho saber aun en el caso de que su propia apariencia no lo hubiese hecho. Había algo en su trato con el joven (un matiz perceptible pero indefinible) que parecía legitimar la extrañeza de que éste hubiese preguntado en concreto por ella, como si desease verla excluyendo a su

[2] Tauchnitz, editorial alemana que publicaba en inglés una *Collection of British and American Authors* que de 1841 a 1936 fue muy popular entre los anglosajones que viajaban por Europa.

padre y a su hermana: una suerte de placer especial que tenía cierto aire de indicar una relación especial. Y aun así un espectador, mirando ora al señor George Flack ora a la señorita Francie Dosson, se las habría visto y deseado para adivinar qué relación especial podría haber entre ellos. La muchacha era sumamente, extraordinariamente bonita, y no guardaba ningún parecido discernible con su hermana; y había en ella una luminosidad, una especie de fulgor quedo, asaz distinta a eso que se llama viveza. Aun siendo más alta que baja, delgada, delicada y, evidentemente, tan ligera de pies y manos como cabe ser, no daba la impresión de moverse deprisa, de parlotear sin tregua, de tener unos nervios excitables y una vitalidad irreprimible: no había en ella el menor rastro de pertenecer al más habitual (que quizá también sea el más airoso) de los tipos americanos. Era brillante pero discretamente bonita, y sólo la percepción de que era extremadamente suave desmentía la sospecha de que era un poco acartonada. No había en ella nada que confirmase la insinuación de que había estado correteando por la cubierta de un Cunarder con un reportero. Iba más derecha que una vara *y* era fina como una alhaja; su cuello era largo *y* había color en sus ojos grises, y, desde las ondas de su cabello moreno hasta la curva de su nada tajante barbilla, cada línea de su rostro era feliz y pura. Tenía una voz informe y muy poca ciencia.

Delia se levantó y salieron de la pequeña sala de lectura, mientras la joven le decía a su hermana que esperaba que hubiese cogido todas las cosas.

-Bueno, ha sido una búsqueda endiablada, con tantas como tenemos -replicó Francie arrastrando suavemente las palabras, de una manera singular-. Hay varias docenas de pañuelos de bolsillo que no he podido encontrar; pero me figuro que los he cogido casi todos, y la mayoría de los guantes.

-¿Y por qué los va acarreando por ahí? -preguntó George Flack, cogiéndole el paquete-. Mejor será que me permita ocuparme de ellos. ¿Compra pañuelos de bolsillo a centenares?

-Bueno, sólo salen a cincuenta la pieza -dijo Francie, sonriendo-. No son bonitos... Vamos a cambiarlos.

-¡Ah, me niego a participar en eso! ¡Este truco no sirve con los franceses! -exclamó el joven.

-¡Ah, tratándose de Francie, se quedan con lo que ella quiera! -afirmó Delia Dosson-. Sencillamente la adoran, enterita.

-Bueno, pues entonces son como yo -dijo el señor Flack con amistoso regocijo-. Si ella quiere, me la quedo.

-La verdad es que aún no me veo preparada del todo -replicó la joven-. Pero de veras espero que volvamos a cruzarnos con usted.

-Hablando de cruzar..., ¡en estos bulevares sí que necesitamos un salvavidas! -observó Delia. Habían salido del hotel y la amplia perspectiva de la Rue de la Paix se extendía por ambos lados. Había muchos vehículos.

-¿No valdría con esto? Se lo ataré a cualquiera de las dos -dijo George Flack, mostrando el fardo-. Supongo que si la adoran no la matarán -siguió diciéndole a la más joven.

-Bueno, primero hay que conocerme -respondió, riéndose y buscando una oportunidad, mientras esperaban, para cruzar.

-Yo no la conocía cuando me quedé impresionado -y dirigiendo a su codo la mano desocupada, la impulsó calle a través. Ella hizo caso omiso de su observación, y Delia,

después de cruzar, preguntó si su padre le había dado el dinero. Contestó que le había dado la mar de dinero: era como si hubiese hecho testamento, lo cual llevó a George Flack a decir que ojalá el anciano caballero fuera su padre.

-¡Vaya, no querrá decir que quiere ser nuestro hermano! -exclamó Francie, mientras bajaban por la Rue de la Paix.

-Me gustaría serlo de la señorita Delia, si sabe usted entenderme -dijo el joven.

-Bueno, entonces supongamos que lo demuestra parándome un coche de punto -respondió la señorita Delia-. Me imagino que usted y Francie no pensarán que esto es la cubierta del barco.

-Qué, se le nota que se siente rica, ¿eh? -interpeló George Flack a Francie-. Aunque sí que necesitamos un carro para nuestras mercancías -y llamó a un pequeño carruaje amarillo, que en seguida se arrimó a la acera. Los tres subieron y, entre inocentes chanzas, prosiguieron la marcha, mientras en el Hotel de l'Univers et de Cheltenham el señor Dosson volvía a deambular hacia el patio y ocupaba su sitio en su silla de costumbre.

II

El patio tenía un techado de cristal; el aire de abril era templado; desde la calle entraba el griterío de las vendedoras de violetas, y, confundiéndose con el sonoro murmullo de París, parecía como si trajese vagamente consigo el aroma de las flores. Había otros aromas en el lugar, cálidos, suculentos y parisinos, que iban del pescado frito hasta el azúcar quemado; y había muchas cosas más: mesitas para el café de sobremesa; pilas de equipaje marcado (tras iniciales o, a menudo, nombres, como R. P. Scudamore o D. Jackson Hatch) con inscripciones como Philadelphia, Pa., o St Louis, Mo.; el repiqueteo de campanillas desatendidas, el ir y venir de camareros con bandejas, conversaciones con las admonitorias patronas de las ventanas del segundo piso, llegadas de muchachas con sombrereras como ataúdes revestidas de hule negro y colgando de una correa, salidas de personas alojadas y, justo después, llegadas de otras personas que venían a verlas; y además, las distraídas postraciones en los bancos de los cansados cabezas de familia americanos. Era a este último elemento al que en cierta medida contribuía el propio señor Dosson, pero hay que añadir que no tenía el aspecto de extremo desconsuelo y agotamiento de algunos de sus congéneres. Había en él cierto aire de paciencia meditativa, de acomodación rutinaria; pero cualquiera habría adivinado que estaba disfrutando de unas vacaciones más que suspirando por una tregua, y no estaba tan debilitado para no ser capaz de levantarse de tanto en tanto y pasearse por la *porte cochére* para echar un vistazo a la calle.

Estuvo mirando a ambos lados durante cinco minutos, con las manos en los bolsillos, y luego volvió; pareció que se quedaba contento; pedía muy poco, carecía de inquietudes que estas pequeñas excursiones no pudiesen aplacar. Miró el equipaje amontonado, las campanillas tintineantes, a la joven de la *lingére,* a los visitantes rechazados, a todo menos a los otros padres americanos. Algo en el corazón le decía que lo sabía todo de ellos. En una colección zoológica, no es unos a otros adonde más dirigen sus miradas los animales que comparten una misma jaula. Había en él una sociabilidad silenciosa y una finura de índole que ayudaban a dar cuenta de las diversas exquisiteces de su hija Francie.

Era un hombre bien parecido, enjuto y sin una figura concreta; cualquiera habría visto al instante que la pregunta de cómo tenía que portarse no se le había planteado en toda su vida. Nunca «se portaba» en lo más mínimo; más bien, la providencia le portaba a él (y de forma muy flexible) con una cuerda invisible, de cuyo extremo parecía que pendía y oscilaba suavemente. Tan liso era su rostro que los ralos bigotes claros, que sólo le crecían muy atrás, apenas parecían oriundos de sus mejillas: bien podrían haberse adherido a ellas con algún inocuo propósito teatral o de disfraz. La mayor parte del tiempo parecía como si estuviese dándole vueltas, sin llegar a entenderlo, a algo bastante chusco que acababa de ocurrir; si sus ojos erraban, su atención se detenía, y se apresuraba, igual de poco. Tenía unos pies llamativamente pequeños, y su indumentaria, en la que predominaban los colores claros, era sin la menor duda obra de un sastre francés: era un americano que seguía abrazando la tradición de que es en París donde mejor viste un hombre. Su sombrero habría resultado extraño en Bond Street o en la Quinta Avenida, y llevaba una corbata floja y suelta.

El señor Dosson, cabe añadir, era un hombre con una composición de lo más simple, un personaje tan calculable como una suma de dos cifras. Tenía una excelente facultad natural para las finanzas, un don tan directo como una hermosa voz de tenor, que le había permitido, sin el concurso de ninguna fuerza de voluntad especial ni de ninguna ambición intensa, amasar una gran fortuna mientras aún era de mediana edad. Tenía talento para la especulación afortunada, un instinto presto e infalible para saber cuándo algo era «bueno»; y allí sentado, ocioso, entretenido, satisfecho, al borde de la calle parisina, bien podría haber pasado por un extraño artista que acababa de cantar su canción o de ejecutar su truco y no tenía nada que hacer hasta la siguiente actuación. Y se había hecho rico no porque fuese voraz o duro, sino sencillamente porque tenía oído, u olfato. Sabía distinguir la melodía entre la disonancia del mercado; sabía oler el éxito cuando soplaba a lo lejos en el viento. El segundo factor de su pequeño monto consistía en que era un padre sin pretensiones. No tenía ni gustos, ni habilidades ni curiosidades, y sus hijas representaban para él la sociedad. Tenía a estas damitas en mucho mejor concepto que a sus intereses bancarios y sus acciones de ferrocarril, y pensaba mucho más en ellas; refrescaban mucho más su sensación de propiedad, de acumulación. Nunca las comparaba con otras muchachas; tan sólo comparaba su propia persona tal y como era ahora con lo que habría sido sin ellas. La opinión que le merecían era absolutamente simple. Delia poseía una profundidad más insondable y Francie unos conocimientos más amplios de literatura y arte. Puede que el señor Dosson no tuviese una percepción plena de la hermosura de su hija menor: difícilmente habría pretendido juzgar semejante cosa, como tampoco juzgaría un cuadro o un jarrón valioso, pero pensaba que era culta hasta las cejas. Se acordaba de tremendas facturas escolares, y, en tiempos posteriores, durante sus viajes, de cómo siempre iba dejando libros a su paso. Además, ¿acaso no hablaba tan bien el francés que él era incapaz de entenderlo?

Las dos muchachas, en cualquier caso, eran el viento de su vela y la única fuerza directriz, determinante, que conocía; convertían la casualidad en propósito; sin ellas, sentía, habría sido una cola de cometa sin la cometa. El viento se alzaba y caía, por supuesto; había calma chicha y había ventarrones; había temporadas en las que simplemente flotaba en aguas tranquilas..., echaba el ancla y esperaba. Esta de ahora parecía una de ellas, pero podía tener paciencia pues sabía que pronto volvería a inhalar la salmuera y a notar el chapuzón de su proa. Cuando sus hijas salían el proceso

determinante cogía fuerza, y que hubieran salido con un brillante joven no hacía sino intensificar la agradable calma. Esto formaba parte de la vida superior de sus hijas, y el señor Dosson jamás dudaba de que George M. Flack fuera brillante. Representaba los periódicos, y para este hombre de suposiciones cordiales los periódicos representaban la Inteligencia: eran la gran presencia luminosa de nuestra época. Saber que Delia y Francie habían salido con un editor o corresponsal era verdaderamente como verlas bailar en el centro de la pista. Sin duda era por esto por lo que el señor Dosson tenía ligeramente más acentuado su aire habitual de estar recuperándose poco a poco de una agradable sorpresa. La imagen a la que aludo colgaba ante él a una distancia cómoda, y se fundía con otros aspectos brillantes y confusos: reminiscencias del señor Flack en otros contextos, en el barco, en cubierta, en el hotel de Liverpool, en los coches. Whitney Dosson era un padre fiel, pero se habría tenido por simple de no haber sostenido dos o tres convicciones fuertes: y una de ellas era que las niñas jamás debían salir con un caballero al que no hubiesen visto antes. Ahora, la idea de que tanto ellas como él habían visto antes al señor Flack le resultaba grata: hacía que privarse personalmente de la compañía del joven en favor de Delia y Francie fuese la placidez misma. Hasta ahora no había estado del todo convencido de que las calles y las tiendas, la inmensidad de París en general, fuesen precisamente lugares idóneos para jovencitas que iban solas. Pero la compañía de un simpático caballero hacía que lo fuesen: un caballero que era simpático porque estaba a la altura de todo, como era propio de alguien vinculado a aquel periódico (recordó su nombre ahora, era célebre). Al señor Dosson, en ausencia de felices casualidades como ésta, le parecía que de alguna manera sus hijas estaban muy solas, lo cual distaba mucho de la opinión que tenía de sí mismo. Ellas eran su compañía pero él no era ni mucho menos la de ellas; era como si él las tuviese más a ellas que ellas a él.

Aunque estuvieron mucho tiempo fuera no sintió la menor inquietud, pues reflexionó que la profesión misma del señor Flack prevenía contra todo posible percance. La luminosa tarde francesa fue cayendo sin que regresasen, pero el señor Dosson siguió dando vueltas por el patio, hasta que se le podría haber tomado por un *valet de place* deseoso de captar clientes. La patrona, pasando una y otra vez, le sonreía de cuando en cuando e incluso se atrevió a comentar desinteresadamente que era una lástima desperdiciar un día tan bonito bajo techo, no darse una vuelta y ver qué se estaba cociendo en París. Pero el señor Dosson no tenía la menor sensación de desperdicio: le invadía mucho más cuando se ponía frente a monumentos históricos o bellezas de la naturaleza o del arte, que ni entendía ni le importaban: entonces se sentía un poco avergonzado e incómodo, pero nunca cuando holgazaneaba de esa simple guisa en el patio. No faltaba más que un cuarto de hora para la cena (eso sí que era capaz de entenderlo) cuando Delia y Francie aparecieron por fin ante su vista, acompañadas todavía por el señor Flack y entrando despacio, a corta distancia la una de la otra, con un aire de agotamiento que ni por asomo rendía homenaje a las posibles atenciones de aquél. Se dejaron caer en sendas sillas y bromearon entre sí, con una mezcla de expansividad y flojera, sobre lo que habían visto y hecho, cuestión ésta por la que al señor Dosson aún le parecía delicado preguntar. Pero era evidente que habían hecho un montón de cosas y que habían pasado un buen rato, y esta impresión bastaba para rescatarle personalmente de toda conciencia de fracaso.

-¿Por qué no se queda a cenar con nosotros? -preguntó al joven, con una cordialidad fruto de las circunstancias.

-Bueno, es una oferta atractiva -repuso George Flack, a la vez que Delia explicaba que se habían comido unos treinta pasteles cada uno.

-Me preguntaba qué estaríais haciendo para tardar tanto. Pero olvidaos de los pasteles. Son las seis y veinte, y la *table d'hóte* es puntual.

-¡No querrá decir que cenan ustedes en la *table d'hóte!* -exclamó el señor Flack.

-¿Por qué? ¿No le gusta? -dijo Francie, arrastrando dulcemente las palabras.

-Bueno, no es que sea con lo que más cuenta uno cuando viene a París. Demasiados floreros y muslos de pollo.

-¿Le apetece ir a uno de esos restaurantes? -preguntó el señor Dosson-. A mí no me importa, si nos lleva a uno bueno.

-Ah, les llevaré a uno bueno, no tema.

-Bien, entonces tendrá que pedir usted la cena -dijo Francie.

-¡Ya verá de lo que soy capaz! -y el joven, con intención de mirarla suavemente, le clavó la mirada.

-Tiene intereses en algún sitio -afirmó Delia-. Nos ha llevado a una inmensidad de tiendas, le dan comisión.

-Bueno, si por mí fuera le pagaría para que las sacara por ahí -dijo el señor Dosson, y entre agradables nimiedades de este tipo decidieron que saldrían a cenar bajo la dirección del señor Flack.

Si en esta ocasión les había convencido fácilmente de que había un proceder más original que el de mordisquear huesos viejos, como decía él, en el hotel, en el transcurso del mes siguiente y con ayuda de constantes visitas les convenció de más cosas. Lo que más claro les dejó fue que, francamente, era toda una gentileza que un joven que tenía en la cabeza tantos asuntos públicos de importancia fuera sensible a problemas tan poco susceptibles de ocupar el telégrafo y la prensa como los suyos. Venía a diario a colocarlos en el buen camino, destacando los encantos de éste de una manera que les hacía advertir hasta qué punto habían estado yendo por el malo. Les hacía sentir que, la verdad, no sabían nada de nada, ni siquiera de una cuestión como la de encargar zapatos, arte este en el que vagamente se consideraban muy duchos. De hecho, tenía muchos conocimientos y de una variedad asombrosa, y conocía a tanta gente como poca conocían ellos. Tenía citas -muy a menudo con celebridades- para cada hora del día, y memorándums -a veces taquigrafiados- en blocs de bandas elásticas con los que deslumbraba a estas sencillas gentes del Hotel de l'Univers et de Cheltenham, cuya vida social, de corto alcance, consistía fundamentalmente en leer las listas de los americanos que «se registraban» en el club de los banqueros y en Galignani's. Delia Dosson, en particular, tenía una manera de escudriñar solemnemente estos libros de registros que exasperaba al señor Flack, quien con sólo echar una ojeada encontraba lo que buscaba en un abrir y cerrar de ojos: Delia hacía esperar a los demás mientras se cercioraba de que el señor y la señora D. S. Rosenheim y la señorita Cora Rosenheim y el señorito Samuel Rosenheim «habían partido rumbo a Bruselas».

En toda ocasión, el señor Flack era estupendo para encontrar lo que quería (que, como sabemos, era lo que pensaba que quería el público), y Delia era la única del grupo con quien a veces se ponía un poco mordaz. Había abrazado desde el primer momento la idea de que era su enemiga y aludía a ello con una frecuencia casi molesta, aunque siempre en un tono jocoso, osado. Aún más que su costumbre de cernirse sobre los libros de registro le provocaba el que pareciera considerar que su pequeño grupo no se bastaba por sí solo;

que desease, como decía él, incorporar nuevo material. No tenía por qué intranquilizarse, sin embargo, porque tuvo suficientes oportunidades para observar que la suerte de los Dosson consistía invariablemente en no encontrarse a sus amigos. Estaban siempre atentos a reuniones y combinaciones que nunca resultaban, enterándose de que ciertas personas habían estado en París sólo después de que se hubieran marchado, o convenciéndose de que estaban en la ciudad pero que era imposible encontrarlas porque no se habían registrado, o preguntándose si les darían alcance si se iban a Dresden, y decidiéndose después a ponerse en marcha rumbo a Dresden tan sólo para descubrir, en el último momento, por alguna casualidad, que el esquivo grupo se había ido a Biarritz. «Conocemos a montones de personas, lo único que falta es que nos crucemos con ellas...», había dicho Delia en más de una ocasión: escrutaba el continente con una mirada perpleja y desconcertada y hablaba de lo mal que los amigos de casa «garabateaban» que otros amigos estaban «por algún lugar de Europa». Expresaba su deseo de que semejantes corresponsales se encontrasen en lugares menos imprecisos. Dos o tres veces había venido gente a verles al hotel mientras se hallaban fuera, y había dejado tarjetas, sin ninguna dirección, sobrescritas con un socarrón trazo a lápiz: «¡Partimos mañana!». La muchacha se quedaba mirando estas tarjetas, manoseándolas y dándoles la vuelta durante un cuarto de hora seguido; las sacaba días después, cavilando de nuevo sobre ellas como si fuesen una clave mística. George Flack, por lo general, sabía dónde estaban las personas esas que estaban «por algún lugar de Europa». Tal conocimiento le llegaba por una especie de intuición, por las voces del aire, por procesos indefinibles e incomunicables. Pero guardaba silencio adrede; no quería intrusos; el grupito le parecía perfecto tal y como era. El cometido del señor Dosson en los designios de la providencia era acompañar a Delia mientras él a su vez acompañaba a Francie, y nada habría inducido a George Flack a afear esta ecuación.

El joven estaba tan ocupado profesionalmente con los asuntos de otras personas que sin duda habría que mencionar a su favor que siguiese apañándose para tener asuntos -o al menos un asunto- propios. Ese asunto era Francie Dosson, *y* le era grato percibir cuán poco le importaba *a ella* lo que hubiese sido del señor *y* la señora Rosenheim *y* del señorito Samuel y de la señorita Cora. Enumeraba todas las cosas que para ella carecían de importancia -sus suaves ojos distraídos le ayudaban-, y sumaban tal porrada, como habría dicho él, que le daban la placentera sensación de que tenía campo libre. Si tan pocos intereses tenía, mayor era la posibilidad de que un joven de ideas audaces se convirtiera en uno de ellos. Francie solía tener el aire de estar a la espera de algo, con una especie de divertida resignación, mientras en su cabeza zumbaban fantasías tiernas, tímidas, indefinidas; así que tal vez le concediese la recompensa de la paciencia. George Flack era consciente de que exponía a sus amigos a considerables fatigas; los devolvía al hotel pálidos y taciturnos al término de excursiones por las afueras y de correrías, a menudo bastante desnortadas y volanderas, por los bulevares y avenidas de la ciudad. Pero en esos momentos los contemplaba con satisfacción, pues eran éstas horas de resistencias mermadas: estaba seguro de que acabaría consiguiendo esquivar a Delia con sólo esperar un instante en el que estuviera cansada. Le gustaba hacerles sentirse indefensos y dependientes, y esto no era difícil con gente tan sencilla y franca, tan inconsciente del ilimitado poder de la riqueza. El sentimentalismo, en nuestro joven, no era ni un escrúpulo ni una fuente de debilidad; pero se le antojaba realmente conmovedor lo poco que sabía esta buena gente de lo que podía hacer con su dinero. Tenían en sus

manos un arma de alcance infinito y sin embargo eran incapaces de disparar un tiro por sí solos. Tenían una especie de humildad social; al parecer, jamás se les había ocurrido que, sumado a su cordialidad, su dinero les daba un valor. Esto solía sorprender a George Flack en aquellas ocasiones en que regresaba a buscarlos al punto donde los había dejado al salir corriendo a atar los cabos de alguno de sus asuntos. Nunca se la jugaban, nunca se cansaban de esperar; siempre se sentaban pacientes y sumisos, por lo general en un café que él les había enseñado o en una fila de sillas del bulevar, o en las Tullerías o en los Campos Elíseos.

Les dio a conocer numerosos cafés en distintas partes de París, cuidándose de escoger aquellos que (a su juicio) una joven podía frecuentar con decoro, y había dos o tres en las inmediaciones del hotel en los que se convirtieron en personajes frecuentes y familiares. A medida que los últimos días de la primavera se fueron volviendo más cálidos y luminosos empezaron a sentarse fuera, en la «terraza», la pequeña extensión de mesitas a la puerta del establecimiento en la que el señor Flack, a su regreso, podía columbrarlos desde lejos exactamente en la misma posición que les había asignado. No se quejaban de estar hartos de mirar el movimiento multicolor de las calles parisinas: y si algunos de los rasgos del panorama eran innobles, lo eran sólo en una versión que la imaginación de nuestros amigos era incapaz de aportar. George Flack consideraba que le estaba rindiendo un buen servicio al señor Dosson: además, ¿acaso el anciano caballero no se habría pasado el día entero sentado en el patio? ¿Y acaso no era mejor el bulevar que el patio? También sostenía la teoría de que halagaba y mimaba al padre de la señorita Francie, ya que no había nadie a quien hubiese suministrado detalles más profusos sobre los asuntos, proyectos y perspectivas de *El Eco*. No había dejado la menor duda en la cabeza del anciano caballero respecto a la carrera que se proponía correr, y el señor Dosson solía decirle cada día, antes que nada: «Bien, ¿hasta dónde ha llegado ahora?», como si realmente le interesase. George Flack relataba sus entrevistas, a lo cual Delia y Francie prestaban atención sólo en el caso de que supiesen algo sobre las personas a las que el joven emisario de *El Eco* había conferido esta distinción; mientras que el señor Dosson escuchaba, con sus tolerantes intervenciones de «¿Ah sí?» y «Bueno, pues muy bien», igual de sumisamente cuando era la primera vez que oía hablar de la celebridad en cuestión.

En las conversaciones con sus hijas el señor Flack era a menudo el tema, aunque lo sacaban mucho más las jóvenes que él, y en especial Delia, que anunció en una fase temprana que sabía lo que *él* quería y que no era en absoluto lo que *ella* quería. Desarrolló esta afirmación muy pronto, al menos en lo que se refiere a su interpretación de los designios del señor Flack: cierto misterio seguía envolviendo los suyos propios, que, según ella, eran mucho más recomendables. La idea que tenía Delia tanto del peligro como de las ventajas de ser una muchacha bonita estaba estrechamente vinculada (lo cual era natural) a la idea de un «compromiso». En cierto modo era una idea completa en sí misma: su imaginación, cosa rara, no conseguía llevarla a la siguiente fase. Quería que su hermana se comprometiera pero en absoluto quería que se casase, y no había resuelto con claridad cómo había de disfrutar Francie de ambas cosas, la promoción y el freno. Para ella era una fuente secreta de humillación el que, por lo que sabía, hasta ahora no hubiese habido nadie con quien su hermana hubiese intercambiado votos; si su convicción al respecto se pudiese haber expresado de modo inteligible se habría entrevisto un estrambótico estado de ánimo..., cierta teoría borrosa de que una muchacha brillante tenía

derecho a ir probando aspirantes sucesivos. La concepción que tenía Delia de lo que podría ser tal prueba era extrañamente inocente: estaba hecha de visitas y caminatas y paseos en calesa y sobre todo de que dijeran de una que estaba prometida; y jamás se le ocurría pensar que una sucesión de amantes borra la delicadeza de una joven. De sí misma pensaba que era una solterona nata y ni soñaba con tener un enamorado propio: habría sido un estorbo tremendo; pero soñaba con el amor como si fuese algo de naturaleza muy exquisita. Con todo, sabía discriminar; a fin de cuentas el amor sí que conducía a algo, y deseaba que en el caso de Francie no condujese a una unión con el señor Flack. Contemplaba semejante unión a la luz de esa otra opinión que por ahora mantenía para sus adentros pero que estaba dispuesta a sacar tan pronto como surgiese una oportunidad propicia; y le dijo a su hermana que jamás le volvería a hablar si llegaba a permitir que este joven supusiera... Y aquí siempre hacía una pausa y se volvía a sumir en una solemne discreción.

-¿Que suponga qué? -preguntaba Francie, como si fuera totalmente ignorante (y, en efecto, lo era) de las suposiciones de los jóvenes.

-Bueno, ya lo verás cuando empiece a decirte cosas que no te van a gustar.

Esto sonaba ominoso por parte de Delia, pero en realidad apenas sentía la más mínima aprensión; de no haber sido así se habría sublevado contra la costumbre adoptada por el señor Flack de pasarse por allí continuamente: habría dedicado su atención (aunque su atención solía luchar sin éxito contra este aspecto de sus vidas) a dar con un medio rápido para salir de París. Le contó a su padre lo que según ella «iba buscando» el corresponsal de *El Eco,* aunque hay que añadir que no le dejó muy convencido. Pero esto carecía de importancia, teniendo en cuenta su íntima sensación de que en realidad Francie jamás haría nada -es decir, que en realidad jamás le gustaría nada- que no les gustase a ellos.

La docilidad de su hermana le suponía un gran consuelo, sobre todo en la medida en que iba dirigida en primer lugar a ella. A Delia le gustaban y le disgustaban ciertas cosas mucho más que a su hermana menor; y Francie agradecía poder aprovecharse de sus razones, puesto que contaba con tan pocas propias. También eran válidas -las razones de Delia- para el señor Dosson, de manera que Francie no era culpable de ninguna irreverencia especial al considerar que era su hermana y no su padre quien controlaba su destino. Un destino era una posesión más bien engorrosa y tremenda, y le aliviaba que hubiese alguien amable que aceptara ocuparse de él. De alguna manera, Delia había sido la primera en adueñarse del de Francie, antes incluso que su padre, y muchísimo antes que el señor Flack; y a Delia competía hacer cualquier cambio. No podría haber aceptado como marido a ningún caballero sin consultar con Delia, al igual que no se podría haber arreglado el cabello sin un espejo. La única acción emprendida por el señor Dosson a raíz de las revelaciones de su hija mayor fue abordar la idea como objeto de broma cotidiana. Tenía afición, en el trato con sus hijas, a soltar algún que otro chascarrillo, algún que otro refrán gracioso; y ¿qué podía ser más acorde con el auténtico solaz doméstico que unas pullas benignas pero incesantes respecto a la conquista de Francie? Las intenciones atribuidas al señor Flack pasaron a ser un tema de indulgente choteo paterno, y la muchacha ni se encandilaba ni se molestaba por estas familiares alusiones a ellas. «Bueno, hay que reconocer que el señor Flack nos ha contado más o menos la mitad de las cosas que sabemos», replicaba a menudo.

Entre las cosas que les contó estaba que éste era el mejor momento de la vida de una joven para hacerse un retrato y el mejor lugar del mundo para hacerlo bien; también, que

conocía a un «artista maravilloso», un joven americano de extraordinario talento que estaría encantado de encargarse de la obra. Los llevó al estudio de este caballero, donde vieron varios cuadros que los dejaron considerablemente desconcertados. Francie protestó diciendo que no quería que la retratasen de *esa* manera, *y* Delia confesó que antes preferiría exhibir a su hermana en una linterna mágica. Habían tenido la buena fortuna de no hallar en casa al señor Waterlow, de modo que tenían entera libertad para expresarse y los cuadros les fueron enseñados por su criado. Los estuvieron mirando igual que miraban sombreros y *confections* cuando iban a tiendas caras; como si, entre tantos ejemplares, fuese una cuestión del estilo y el color que habían de escoger. Las obras del señor Waterlow les parecieron en su mayor parte como esas prendas que las damas tachan de espantajos, y se marcharon con una opinión muy pobre del joven maestro americano. George Flack, sin embargo, les dijo que no podían escaparse, pues ya había escrito para *El Eco* que Francie iba a posar. De algún modo aceptaron esto como una especie de signo sobrenatural de que Francie tenía que hacerlo; y es que se creían todo lo que venía citado en un periódico. Además el señor Flack les explicó que sería una necedad perderse semejante ocasión de obtener algo a la vez de gran valor y barato; pues todo el mundo sabía que el impresionismo iba a ser el arte del futuro, y Charles Waterlow era un impresionista en alza. Era un sistema enteramente nuevo y el último grito en arte. No les interesaba retroceder, les interesaba avanzar, y él les escribiría un artículo que multiplicaría el dinero por cinco en un par de años. Aunque no iban en busca de una ganga, se dejaron inocular por todas las razones que pensaron que serían propias de personas formales; y el señor Flack incluso los convenció, al cabo de un rato, de que una vez que se hubiesen acostumbrado al impresionismo jamás mirarían otra cosa. El señor Waterlow era, entre los jóvenes, *el* hombre, *y* no es que él tuviese ningún interés por elogiarle, porque no era un amigo personal; su reputación avanzaba a pasos agigantados, y cualquiera que tuviese un mínimo de sensatez querría obtener algo suyo antes de la avalancha.

III

Las jóvenes consintieron en regresar a la Avenue de Villiers, y esta vez encontraron a la celebridad del futuro. Estaba fumando cigarrillos con un amigo mientras se les servía el café (era justo después del almuerzo) sobre un amplio diván cubierto de felpudos raídos y cojines orientales; era, pensó Francie, como si el artista hubiese montado un tenderete de alfombras en una esquina. Se le antojó muy simpático; y cabe añadir sin circunloquios que, a su vez, la joven que había traído el vulgar reportero americano, que no le era grato y que ya había venido demasiadas veces a su estudio a pillar «atisbos» (el pintor se preguntó cómo diablos la habría pillado *a ella),* esta encantadora candidata a un retrato, le pareció en el acto a Charles Waterlow una modelo adorable. Es más, causó exactamente la misma impresión en el caballero que estaba con él y que ni por un instante le quitó los ojos de encima mientras los de ella se posaban, de nuevo, sobre varios lienzos acabados e inacabados. Este caballero le pidió a su amigo, al cabo de cinco minutos, que le hiciera el favor de presentársela; y en consecuencia Francie se enteró de que su nombre (le pareció singular) era Gaston Probert. El señor Probert era un joven sonriente de ojos afables que se toqueteaba las puntas del bigote; el señor Waterlow le describió como americano, pero

pronunciaba el idioma americano (al menos eso le pareció a Francie) como si se tratase del francés.

Cuando Francie se hubo marchado del estudio con Delia y el señor Flack (su padre, en esta ocasión, no formaba parte del grupo), los dos jóvenes, dejándose caer sobre el diván, estallaron en expresiones de arrebato estético, declararon que la muchacha tenía cualidades... ¡Ah, qué cualidades, y qué encanto de línea! Estuvieron allí una hora, contemplando esas raras propiedades en el humo de los cigarrillos. Se habría deducido por su conversación (aunque en lo tocante a buena parte de ella tal vez sólo con ayuda de una gramática y un diccionario) que la joven poseía tesoros plásticos de un orden superior, de los que a todas luces no era en absoluto consciente. Antes de todo esto el señor Waterlow había llegado a un acuerdo con sus visitantes: habían convenido en que la señorita Francina posaría tan pronto como él tuviese una hora libre. Por desgracia, esa hora todavía se presentaba remota, y le era imposible concertar una cita definitiva. Tenía a gente posando; como poco tenía que terminar tres retratos antes de irse a España. Y aludió con amargura al viaje a España, una excursioncilla planeada precisamente con su amigo Probert para las últimas semanas de la primavera, al comienzo del verano sureño, en la época de los días largos y la luz auténtica. Gaston Probert se hizo eco de sus lamentos, pues, aunque no tenía ningún asunto con la señorita Francina (le gustaba su nombre), también quería volver a verla. Acordaron a medias renunciar a España (al fin y al cabo, ya habían estado allí) con el fin de que Waterlow se pudiera poner con la muchacha sin dilación, tan pronto como se quitase de encima el trabajo que tenía en ese momento. Sin embargo, la enmienda no siguió en pie porque surgieron otras consideraciones, y el artista se resignó al plan con que las señoritas Dosson se habían despedido de él: le pareció muy típico de su nacionalidad que zanjaran un asunto así por sí mismas. Consistía, sencillamente, en que volverían en otoño, cuando él estaría relativamente desocupado: entonces habría un margen y todos podrían tomarse el tiempo que hiciera falta. Ahora, en breve (para cuando él ya estuviera listo), seguro que habría de surgir la cuestión de que la señorita Francina se marchaba a pasar el verano fuera de París, cosa que sería una molesta interrupción. A ella le gustaba París, no tenía planes para el otoño y sólo buscaba una razón para volver en torno al veinte de septiembre. El señor Waterlow comentó jocosamente que saltaba a la vista que ella dominaba el cotarro. Mientras tanto, antes de partir para España, la vería cuanto le fuera posible: sus ojos tomarían posesión de ella.

Su compañero envidiaba sus ojos; confesó que estaba celoso de sus ojos. Tal vez con vistas a establecer su derecho a estar celoso, el señor Probert dejó una tarjeta para las señoritas Dosson en el Hotel de 1'Univers et de Cheltenham, habiéndose asegurado antes de que semejante medida no sería considerada, por las jóvenes hermanas americanas, una libertad injustificable. Gaston Probert era un americano que jamás había estado en América, y se vio obligado a pedir consejo ante una emergencia como aquélla. Sabía que en París los jóvenes no iban a hoteles a visitar a honorables damiselas; pero también sabía que las honorables damiselas no iban a los estudios a ver a jóvenes; y no tenía más guía, más luz en la que confiar, que la sabiduría de su amigo Waterlow, que sin embargo casi siempre le era comunicada de una manera burlona y engañosa. Waterlow, que al fin y al cabo era un ornamento de la escuela francesa, y muy francesa, se mofaba de su falta de instinto nacional, de que nunca supiera por dónde coger a un compatriota. El pobre Probert se vio obligado a confesar que había tenido una práctica escasísima, y que entre

el gran batiburrillo de extranjeros y hermanos (y sobre todo de hermanas) era incapaz de distinguir a los unos de los otros. De haber podido, habría tenido un país y conciudadanos, y no digamos conciudadanas; pero nadie le había resuelto este asunto y resolverlo a solas no era nada fácil. Nacido en París, se había criado por completo a la manera francesa, en una familia que la sociedad francesa había absorbido irrecuperablemente. Su padre, carolingio y católico, era un galomaníaco a la antigua usanza americana. Sus tres hermanas se habían casado con franceses; una de ellas vivía en Bretaña y las otras pasaban gran parte del tiempo en Touraine. Su único hermano había caído, durante el año terrible, en defensa del país adoptivo de todos ellos. Pero Gaston, aunque su padrino había sido un viejo marqués legitimista, no era legalmente un hijo de la patria; en el lecho de muerte, su madre le había arrancado la promesa de que no serviría en sus ejércitos; consideraba, tras la muerte de su hijo mayor (Gaston, en 1870, era un niño de diez años), que la familia había cumplido de sobra con el patriotismo.

Por consiguiente el joven, entre dos taburetes, carecía de un asiento claro: quería ser todo lo americano que pudiese y aun así no menos francés de lo que era; temía renunciar a lo poco que era y descubrir que lo que podría ser aún era menos; le acobardaba dar un salto en el aire que podría arrojarle en medio del mar. A la vez se daba cuenta de que el único modo de saber qué se siente siendo americano es intentarlo, y tenía muchos propósitos de emprender el viaje al oeste. Pero su familia se había afrancesado tanto que los asuntos de un miembro eran los asuntos del resto, y sus padres, sus hermanas y sus cuñados aún no se habían adueñado lo suficiente de este proyecto para que él lo sintiera como auténticamente propio. Era una familia en la que no había propiedad individual sino sólo colectiva. Mientras tanto lo intentaba, como digo, mediante iniciativas más seguras, y en especial yendo con frecuencia a la Avenue de Villiers a ver a Charles Waterlow, a quien consideraba su amigo mas querido y que había sido moldeado para su afecto por monsieur Carolus. Tenía cierta idea de que de este modo se mantenía en contacto con sus compatriotas; y pensó que lo intentaba de manera especial cuando dejó aquella tarjeta para las señoritas Dosson. Iba en busca de frescura, pero no le habría hecho falta irse lejos: bastaba con que hubiese enfocado la linterna sobre su joven corazón para encontrarla en abundancia. Al igual que muchos jóvenes desocupados de hoy en día, dedicaba mucha atención al arte, vivía todo lo posible en ese mundo alternativo donde el ocio y la vaguedad son piadosamente liberados de su ordinariez. Para compensar su falta de talento hacía suyo el talento de los demás (es decir, de unos cuantos), y era tan sensible y concienzudo con ellos como podría haberlo sido consigo mismo. Defendía ciertos morados y verdes de Waterlow como habría defendido su propio honor; y en relación con otros dos o tres pintores tenía convicciones que casi pertenecían a esa parte indiscutible de la vida. Por lo general no juzgaba el éxito con un criterio muy elevado, pero lo que sobre todo mantenía su criterio a raya era su mano indócil, el hecho de que, por ejemplo, los morados y verdes de Waterlow, si es que cabía llamarlos así, le superasen con creces. De no haber fallado en eso, otros fracasos no habrían tenido importancia, ni siquiera el de carecer de un país; y fue a raíz de que su amigo accediese a pintar a aquella muchacha extraña, encantadora, que tanto le gustaba y cuyos acompañantes no llegaban a gustarle, cuando se sintió más que nunca falto de vocación. Al menos ahí había frescura..., pero a él le faltaba el método. En relación con esto de los métodos, pedía con ahínco que la Providencia reforzase en Waterlow el sentido de esta cualidad. Si algún defecto tenía Waterlow, no era otro que el de ser a veces un poco anquilosado.

Se vengó del desconcertante trato que dispensó el artista a su primer intento de acercarse a la señorita Francie permitiéndose, al cabo de otra semana, un segundo intento. Llegó a eso de las seis, cuando supuso que habría regresado de sus andanzas del día, y su prudencia se vio recompensada cuando vio a la joven sentada en el patio del hotel con su padre y su hermana. A pesar de que el señor Dosson era nuevo para Gaston Probert, la inteligencia del visitante supo abarcarle. Como siempre, el grupito estaba esperando al señor Flack de un momento a otro, y sus integrantes se habían reunido abajo para que pudiera recogerlos cómodamente. Tenían, en el primer piso, un costoso salón decorado en blanco y oro, con sofás de damasco carmesí; pero había algo solitario en toda aquella pompa y el lugar se había convertido fundamentalmente en un receptáculo para sus altos baúles, con un cucurucho medio vacío de chocolatines o *marrons glacés* en cada mesa. A partir de la primera visita del joven Probert, su nombre pasó a estar a menudo en los labios del sencillo trío, y el señor Dosson se puso aún más bromista, sin hacer ningún secreto de su percepción de que Francie daba en el blanco «cada vez». El señor Waterlow les había devuelto la visita, pero eso era bastante lógico, puesto que eran ellos los que le habían buscado a él. Al otro no habían ido a buscarlo; era él quien los había buscado a ellos. Cuando, estando allí sentados, entró en el hotel, esta búsqueda y su probable motivo resultaron sorprendentemente gráficos.

Delia se había tomado el asunto con mucha más solemnidad que su padre; decía que había un montón de cosas que quería averiguar. Se la veía rumiando estos misterios aunque sin avanzar gran cosa, y apelaba a la ayuda de George Flack con una franqueza que él agradecía y devolvía. Si realmente sabía algo, tenía que saber quién era el señor Probert; Delia hablaba como si lo más natural fuese que el señor Flack le sonsacara la revelación mediante una entre vista. Éste prometió «andar a la husma»; dijo que el mejor plan sería que ella «se informase» de los resultados a través de *El Eco;* al parecer, pensaba que podría persuadir a la gente de que lo que quería era una columna más o menos sobre el señor Probert. Sus pesquisas fueron sin embargo infructuosas, pues a pesar del único dato que la muchacha pudo darle como punto de partida, el dato de que su nuevo conocido había pasado toda su vida en París, el joven periodista no pudo agenciarse a una sola persona que hubiese siquiera oído hablar de él. Había indagado de cabo a rabo, desde la Rue Scribe hasta la otra punta de Chaillot, y conocía a personas que conocían a otras que conocían a cada miembro de la colonia americana, ese organismo selecto que rondaba la imaginación de la pobre Delia, que reverberaba y resonaba con centenares de atormentadores vislumbres oblicuos. Ahí era donde quería meter a Francie, como se decía para sus adentros; quería meterla exactamente ahí. Estaba convencida de que los miembros de esa sociedad constituían un pequeño reino de los bienaventurados, y se solía pasear en coche por la Avenue Gabriel, la Rue de Marignan y las anchurosas vistas que salen en forma radial del Arco del Triunfo, y que siempre están cambiando de nombre, con el fin expreso de lanzar miradas anhelantes a las ventanas (se había enterado de que todo esto era el feliz barrio) de los envidiables pero inaccesibles colonos. Veía a estos privilegiados mortales, como los suponía, prácticamente en cada coche victoria que se cruzaba con ella como una exhalación llevando a una lánguida dama de linda cabecita, y no tenía la menor idea del escaso honor que rendía en ocasiones esta teoría a sus compatriotas expatriadas. Ya tenía trazado el plan para volver a salir al terreno el siguiente invierno y tomárselo en serio, este asunto de meter a Francie.

Cuando el señor Flack le dijo que la camarilla del joven Probert no podía ser la flor y

nata ni nada que se le pareciese, puesto que ni el habitante más viejo había oído jamás hablar de ella, Delia tuvo un fogonazo de inspiración, un arrebato intelectual que ni siquiera ella supo valorar en su momento. Preguntó si acaso eso no demostraba precisamente lo contrario: que era *la* flor y nata misma y que estaba por encima del resto. ¿No habría una especie de círculo interno, y no estarían los Probert por ahí por el centro del círculo? George Flack casi se estremeció ante esta fecunda sugerencia por parte de tan insólita emisaria, pues barruntó al instante que Delia Dosson había adivinado. «¿Cómo, se refiere a una de esas familias que están tan adentro que es imposible descubrir por dónde entraron?», fue la frase con la que reconoció la verdad de la idea de la joven. Los ojos de Delia asintieron, y tras un momento de reflexión George Flack exclamó:

-¡Ése es el tipo de familia del que queremos una breve semblanza!

-Bueno, quizá no quieran que se les dedique una semblanza. Más vale que lo averigüe -había replicado Delia.

Pudo parecer que la oportunidad de averiguarlo se presentaba cuando el señor Probert entró con su habitual aplomo en el hotel; y es que a su llegada siguió, un cuarto de hora después, la del representante de *El Eco.* A Gaston le gustaba el trato que le dispensaban; aunque efusivo, no era artificial. El señor Dosson dijo que habían esperado que volviese, y Delia observó que suponía que se habría dado un buen paseíto, con lo grande que era París, e insistió en que aceptase un vaso de vino o una taza de té. Añadió que no era ése el lugar donde solían recibir (le gustaba oírse a sí misma hablando de «recibir») e hizo subir al grupo a su salón blanco y dorado, donde tendrían muchísima más intimidad: también le gustaba oírse hablando de intimidad. Se sentaron en las sillas de seda roja; esperaba que el señor Probert probase al menos una castaña azucarada o un chocolatín, y cuando éste se negó, alegando la inminencia de la hora de la cena, murmuró: «Bueno, supongo que estará usted muy acostumbrado a ellos, con todo el tiempo que lleva viviendo aquí». La alusión a la hora de la cena hizo que el señor Dosson expresara su deseo de que el joven se sumase sin ceremonias a cenar con ellos; estaban esperando a un amigo -solía encargarse él- que los iba a sacar por ahí.

-Y después nos vamos al circo -dijo Francie, hablando por primera vez.

Si no había hablado antes, había hecho algo que venía más al caso; había apartado la menor sombra de duda que pudiese haber persistido en el ánimo del joven respecto al encanto de su línea. Gaston Probert se daba cuenta de que su educación parisina, obrando sobre una tendencia natural, le había abierto mucho -tal vez incluso le había vuelto morbosamente sensible- a impresiones de este tipo; la compañía de artistas, las conversaciones en los estudios, el examen atento de obras hermosas, el haber visto mil formas curiosas de investigar y de experimentar, todo ello había añadido a su imaginación un nuevo sentido cuyo ejercicio era un disfrute consciente, y cuya suprema satisfacción, en varias ocasiones, le había dado idéntico número de recuerdos imborrables. Cierta vez le había dicho a su amigo Waterlow: «No sé si equivale a confesar una vida muy pobre, pero las cosas más importantes que me han ocurrido en este mundo han sido simplemente un puñado de impresiones..., impresiones visuales». «¡Ah, *malheureux,* estás perdido! », había exclamado el pintor a modo de respuesta, y sin tomarse siquiera la molestia de explicar sus ominosas palabras. Pero a Gaston Probert no le habían asustado, y siguió estando agradecido a la placa sensible que la naturaleza (además de la cultura) le permitía llevar en la cabeza. La impresión visual no lo era todo, sin duda, pero cuántas ventajas tenía, cuánto salvaba en un mundo en el que otros tesoros

tendían a escapársele a uno entre los dedos; y sobre todo tenía el mérito de que había muchísimas cosas que la proporcionaban y de que nada podía quitársela a uno. Había percibido al instante que Francie Dosson la proporcionaba; y ahora, al verla por segunda vez, le pareció que hasta tal punto la confería que hacía que conocerla fuese uno de esos hechos «importantes» de los que le había hablado a Charles Waterlow. En casualidades como ésta era donde apreciaba el valor de su educación parisina, de ese sentido moderno del que era dueño.

No fue, por tanto, la perspectiva del circo lo que directamente le indujo a aceptar la invitación del señor Dosson; ni siquiera el hechizo ejercido por el hecho de que la muchacha pareciese, en las pocas palabras que pronunció, dirigirse a él por cuenta propia. Tenía la sensación de que al borde de la rutilante pista de circo el entretenimiento le vendría dado por el «tipo» de muchacha que era Francie, y de que, si bien él sabía que se trataba de un tipo excepcional, ella no. Le gustaba ser consciente de las cosas, pero que los demás no lo fueran. En este momento creía, tras haberle dicho al señor Dosson que estaría encantado de pasar la velada con ellos, que realmente se estaba esforzando mucho por descubrir qué se sentía siendo americano; se había subido de un salto al barco, estaba virando rumbo al oeste. Había hecho pensar a su hermana, madame de Brécourt, que cenaría con ella (iba a dar una fiestecita), y ¡si pudiese ver a la gente por la que, sin el menor escrúpulo, con una viva sensación de frescura y libertad, la sacrificaba! Sabía quién iba a ir a casa de su hermana, en la Place Beauvau: madame d'Outreville y monsieur de Grospré, el viejo monsieur de Courageau, madame de Brives, lord y lady Trantum, mademoiselle de Saintonge; pero le fascinaba la idea del contraste entre lo que prefería y aquello a lo que renunciaba. Hacía mucho que su vida estaba necesitada -dolorosamente necesitada- del elemento del contraste, y aquí estaba la oportunidad de incorporarlo. Le pareció que lo veía irrumpir con fuerza de mano del señor Flack, después de que la señorita Dosson propusiera que se marchasen sin su mentor. Su padre no vio con buenos ojos la sugerencia; dijo: «Hoy queremos una cena el doble de buena, y el señor Flack tiene que pedirla». Ante esto Delia le había preguntado al visitante si no podría pedirla él..., él, que era francés; y Francie había interrumpido, antes de que pudiese responder a la pregunta: «Bueno, ¿es usted francés o no? Ésa es la cuestión, ¿verdad?». Gaston Probert replicó que no deseaba más que ser de la misma nacionalidad que *ella,* y la hermana mayor le preguntó si conocía a muchos americanos en París. Se vio obligado a confesar que no, pero se apresuró a añadir que estaba impaciente por seguir haciéndolo, a la vista de tan delicioso comienzo.

-Bah, nosotros no somos nada..., si a eso se refiere -dijo la joven-. Si sigue, acabará dejándonos atrás.

-Puede que no seamos nada aquí, cariño, pero en casa somos mucho -hizo notar el señor Dosson, sonriendo.

-¡Yo creo que somos muy simpáticos en cualquier sitio! -exclamó Francie, a lo cual Gaston Probert declaró que era imposible ser más encantador que ellos. Con estas chanzas se los encontró George Flack a su llegada, pero aun así su saludo al otro invitado estuvo cargado de cierto entusiasmo, como si tuviera en la cabeza preguntarle cuándo podría concederle media hora. Me apresuro a añadir que, con el giro que tomaron los acontecimientos, el corresponsal de *El Eco* renunció al esfuerzo de rebajar al señor Probert. Salieron todos juntos, y el impulso profesional, que tan irresistible solía resultarle a George Flack, sufrió una modificación. Quería rebajar al otro visitante, pero

en un sentido más humano, más pasional. Probert hablaba muy poco con Francie, pero, aunque el señor Flack no sabía que a Probert se le habría antojado violento, incluso bastante grosero, hablar mucho con ella en una primera vez, sabía que era por Francie, y por Francie solamente, por lo que estaba allí el quinto miembro del grupo. Súbitamente, y con absoluta sinceridad, se dijo para sus adentros que de todos modos era de una clase mezquina: la de esa gente a la que su propio país les parecía poco. Con todo, cuando estuvieron sentados en el admirable establecimiento de monsieur Durand, en la Place de la Madeleine, no llegó al extremo de encargar una cena mala para mortificar a su competidor; ni tampoco reservó, para aguarle la fiesta a este caballero, asientos incómodos en el bonito circo de los Campos Elíseos al que, a las ocho y media, se dirigió el grupo (era un trayecto de cinco minutos escasos) en un par de coches de punto. Así pues, la coyuntura fue en apariencia fluida, y pudo comprobar que su inclasificable rival no necesitaba sentirse desagradable con un reportero americano para disfrutarla. El señor Flack odiaba su acento, odiaba su risa, y odiaba sobre todo la mansedumbre con que sus acompañantes le aceptaban. Era lo bastante agudo para hacer una importante observación: la acarició y se prometió para sus adentros hacérsela saber a sus crédulos amigos. Gaston Probert profesaba un gran deseo de ser útil a las jóvenes, de hacer algo que les ayudase a ser felices en París; pero ni siquiera insinuó que tuviese la intención de hacer lo que más podría contribuir a este resultado: ponerlas en contacto con los demás miembros, y sobre todo con los miembros femeninos, de su familia. George Flack no sabía nada del asunto, pero necesitaba, para cargarse de razones, que en la familia del señor Probert hubiese miembros femeninos, y tuvo la suerte de que su suposición fuera acertada. Pensó que preveía el efecto con que habría de recalcarles a Francie y a Delia (pero sobre todo a Delia, que a su vez se lo recalcaría a Francie) que más valdría que su amigo francés no dijese nada hasta que trajera a su madre. *Pero nunca lo haría:* ¡podían apostarse toda su fortuna! De hecho, jamás llegó a hacerlo; y es que el pobre hombre no tenía ninguna madre que traer. Además no decía ni pío (en expresión de Delia) respecto a madame de Brécourt y madame de Cliché: tales eran, se enteró la señorita Dosson gracias a Charles Waterlow, los nombres de las dos hermanas que tenían casa en París; y a la vez recabó la información de que una de estas damas era una *malquise* y la otra una *comtesse.* Delia se exasperaba menos por el hecho de que no apareciesen de lo que había esperado el señor Flack, y ello no impidió que se organizase una excursión para cenar en Saint-Germain, una semana después de la velada del circo, con los dos nuevos admiradores incluidos. También incluyó como cosa natural al señor Flack, pues aunque el festejo había sido propuesto en un primer momento por Charles Waterlow, que deseaba multiplicar las oportunidades de estudiar a su futura modelo, el señor Dosson, como era habitual en él, se había erigido en anfitrión y administrador, con el joven periodista como ayudante. Le gustaba invitar a gente y pagar, y le desagradaba que le invitasen y que pagasen otros. En su fuero interno jamás estaba satisfecho, en ninguna ocasión, si no se hacía un gasto enorme, y sólo podía estar completamente seguro de la magnitud de la suma cuando era él quien hacía el gasto. Era demasiado sencillo para ser presuntuoso o para jactarse de su dinero, pero siempre se le antojaba un tanto despreciable cualquier plan cuyos costes no se le remitiesen a él. Jamás contaba a nadie cómo los sufragaba. Además, Delia le había dicho que, si iban a Saint Germain como invitados del artista y su amigo, el señor Flack no formaría parte del grupo: estaba segura de que estos caballeros no le invitarían. De hecho, se pasó de sagaz, pues, aunque no es que le apreciase

demasiado, en esta ocasión Charles Waterlow se habría propuesto expresar con una actitud hospitalaria su sensación de deuda con un hombre que le había procurado un tema pictórico de tal calibre. Aun así, a su padre le bastó y sobró con la insinuación de Delia; le habría parecido un grave atentado contra la lealtad de la amistad participar en una fiesta que no estuviera honrada con la presencia del señor Flack. Su idea de la lealtad era que apenas podía fumarse un cigarro a menos que su amigo estuviese ahí para fumarse otro, y se sentía bastante vil si salía a solas a afeitarse. En cuanto a Saint-Germain, tomó las riendas del proyecto y George Flack telegrafió para reservar una mesa en la terraza del Pavilion Henri Quatre. A estas alturas, el señor Dosson había aprendido a confiar en que el encargado europeo de *El Eco* sabría gastar su dinero casi como lo haría él mismo.

IV

Delia había estallado la tarde en que llevaron al señor Probert al circo; había apostrofado a Francie mientras se sentaban en sendas sillas de damasco rojo después de subir a sus apartamentos. Se habían despedido de sus acompañantes a la puerta del hotel y los dos caballeros se habían alejado caminando en distintas direcciones. Una vez arriba, las hermanas, instintivamente, no se habían separado; se dejaron caer en el primer sitio que encontraron y se quedaron sentadas mirándose la una a la otra y a las ornamentadísimas lámparas que ardían, noche tras noche, en su salón vacío.

-Bueno, me gustaría saber cuándo vas a parar -le dijo Delia a su hermana, hablando como si este comentario fuese una continuación, cosa que no era, de algo que acababan de decir.

-¿Parar, qué? -preguntó Francie, inclinándose a por un *marron.*

-Ese coqueteo que te traes... con el señor Flack.

Francie la miró fijamente mientras se terminaba el *marron;* luego replicó, con su vocecita monótona y paciente:

Vaya, Delia Dosson, ¿cómo puedes ser tan necia?

-Padre, me gustaría que hablases con ella. Francie, no soy ninguna necia.

-¿Qué quieres que le diga? -preguntó el señor Dosson-. Me temo que ya he dicho prácticamente todo lo que sé.

-Bueno, de broma, sí, pero lo que quiero es que hables con ella en serio.

-Me temo que aquí la única que está seria eres tú -observó Francie-. Éstos no están tan buenos como los últimos.

-En efecto, y como no tengas cuidado no va a haber nadie que hable en serio. Hay algo que sí puedes hacer, quedarte calladita. Si no notas la diferencia de estilo, en fin, yo sí la noto.

-¿Qué es la diferencia de estilo? -terció el señor Dosson. Pero antes de que su pregunta pudiera ser respondida, Francie protestó contra la acusación de coqueteo. ¿Calladita? ¿Acaso no era más calladita que un reloj parado? Delia replicó que una muchacha no era calladita si no conseguía que otros también lo fueran; y quería saber qué se proponía hacer su hermana respecto al señor Flack.

-¿Por qué no te lo quedas tú y dejas a Francie que se quede con el otro? -continuó el señor Dosson.

-Eso es justo lo que pretendo: que se quede con el otro -dijo su hija mayor.

-¿Quedármelo? ¿A qué te refieres? -preguntó Francie. -Venga, ya sabes cómo.

-¡Sí, me da que sí que sabes cómo! -se rió el señor Dosson, con una falta de prejuicios que en un padre se podría haber considerado deplorable.

-¿Tú te quieres quedar en Europa o no? Eso quisiera saber yo -anunció Delia a su hermana-. Si lo que quieres es volver derechita a casa, vas por el buen camino.

-¿Y eso qué tiene que ver? -preguntó el señor Dosson.

-¿Tanto te gustaría residir en ese sitio (¿dónde está?) en el que se publica su periódico? Ahí es donde tendrás que instalarte, tarde o temprano -prosiguió Delia.

-¿Te quieres quedar en Europa, padre? -dijo Francie, con un hastío minúsculo y dulce.

-Depende de a qué te refieras con quedarse aquí. En algún momento quiero volver a casa.

-Bueno, pues entonces tendrás que irte sin el señor Probert -observó con firmeza Delia-. Si te crees que él va a querer vivir allí...

-Vaya, Delia, si se muere de ganas de ir..., él mismo me lo dijo -indicó Francie, con pausas poco apasionadas.

-Sí, y cuando llegue allí querrá volver. Pensaba que París te interesaba muchísimo.

-¡Ay, chiquilla, claro que me interesa! -sonrió Francie-. ¿A que sí, padre?

-Bueno, no sé de qué otra manera habrías de comportarte para demostrarlo.

-Bueno, pues yo sí -dijo Delia-. Y si no le das a entender al señor Flack cómo son las cosas, lo haré yo.

-Ah, supongo que ya entiende... Es tan listo... -repuso Francie.

-Sí, supongo que sí... La verdad es que es listo -dijo el señor Dosson-. Buenas noches, polluelas -añadió, y, deambulando, se fue a un lecho de apacible reposo.

Media hora más tarde sus hijas seguían levantadas, aunque no por deseo de la menor. Siempre se mostraba pasiva, siempre era dócil cuando Delia, como decía Francie, se ponía en pie de guerra, y aunque carecía por completo de la insistencia de su hermana se mostraba muy valiente en su sufrimiento. Le parecía que Delia la azuzaba demasiado, pero algo en su interior le habría impedido salir corriendo. Se podía pasar una hora entera sonriendo sin irritación, incluso dando respuestas pacíficas, por mucho que durante todo este rato la aspereza de su compañera estuviese dañando algo delicado que tenía dentro de sí. Sabía que Delia la quería -a la vez que a sí misma no se quería ni una pizca como probablemente nadie en el mundo llegase jamás a quererla; y había algo chistoso en que tuviese semejantes planes para ella..., planes ambiciosos que no podían sino acarrear algún fracaso. La auténtica respuesta a cualquier cosa, a todo lo que pudiera decir Delia cuando estaba en vena de hacer previsiones, era: «Ah, si quieres dar a entender que la gente piensa en mí o que va a hacerlo algún día, deberías recordar que es imposible que alguien pueda pensar en mí ni la mitad de lo que piensas tú. Así que, si se trata de que estemos mínimamente cómodas, más nos vale a ambas limitarnos a seguir como estamos». En esta ocasión, sin embargo, no se enfrentó a su hermana con este silogismo; y es que había algo fascinante en el modo en que expuso Delia la gran verdad de que la estrella del matrimonio, para las muchachas americanas, brillaba en estos momentos en el este: en Inglaterra, en Francia, en Italia. No tenían más que mirar a su alrededor para verla: ¿de qué se enteraban cada día de la semana sino del compromiso de alguna de sus iguales con un conde o con un lord? Delia insistía en el hecho de que era en esta vasta e indefinida sección del globo a la que nunca aludía más que como a «este lado» donde se exigía ahora a las muchachas americanas que desempeñasen, con la ayuda de la

Providencia, su papel. Cuando Francie señaló que el señor Probert no era ni un conde ni un lord, su hermana repuso que le daba lo mismo que lo fuera o no. A esto replicó Francie que a ella también le daba lo mismo, pero que a Delia, si quería ser coherente, tendría que importarle.

-Bueno, es un príncipe en comparación con el señor Flack -afirmó Delia.

-No tiene el mismo talento; ni la mitad.

-Tiene el talento de tener tres hermanas que son justo el tipo de personas que quiero que conozcas.

-¿Qué bien pueden hacerme? -preguntó Francie-. Me odiarán. Antes de que cante un gallo haría algo (con absoluta inocencia) que les parecería monstruoso.

-Bueno, ¿y qué importancia tendría, siempre y cuando a *él* le gustes?

-¡Ah, pero es que dejaría de gustarle! También él me odiaría.

-Entonces, lo único que tienes que hacer es no hacerlo -dijo Delia.

-Ah, pero seguro que lo haría... continuamente -siguió su hermana.

Delia la miró un instante.

-¿Se puede saber de qué estás hablando?

-Es verdad, ¿de qué? ¡Es repugnante! -y con esto Francie se levantó de un salto.

-Lamento que tengas semejantes pensamientos -dijo Delia, sentenciosamente.

-Es repugnante hablar de un caballero (y de sus hermanas, y de su círculo y de todo lo demás) antes de que apenas te haya mirado siquiera.

-Es repugnante siempre y cuando no esté, sencillamente, languideciendo; pero no lo es si lo está.

-Bueno, ¡ya verás cómo consigo que se largue! -siguió Francie.

-¡Ay, eres peor que tu padre! -exclamó su hermana, dándole un empujoncito mientras se iban a la cama.

Llegaron a Saint-Germain con sus acompañantes casi una hora antes del momento acordado para la cena, con el fin de poder disfrutar de lo que quedaba de la luz del día: dar un paseo por la célebre terraza y contemplar las magníficas vistas. La tarde era espléndida, y la atmósfera favorable para este entretenimiento; la hierba del amplio paseo contiguo al pretil tenía un colorido intenso, el parque y el bosque estaban frescos y frondosos, y una preciosa luz dorada pendía sobre el sinuoso Sena y la ciudad anchurosa. La colina que forma la terraza se extendía por abajo, entre viñedos sembrados de varas que aun en su desnudez resultaban delicadas, hasta el río, y la perspectiva estaba salpicada aquí y allá con las piernas rojas de los soldaditos andariegos de la guarnición. Respecto a cómo sucedió, después de la advertencia de Delia respecto a su coqueteo (teniendo en cuenta sobre todo que la fuerza de la sabiduría de su hermana no se le había pasado por alto), Francie no lo habría sabido explicar: cierto es que no habían pasado ni diez minutos cuando percibió, primero, que la velada no habría de transcurrir sin que el señor Flack se apropiase de ella, y además un buen rato, de una manera peculiar; y después, que ya lo estaba haciendo, que la había apartado de los demás y que éstos se iban parando detrás para proferir exclamaciones ante el panorama; que la obligaba a caminar más aprisa, y que terminaba interponiendo tanta distancia que se quedaba prácticamente a solas con él. Esto era lo que él quería, pero no lo era todo; Francie notaba que quería muchísimas cosas más. Frente a ellos, la gran perspectiva de la terraza se perdía en lontananza (el señor Probert había calificado su estilo de grandioso), y estaba empeñado en obligarla a caminar hasta el final. Francie sintió pena por sus empeños; era

ejercitar en vano una fuerza intrínsecamente admirable, y quería protestar, hacerle saber que, francamente, contar con ella era desperdiciar su gran inteligencia. Con ella no se podía contar; era una persona distraída, blanda, negativa, que nunca había decidido nada y que nunca lo haría, que ni siquiera tenía el mérito de la coquetería y que sólo pedía que la dejasen en paz. Al fin le hizo detenerse, diciéndole, a la vez que se apoyaba contra el pretil, que caminaba demasiado aprisa; y volvió la mirada hacia sus acompañantes, a los que esperaba ver, apremiados por Delia, siguiéndolos a toda carrera. Pero no venían; seguían ahí quietos, limitándose a mirar, con bastante atención, a los miembros ausentes del grupo. Delia blandiría su sombrilla, le haría ademanes para que volviese, mandaría al señor Waterlow a por ella; Francie esperaba de un momento a otro algún gesto de este tipo. Pero no hubo ningún gesto; ninguno, al menos, salvo el extraño espectáculo de ver cómo, acto seguido, el grupo se daba la vuelta y, claramente bajo la dirección de Delia, desandaba sus pasos. Francie adivinó al instante lo que esto quería decir; era la señal más clara que podía haberle dado su hermana. Le dio a entender que Delia contaba con ella, pero a efectos bien distintos; lo mismo que el señor Flack, lo mismo que -de eso quería convencerla Delia- el señor Probert. La muchacha soltó un suspiro, mirando con ojos inquietos a su acompañante, ante la idea de convertirse en objeto de tácticas convergentes. ¡Con lo poquita cosa que se sentía, ingrata, aburrida, evasiva! Lo que Delia había dicho dándose la vuelta era: «Sí, te estoy observando, y confío en que le pararás los pies. Quédate ahí con él, vete con él si quieres (te concederé hasta media hora si hace falta), pero aclárale las cosas de una vez por todas. Soy muy buena por darte esta oportunidad; y a cambio espero que esta misma tarde puedas decirme que ya ha recibido su respuesta. ¡Cállale la boca! ».

A Francie, el señor Flack no le desagradaba en absoluto. Interesado como estoy en presentársela al lector bajo una luz favorable, no obstante me veo obligado, en tanto que historiador veraz, a admitir que decididamente el señor Flack le parecía un ser brillante. En más de una muchacha, el tipo de estima en que le tenía podría haberse convertido con facilidad, a través de un tratamiento perentorio desde el exterior, en algo más exaltado. No tergiverso la perversión de las mujeres si digo que en este momento nuestra joven damita podría haberle replicado a su hermana: «No, no estaba enamorada de él, pero, visto que te pones tan prohibitiva, adivino que lo estaré si me lo pide». Sin duda, sería difícil que algo hablase más a favor de la sencillez del carácter de Francie que el hecho de que no tuviese la menor necesidad de dar pábulo al señor Flack para demostrarse a sí misma que nadie la estaba intimidando. Le daba igual que alguien la estuviese intimidando o no; y era perfectamente capaz de dejarle creer a su hermana que había llevado su mansedumbre al extremo de renunciar a un hombre por el que albergaba secretos sentimientos a fin de complacer a la inteligentísima joven. Tampoco tenía del todo claro que no fuese así; su orgullo, lo que de orgullo tenía, yacía de forma descolocada e inerte muy al fondo de su corazón, y hasta ahora no había inventado ninguna teoría consoladora que explicase su falta de altivez. Notó, mientras miraba al señor Flack, que ni siquiera le importaba que él pensase que lo sacrificaba a una ciega sumisión infantil. La brillante mirada del señor Flack era dura, como si casi pudiese adivinar lo cínica que era ella, y Francie volvió a dirigir la suya hacia sus compañeros, que se retiraban.

-Se van a cenar; no deberíamos entretenernos -dijo.

-Bueno, como se vayan a cenar tendrán que comerse las servilletas. La cena la encargué

yo y sé cuándo va a estar lista -replicó George Flack-. Además, no van a cenar, van a pasear por el parque. No se preocupe, no vamos a perderlos. ¡Ojalá! -añadió el joven, sonriendo.

-¿Ojalá?

-Me gustaría sentir que está usted bajo mi protección personal.

-Pues yo no veo que haya ningún peligro -dijo Francie, reanudando la marcha. Empezó a seguir a los demás, pero al cabo de unos pocos pasos volvió a detenerla.

-Se niega usted a confiar. Ojalá creyera lo que le digo.

-No me ha dicho usted nada -y dándole la espalda se puso a contemplar la espléndida vista. -Me encanta el paisaje -añadió al instante.

-¡Ah, que le aspen al paisaje! Quiero decirle algo sobre mí..., si es que puedo hacerme la ilusión de que va a interesarle -el señor Flack había hincado el bastón, a la altura de la cintura, en el muro inferior de la terraza, y apoyándose contra él se puso a dar vueltas suavemente a la punta con ambas manos.

-Me interesaré si consigo entenderlo elijo Francie.

-Le será muy fácil entenderlo, si lo intenta. Hoy me han llegado unas noticias de América que me han alegrado mucho. *El Eco* ha dado un salto.

No era esto lo que Francie se esperaba, pero era mejor.

-¿Ha dado un salto? -repitió.

-Ha subido de golpe. Está en los doscientos mil.

-¿Doscientos mil dólares? -dijo Francie.

-No, señorita Francie, ejemplares. Hablo de la tirada. Pero los dólares también están subiendo. -¿Y van todos a parar a usted?

-¡Muy pocos! Ojalá; son una agradable posesión.

-Entonces ¿no es suyo? -le preguntó, girándose hacia él. Fue un impulso de simpatía lo que la llevó a mirarle en este momento, pues sabía lo mucho que deseaba el éxito de su periódico. En cierta ocasión le había dicho que tenía tanto afecto *a El Eco* como el que le había tenido a su primera navaja.

-¿Mío? ¡No me estará diciendo que supone que soy el dueño! -exclamó George Flack. La luz que proyectaban estas palabras sobre la inocencia de la joven fue tan intensa que ésta se sonrojó, y él siguió diciendo, con más ternura-: Tiene gracia cómo dan por sentado usted y su hermana ese tipo de cosas. ¿Se creen que la propiedad le crece a uno encima, como un bigote? Bueno, en el caso de su padre parece que así ha sido. Si fuera el dueño de *El Eco* no estaría perneando por aquí; volcaría mi atención en otra rama del negocio. Es decir, atendería a todas, pero no iría por ahí con la carretilla. Pero voy a hacerme con él, y quiero que usted me ayude -continuó el joven-; precisamente de eso quería hablarle. *El Eco* ya es cosa seria, y tengo la intención de que lo sea aún más: los ecos de sociedad más universales que ha visto el mundo. Ahí es donde está el futuro, y el hombre que primero se dé cuenta será el hombre que se haga de oro. Es un campo abierto a iniciativas perspicaces que aún no se ha empezado a labrar.

Siguió hablando, resplandeciendo, casi de repente, con su idea, y uno de los ojos se le cerró a medias con aire de complicidad, cosa habitual en él cuando hablaba de corrido. El efecto habría resultado cómico para un oyente..., esa mezcla de tono panfletario y acentos de pasión. Pero a Francie no le resultó cómico; sólo pensó, o supuso, que era una prueba del modo que tenía el señor Flack de verlo todo en sus más amplios aspectos.

-Quedan por hacer diez mil cosas que no se han hecho, y yo las voy a hacer. Los ecos

de sociedad de cada rincón del globo, suministrados por las figuras prominentes en persona (Ah, se les puede comprar, ¡ya lo verá!), servidos día a día y hora a hora con todos los desayunos de Estados Unidos: eso es lo que quiere el pueblo americano y eso es lo que va a recibir el pueblo americano. No le diría a todo el mundo, pero a usted no me importa decírselo, que considero que intuyo como el que más cuál va a ser allí la demanda del futuro. Yo voy a tirar por los secretos, por la *chronique intime,* como dicen aquí; lo que quiere la gente es justo lo que no se cuenta, y yo voy a contarlo. ¡Ah, sin duda, van a recibir perlas cultivadas! Además, ya no vale eso de clavar una señal de «privado» pensando que uno se puede ceñir la plaza para sí solo. No se puede; no se puede impedir la entrada a la luz de la Prensa. Así que lo que voy a hacer es instalar la lámpara más grande que jamás se ha visto y conseguir que luzca en todas partes. ¡Ya veremos entonces quién es el reservado! Haré que sean ellos mismos los que vengan en tropel a dar información, y, como le digo, señorita Francie, es una tarea en la que usted me puede dar un empujoncito estupendo.

-Bueno, no veo cómo -dijo con toda franqueza Francie-. No guardo ningún secreto -hablaba alegremente, porque estaba aliviada; pensó que había vislumbrado lo que quería de ella. Era mejor de lo que se había temido. Puesto que no era dueño del gran periódico (la idea que se hacía la joven de estas cuestiones era de lo más vaga), lo que quería era llegar a poseerlo, y Francie tenía suficientemente claro que para ello hacía falta dinero. Pareció percibir asimismo que se le presentaba como un hombre sin dinero y que esto los llevaba a través de una transición imprecisa pero cómoda a la agradable conciencia de que su padre no lo era. El resto de la inducción, hecha en silencio, fue rápido y feliz: quedaría absuelta si le pedía a su padre la suma necesaria y sencillamente se la entregaba al señor Flack. Mientras seguían allí de pie los dos, la grandeza del proyecto de Flack y la magnitud de sus ideas parecieron eclipsarla. Era una deliciosa simplificación, y ni por un instante se le antojó francamente extraño que su acompañante tuviese reparos en pedir ayuda pecuniaria directamente al señor Dosson, aunque es indudable que, de haber reflexionado sobre ello, habría sido capaz de juzgarlo extraño. Nada le era más sencillo a Francie que la idea de meter la mano en el bolsillo de su padre, y le pareció que hasta Delia estaría contenta de satisfacer al joven con este gesto sin importancia. Debo añadir, por desgracia, que volvió a alarmarse por la manera en que replicó el joven:

-¿Quiere decir que no lo sabe, después de todo lo que he hecho?

-La verdad es que no sé qué es lo que ha hecho.

-¿Acaso no he intentado... por todos los medios... agradarla?

-¡Dios mío, claro que me agrada! -exclamó Francie-; pero ¿de qué puede servirle eso?

-Me servirá que quiera entender que la amo.

-¡Bueno, pues no quiero entenderlo! -replicó la muchacha, echándose a andar.

La siguió; avanzaron juntos en silencio y entonces dijo:

-¿Quiere decir que no lo ha descubierto?

-Ah, yo no descubro cosas... ¡No soy periodista! -se rió Francie.

-Me sonsaca y después se mofa de mí -observó el señor Flack.

-Yo no le he sonsacado. ¿No ha visto que no hacía más que esforzarme por huir?

-¿No congenia con mis ideas?

-Por supuesto que sí, señor Flack; me parecen espléndidas -dijo Francie, que no las entendía en lo más mínimo.

-Bien, y entonces ¿por qué no quiere colaborar conmigo? Su afecto, su alegría, su fe lo

serían todo para mí.

-Lo siento mucho, pero no puedo..., no puedo -declaró la muchacha.

-Podría si quisiera, y bien rápido.

-Bueno, pues entonces ¡no quiero! -y no bien hubo pronunciado estas palabras cuando, como para mitigar un poco su aspereza, hizo una breve pausa y dijo-: Debe recordar que nunca dije que querría... ni nada semejante. Pensé que simplemente deseaba que hablase con mi padre.

-Por supuesto, pensé que lo haría.

-Hablarle de su periódico, quiero decir.

-¿De mi periódico?

-Para que le diese el dinero..., para hacer lo que quiere usted hacer.

-¡Santo cielo, es usted un encanto! -exclamó George Flack, mirándola fijamente-. ¿Supone que tocaría siquiera un solo centavo del dinero de su padre? -y este discurso no era tan hipócrita como quizá suene, en tanto que el joven, que también tenía su finura, jamás había sido culpable, y se proponía no serlo nunca, de la vulgaridad de tirar con sus propias manos de las cuerdas del monedero de su suegro potencial. Le había hablado al señor Dosson durante horas y horas del asunto de las entrevistas, pero ni se le había pasado por la cabeza que este hombre tan afable fuese a darle dinero como si se tratase de un luchador prometedor. Sólo podía esperarlo en calidad de marido de Francie, y en ese caso iría a parar a Francie, no a él. Este razonamiento no mermaba su deseo de adoptar ese carácter, y el amor a su profesión y su aprecio por la muchacha que tenía al lado le dolieron en el pecho con idéntica decepción. Ella vio que sus palabras le habían dado como un látigo; por un instante se puso colorado. Esto hizo que también a ella se le subieran los colores (le habría sido difícil decir por qué), y retomó el paso apresuradamente. Él se arrimaba a ella; discutía con ella, le suplicaba que se lo pensara bien, le aseguraba que era el mejor tipo del mundo. A esto respondió Francie que si no la dejaba en paz se echaría a llorar, y ¿qué, le gustaría llevarla ante los otros en semejante estado? Él dijo: «¡A1 diablo los otros!», pero de nada le sirvió, y al fin estalló: «Entonces dígame solamente esto: ¿es porque se lo ha prometido a la señorita Delia?». Francie respondió que no le había prometido nada a la señorita Delia, y su acompañante siguió:

-Pues claro que sé lo que se trae entre manos: quiere incorporarla a la gente de postín, al *grand monde,* como dicen aquí; pero no me imaginaba que fuese usted a permitirle que le organice la vida. Usted era muy distinta antes de que apareciese *él.*

-Nunca me ha organizado nada. No tengo ninguna vida y no quiero tenerla -dijo Francie-. ¡Y además, no sé de quién me está hablando!

-Del hombre sin patria. Él la meterá ahí..., eso es lo que quiere su hermana.

-No debería insultarle, porque fue usted quien le presentó -repuso la muchacha.

-Jamás le presenté! Le daría de patadas.

-Jamás le habríamos visto de no haber sido por usted.

-Ya lo sé, pero no por ello le tengo en más estima. Es de la peor ralea que hay.

-Me trae sin cuidado su ralea.

-Es una lástima, si se va a casar con él. ¿Cómo iba yo a saberlo cuando la llevé allí?

-Adiós, señor Flack -dijo Francie, intentando ganarle terreno.

El intento fue, naturalmente, inútil, y al cabo de un momento Flack añadió:

-¿Me seguirá considerando su amigo?

-¡Vaya, señor Flack, por supuesto que sí! -exclamó Francie.

-De acuerdo -replicó él; y acto seguido volvieron a reunirse con sus acompañantes.

V

Gaston Probert trazó su plan sin comunicárselo a nadie más que a su amigo Waterlow, cuya ayuda necesitaba para llevarlo a cabo. Estas confidencias le costaron algo, pues al joven y listo pintor sus apuros le parecían divertidos y no tenía el menor escrúpulo en manifestarlo. Aun así, Probert estaba demasiado enamorado para que el sarcasmo le turbase. Este hecho es aún más notable en tanto que sabía que Waterlow se mofaba de él con un propósito: sostenía la teoría de que semejante trato le sería saludable. El gusto francés estaba presente en el «estilo» de Waterlow, pero aún no había coloreado su opinión sobre las relaciones de un joven brioso con sus progenitores y el clero. Era galo hasta la punta del más fino de sus pinceles, pero el humor de su temprana educación americana no podía dejar de interponerse cuando conversaba con un amigo en cuya vida el principio de autoridad desempeñaba un papel tan grande. Acusaba a Probert de temer a sus hermanas, cosa que era una manera burda (y lo sabía) de aludir a la rigidez de la concepción de la familia de unas personas que habían adoptado e incluso, ajuicio de Waterlow, perfeccionado la usanza de Francia. Esto no hacía justicia (y el artista también lo sabía) a la delicada naturaleza del lazo que unía a los diversos miembros de la casa de Probert, que eran todos para uno y uno para todos. El sentido de la familia no era entre ellos una tiranía sino una religión, y respecto a mesdames de Brécourt, de Cliché y de Douves, lo que más temía Gaston era que creyesen que no las quería. Pese a todo, Charles Waterlow, que veía en él aspectos encantadores, sostenía que no se había seguido el mejor camino para hacer de él un hombre, y la disposición con que a veces se esforzaba el pintor por subsanar este contratiempo era en general benévola a pesar de que la forma fuese con frecuencia brusca. Waterlow combinaba de modo extraño muchas de las formas del estudio parisino con las ideas morales y sociales de Brooklyn, Long Island, donde le habían sido implantadas sus primeras semillas.

Gaston Probert no tenía mayor deseo que el de ser un hombre; lo que le molestaba (y esto tal vez sea una prueba de que el instinto le fallaba gravemente) era cierta vaguedad en cuanto a los elementos constitutivos de tal personaje. Desde su punto de vista, acabaría pareciéndose más a una bestia si llegaba a sacrificar en este empeño las formas y devociones -cosas sagradas todas ellas- entre las que se había criado. Bien estaba que Waterlow dijese que para ser un auténtico hombre había que tener un poco de bestia; su amigo estaba dispuesto, en teoría, a asentir incluso a eso. La dificultad estaba en aplicarlo, en la práctica..., ante lo cual el pintor afirmaba que todo eso sería sumamente sencillo con sólo dejar de tener tan en cuenta a la marquesa, a la condesa y a -¿qué era la otra?- la duquesa. La pareja intercambió estos juveniles comentarios (mientras Gaston explicaba, casi con tanto afán como si se estuviese apuntando un tanto, que la otra era solamente una *baronne)* durante aquel breve viaje a España que ya se ha mencionado, durante las últimas semanas del verano, a la vuelta (los jóvenes pasaron quince días juntos en la costa de Bretaña) y, sobre todo, durante el otoño, cuando se asentaron en París con vistas al invierno, cuando el señor Dosson hubo reaparecido (cumpliendo el compromiso con sus hijas), cuando las sesiones para el retrato se hubieron multiplicado (el pintor carecía de escrúpulos en cuanto a la cantidad que exigía) y cuando la obra

misma, nacida con buena estrella, fue cobrando cada vez más el aspecto de una obra maestra. Fue en Granada donde Gaston estalló de verdad; allí, una noche templada, comunicó a su compañero que o se casaba con Francina Dosson o jamás se casaría con nadie. La declaración fue aún más sorprendente por cuanto se produjo después de bastante tiempo; habían transcurrido muchos días desde que se separaron de la joven, *y* muchos objetos nuevos *y* hermosos habían captado su atención. Al parecer, el pobre Probert había estado pensando en ella todo el rato, y le hizo saber a su amigo que había sido aquella cena en Saint Germain la que le había dado el golpe de gracia. Waterlow había visto en persona cómo había estado la joven en aquella ocasión: no podía contradecir la afirmación de que había estado irresistible.

En noviembre, en París (pasaron meses y semanas antes de que el artista se pusiese manos a la obra), el joven enamorado fue muy a menudo a la Avenue de Villiers, hacia el final de las sesiones; y hasta que terminaba, con el fin de no distraer a la adorable modelo, cultivaba la conversación con la hermana mayor: Gaston Probert era capaz de semejante cosa. Delia, por supuesto, siempre estaba allí, pero el señor Dosson no se había presentado ni una sola vez y felizmente el reportero parecía haberse quitado de en medio. De hecho, el nuevo aspirante se enteró por la señorita Dosson de que una crisis en los asuntos de su periódico le había obligado a volver a la sede de la publicación. Cuando las jóvenes se marchaban (y cuando no se iba con ellas, pues las acompañaba no pocas veces), el visitante se ponía casi lírico apreciando la obra de su amigo; no tenía celos de la intuición que le permitía reconstruir sobre el lienzo a la muchacha con tamaña perfección. Sabía que Waterlow la pintaba demasiado bien para estar enamorado de ella y que si él mismo hubiese podido abordarla de esa guisa no habría querido casarse con ella. Florecía ahí, en el caballete, con tanto brillo como en la vida, y el artista había capturado la dulce esencia de su belleza. Era exactamente la manera en que su enamorado habría escogido que se la representase, y sin embargo para eso había hecho falta una mano completamente independiente. Gaston Probert caviló sobre este misterio y en cierto sentido se sintió orgulloso del cuadro y responsable de él, a pesar de que lo poseía, por ahora, tan poco como a la joven.

Cuando, en diciembre, le habló a Waterlow de su plan de campaña, éste dijo:

-Haré lo que tú quieras (cualquier cosa que creas que puede ayudarte), pero, amigo mío, no consigo entender por qué diablos no te acercas a ellos y dices: «He visto a una muchacha más buena que el pan y que es un bombón, es perfecta para mí, lo he pensado con detenimiento y sé lo que quiero: así pues, me propongo hacerla mi esposa. Si os gusta, mejor que mejor; si no, sed tan amables de guardar silencio». Ésa es, con mucho, la mejor de las maneras. ¿Para qué, santo cielo, tantos misterios y maquinaciones?

-¡Ah, no lo entiendes, no lo entiendes! -suspiró Gaston Probert, con el entrecejo lleno de arrugas-. Uno no puede romper con sus tradiciones de la noche a la mañana, sobre todo cuando hay en ellas tantas cosas que le gustan. No es que vaya a quererla más si les gusta a ellos, pero los querré más *a ellos,* y eso para mí tiene importancia. Hablas como un hombre que no tiene nada que tomar en cuenta. Yo tengo que tomarlo todo en cuenta, y me alegro de que sea así. El placer de casarme con ella será doble si mi padre y mis hermanas la aceptan, y disfrutaré una barbaridad resolviendo esto de hacerles entrar en razón.

Había momentos en que a Charles Waterlow le molestaba la terminología de su amigo; no soportaba que un hombre hablase de que se «aceptase» a la mujer que amaba. Con que

la aceptase uno mismo, o, mejor, con que fuese aceptado por ella, la cuestión quedaba zanjada, y el esfuerzo por hacer entrar en razón a los que le hacían el vacío apenas era compatible con la dignidad. Probert explicó que, por supuesto, sabía que sus parientes no tendrían más que conocer a Francina para que les gustase, para que les encantase; pero que para conocerla tendrían primero que entablar relación con ella. Éste era el punto delicado, pues el trato social con gente como el señor Dosson y Delia no estaba en absoluto en su línea habitual y era imposible desconectar a la pobre muchacha de sus apéndices. Por tanto, habría que abordar todo este asunto con un movimiento oblicuo; de nada serviría afrontarlo directamente. La cuña de entrada debía tener un extremo estrecho y Gaston ya podía afirmar que lo había encontrado. Dicho de otro modo, su hermana Susan; primero la ablandaría a ella y ella le ayudaría a ablandar a los demás. Era su pariente favorito, su amiga íntima; el miembro más moderno de la familia, el más parisino y fogoso. No era razonable pero era sensible; tenía imaginación y humor y era capaz de ser generosa y entusiasta, y hasta de encapricharse. Había tenido sus propios caprichos y debería hacerse cargo de los ajenos. En una primera impresión, los Dosson no le iban a ser mucho más gratos que a su padre, a Margaret o a Jane (llamaba a estas damas por sus nombres ingleses, pero para sí mismas, para sus maridos, para sus amigos y entre ellas eran Suzanne, Marguerite y Jeanne); aun así, había bastantes posibilidades de inducirla a adoptar su punto de vista. Apreciaba la belleza y las artes tanto como él; éste era uno de sus lazos de unión. Tenía en gran estima el talento de Charles Waterlow y se había hablado mucho de que la retrataría. Cierto es que, como su marido contemplaba el proyecto con una mirada mucho más fría, no se había llevado a cabo.

Según el plan de Gaston, Susan iría a la Avenue de Villiers a ver lo que había hecho el artista con la señorita Francie; previamente, su hermano habría estimulado su curiosidad mediante efusiones, efusiones que versarían exclusivamente sobre la obra misma, ejemplo de las facultades de Waterlow, y no sobre la joven, acerca de la cual no le haría saber en un primer momento que la había visto siquiera. Sólo al final, justo antes de su visita, le contaría que la había conocido (en el estudio), y que a su modo era tan extraordinaria como el cuadro. Al ver el cuadro y oír esto, madame de Brécourt, como todo buen amante imparcial de las impresiones encantadoras, expresaría su deseo de disfrutar con la visión de tan excepcional criatura; a lo cual Waterlow habría de decir que sería bien fácil si se acercaba un día en que la señorita Francie estuviese posando. Le sugeriría dos o tres fechas y ya se cuidaría Gaston de que no dejase escapar la oportunidad. Volvería sola (esta vez no la acompañaría), y se quedaría tan entusiasmada como él esperaba. Todo dependía de esto, pero no podía fallar. La muchacha tendría que cautivarla, pero en la muchacha se podía confiar, sobre todo si no sabía quién era aquella expresiva dama francesa de rostro delicado y corriente, de cabello tan rubio que casi era blanco, de labios de un rojo intenso y ojos saltones y claros. Waterlow no haría presentaciones y sólo habría de revelar la identidad de la visitante cuando se hubiese marchado. Refunfuñó ante el encargo; dijo que el asunto entero no era sino una comedia detestable, pero su amigo sabía que si se ponía a ello cumpliría airosamente con su cometido. Una vez que madame de Brécourt hubiese quedado cautivada (que le ocurriese o no lo mismo a Francie no fue de antemano objeto de la menor consideración), su hermano se quitaría la máscara y la convencería de que tenía que colaborar con él. Se concertaría una nueva reunión con la muchacha (en la que ambas comparecerían en sus verdaderos papeles), y en poco tiempo la cosa se iría poniendo más interesante.

El pronóstico que hizo Gaston Probert de sus dificultades revelaba una considerable facultad de análisis, pero eso no era tan raro en el orden de cosas francés como para dejar atónito a su amigo. Trajo a Suzanne de Brécourt, se quedó encantada con el retrato de la americanita, y el resto de la trama empezó a desarrollarse paso a paso. Madame de Brécourt le soltó a Waterlow a la cara (no opinaba a espaldas de la gente) todo tipo de elogios sobre su maestría del oficio; sabía decirle lisonjas a un hombre con una confianza en sí misma que era exclusivamente suya. Era lo contrario de una egocéntrica y jamás hablaba de sí misma; su éxito en la vida era fruto de una selección mucho más inteligente de los pronombres. Waterlow, que la apreciaba y quería pintar su fealdad (tan encantadora, a su entender), tenía dos opiniones sobre ella..., una de las cuales era que sabía cien veces menos de lo que creía (e incluso de lo que creía su hermano) respecto a aquello de lo que hablaba, y la otra, que, a fin de cuentas, no era tan farsante como parecía. En su familia la tenían por una radical de marca mayor, una bohemia audaz; sacaba expresiones de los periódicos, y aunque sus manos y sus pies eran celebrados, su conducta no lo era. La de sus hermanas, de hecho, nunca había llegado a manifestarse.

-Pues debe de ser encantadora, tu muchachita -le dijo a Gaston, ladeando la cabeza ante la imagen de Francie-. Parece una pieza escultórica, o un vaciado de plata de la época de Francisco I; algo de Jean Goujon o de German Pilon -los jóvenes intercambiaron una mirada, porque he aquí que era una comparación estupenda, y Gaston repuso, con indiferencia, que bien merecía la pena verla.

Se pasó a tomar una taza de té por casa de su hermana el día que sabía que ya habría visitado por segunda vez el estudio, y las primeras palabras con que ésta le saludó fueron: « ¡Pero si es admirable -*votre petite-,* admirable, admirable! ». En aquel momento había una visita en la Place Beauvau -la vieja madame d'Outreville-, y naturalmente preguntó quién era el objeto de tamaño entusiasmo. Gaston permitió que Susan respondiese a esta pregunta; quería oír lo que decía. Describió a la muchacha, desde el punto de vista plástico, casi tan bien como lo habría hecho él, con un centenar de nombres técnicos y críticos, y la anciana dama escuchó en silencio, solemnemente, con bastante frialdad, como si semejante charla se le antojase todo un galimatías: pertenecía a la antigua escuela y sostenía que para catalogar a una joven bastaba con decir que tenía un cutis deslumbrante o los ojos más lindos del mundo.

-*Qu'est-ce que c'est que cette merveille?-preguntó,* a lo cual repuso madame de Brécourt que se trataba de una americanita que había descubierto su hermano-. Y ¿qué se propone hacer con ella, si puedo preguntarlo? -quiso saber madame d'Outreville mirando a Gaston con ojos que parecían leer su secreto, con lo cual durante medio minuto éste estuvo a punto de estallar: «Me propongo casarme con ella..., ¡para que se entere!». Pero se contuvo, limitándose a mencionar por el momento que aspiraba a averiguar a qué costumbres estaba amoldada; mientras, añadió, esperaba verla muy a menudo, en la medida en que ella se lo permitiera-. ¡Ah, puede que eso le lleve lejos! -exclamó la anciana a la vez que se levantaba para irse; y Gaston echó un vistazo a su hermana para ver si también a ella se le ocurría esta idea. Pero parecía como si estuviese casi provocadoramente exenta de inquietud; si hubiese sospechado algo, a Gaston le habría sido más fácil hacer su confesión. Cuando volvió de acompañar a madame d'Outreville a su carruaje, preguntó si la muchacha del estudio había sabido quién era ella y si se había asustado. Madame de Brécourt le miró fijamente; era obvio que pensaba que ese tipo de sensibilidad suponía una iniciación que una americanita, encontrada al azar, no podía

tener bajo ningún concepto.

-¿Por qué iba a asustarse? Ni siquiera se habría asustado de haber sabido quién era yo; así que mucho menos si yo no significaba nada para ella.

-¡Ah, sí que significas algo! -exclamó Gaston; y cuando su hermana replicó que era demasiado amable, expuso su revelación. Había visto a la joven con más frecuencia de lo que le había contado; había deseado de modo especial que *ella* la viera. Ahora quería que su padre, Jane y Margaret hicieran lo mismo, y por encima de todo quería que les gustase, de la misma manera que a ella, Susan, le había gustado. Estaba encantado de que se hubiese quedado prendada..., él también se había quedado prendado. Madame de Brécourt protestó diciendo que se reservaba su independencia de juicio, y él respondió que si la señorita Dosson le hubiese parecido repulsiva ya podría haberlo expresado de otro modo. Cuando su hermana le preguntó de qué estaba hablando y qué quería que hicieran todos con ella, dijo:

-Quiero que la tratéis con amabilidad, con ternura, porque ahí donde la ves estoy pensando en convertirla en mi esposa.

-Que Dios nos coja confesados... No se lo habrás pedido, ¿verdad? -exclamó madame de Brécourt.

-No, pero le he preguntado a su hermana que qué diría, y dice que no habría ninguna dificultad.

-¿Su hermana? ¿La mujercita esa del cabezón?

-No es que su cabeza guarde las proporciones, pero eso no forma parte del asunto. Es completamente inofensiva y estaría entregada a mí por completo.

-Por el amor del cielo, entonces no digas nada. Es más vulgar que la factura de una costurera.

-Una vez que la conoces, no. Además, eso no tiene nada que ver con Francie. Hace un momento te faltaban palabras para decir que Francie es exquisita, así que ahora vas a hacerme el favor de ceñirte a eso. ¡Venga, sé inteligente!

-¿La llamas por su nombre de pila, así como así? -preguntó madame de Brécourt, dándole otra taza de té.

-Sólo cuando hablo contigo. Es completamente sencilla. Es imposible imaginar nada mejor. Y figúrate el placer de tener ante los ojos tan encantador objeto..., ¡siempre, siempre! Hace que el futuro sea otra cosa.

-Pobrecito mío -dijo madame de Brécourt-, no puedes escoger una esposa de esa manera..., la primera americanita que pasa por ahí. Ya sabes que yo esperaba que no te casases... Me parece una lástima... para un hombre. En cualquier caso, si esperas que nos agrade la señorita, ¿cómo se llama?, la señorita «Fancy», lo único que puedo decir es que no va a ser así. ¡No podemos!

-Entonces me casaré con ella sin vuestra aprobación.

-Muy bien. Pero si te priva de ella (siempre la has tenido, estás acostumbrado, forma parte de tu vida), acabarás odiándola al cabo de un mes.

-Me da igual. Ahí quedará el mes.

-¿Y ella..., la pobrecilla?

-¡Pobrecilla, exactamente! Empezaréis a compadecerla, y eso os llevará a cultivar la relación con ella, y eso os llevará a descubrir lo adorable que es. Entonces os gustará, luego la querréis, luego veréis qué buen ojo he tenido, y volveremos a ser felices todos juntos.

-Pero ¿cómo diablos puedes saber, tratándose de gente así, con qué te estás quedando?

-Teniendo sensibilidad para las cosas delicadas. Tú pretendes tenerla, y sin embargo en un caso como éste te empeñas en ser estúpida. Deja de serlo; más vale antes que después, porque la muchacha es un hecho irresistible y mejor será que la aceptes en vez de dejar que sea ella quien te acepte a ti.

Su hermana preguntó si la señorita Dosson tenía fortuna, y él dijo que de eso no sabía nada. Al parecer su padre era rico, pero Gaston no tenía intención de pedir ni un céntimo por ella. Además, si con algo no se podía contar era con las fortunas americanas; habían visto demasiados casos de estos.

-Papá no querrá ni oír hablar del asunto -replicó madame de Brécourt.

-¿Ni oír hablar, de qué?

-De que no averigües..., de que no pidas una dote..., *comme cela se fait.*

-Perdona, pero papá lo averiguará por su cuenta; y sabrá perfectamente si debe hacer preguntas o si debe dejar el tema. Ése es el tipo de cosas que sí sabe. Y también sabe perfectamente que es muy difícil colocarme.

-¿Colocarte?

-Encontrarme una esposa. No soy ni chicha ni limoná. No tengo ni país, ni carrera ni futuro; no ofrezco nada; no aporto nada. A ver, ¿qué posición otorgo? Hay cierta fatuidad en que hablemos como si pudiésemos cerrar tratos magníficos. Tú y las otras estáis estupendamente, *qui prend mari prend gays* [3] *y* tenéis apellidos (al menos eso dicen vuestros maridos) tremendamente ilustres. Pero papá y yo..., ¡tú me dirás!

-Como familia *nous sommes tres bien* -dijo madame de Brécourt-. Tú sabes lo que somos; no hace falta explicarlo. Somos de lo mejorcito que hay y siempre se nos ha visto así. Te es posible hacer lo que quieras.

-Bien, pues nunca querré casarme con una francesa.

-Gracias, querido -exclamó madame de Brécourt.

-Ninguna hermana mía es verdaderamente francesa -repuso el joven.

-Ningún hermano mío está verdaderamente loco. Cásate con quien quieras -continuó Susan-; pero que sea la mejor de su especie. Que sea una dama. Confía en mí, he estudiado la vida. Es lo único que no tiene riesgos.

-Francie vale tanto como la mejor de las damas del país.

-¿Con esa hermana... que lleva semejante sombrero? ¡Jamás de los jamases!

-¿Qué le pasa a su sombrero?

-La hermana se delata con él. Es todo un documento: las describe, las clasifica. ¡Y qué dialecto hablan!

-Querida, su inglés es tan bueno como el tuyo. Ni siquiera te imaginas lo mal que lo hablas -dijo Gaston Probert.

-Bueno, yo no digo «Parús» y jamás le he pedido a un inglés que se case conmigo. Ya sabes cuáles son nuestros sentimientos -prosiguió-, nuestras convicciones, nuestras susceptibilidades. Puede que estemos equivocados, que seamos vacuos, que seamos pretenciosos; puede que no seamos capaces de decir en qué se basa todo; pero ahí estamos, y es un hecho insuperable: nos es sencillamente imposible vivir con personas vulgares. Es un defecto, qué duda cabe; es una inmensa inconveniencia, y en los tiempos que corren va, por desgracia, en contra de los intereses de uno. Pero así estamos hechos y hemos de comprendernos. Está en la mismísima esencia de nuestra naturaleza, y de la

[3] Quien pilla marido pilla país.

tuya exactamente igual que de la mía o la de los otros. No te confundas al respecto: te labrarás un amargo futuro. Sé lo que nos acaba ocurriendo. ¡Sufrimos, padecemos torturas, morimos!

La voz de madame de Brécourt tenía el tono de las profecías apasionadas, pero su hermano no le dio una repuesta inmediata sino que se dedicó nerviosamente a dar varias vueltas por la habitación. Al fin observó, quitándose el sombrero:

-Mañana llegaré a un acuerdo con ella, y al día siguiente, sobre esta hora, la traeré para que te conozca. Mientras tanto, por favor no le digas nada a nadie.

Madame de Brécourt le miró un instante; tenía la mano apoyada sobre el picaporte.

-¿A qué te refieres con eso de que su padre parece rico? Es una expresión demasiado vaga. ¿Qué recursos le supones?

-¡Ah, ésa es una pregunta que *ella* jamás haría! -exclamó el joven mientras salía.

VI

A la mañana siguiente se encontró sentado en uno de los sofás de satén rojo junto al señor Dosson, en el cuarto privado que tenía este caballero en el Hotel de 1'Univers et de Cheltenham. Delia y Francie habían instalado a su padre en los antiguos aposentos; esperaban pasar el invierno en París pero no habían alquilado apartamentos independientes, pues tenían la idea de que vivir de esa manera era una cosa grandiosa pero solitaria: no se cruzaba uno con gente en la escalera. Ahora, la temperatura era tal que privaba al buen hombre de su habitual recurso de sentarse en el patio, y aún no había descubierto un sustituto eficaz para este esparcimiento. En los cafés, sin el señor Flack, se sentía demasiado como si no fuese un cliente. Pero era paciente y meditabundo; Gaston Probert llegó a tomarle afecto y trataba de inventarse diversiones para él; le llevó a ver los grandes mercados, el sistema de alcantarillado y el Banco de Francia, y le abrió la oportunidad de adquirir un hermoso par de caballos (tal vez no sea superfluo decir que fue un trámite completamente honrado por parte del joven) que aportaron al señor Dosson, que nada tenía de deportista, el bienvenido pasatiempo de conducirlos cuando hacía buena tarde, con mano muy científica y desde una elegante *américaine,* por el Bois de Boulogne. En el club de los banqueros había una sala de lectura donde pasaba horas enteras ocupado (en qué, sólo él lo sabía), y compartía el gran interés de sus hijas, su constante tema de conversación: el retrato que iba avanzando en la Avenue de Villiers. Éste era el asunto en torno al cual se agolpaban los pensamientos de las jóvenes y giraban sus actividades; soltaba con creces las riendas de su facultad para la repetición infinita, para la insistencia monótona, para la discusión vaga y sin rumbo. Tras despedirse de madame de Brécourt, el enamorado de Francie había escrito a Delia diciéndole que deseaba conversar media hora en privado con su padre a la mañana siguiente, a las once y media; su impaciencia le prohibía esperar hasta una hora más canónica. Le pedía que le hiciera el favor de encargarse de que el señor Dosson estuviese allí para recibirle y de quitar a Francie de en medio. Delia cumplió su cometido al pie de la letra.

-Bien, caballero, ¿qué puede enseñarme? -preguntó el padre de Francie, hundiéndose en el sofá y sin mover nada más que la cabeza, y muy poco, hacia su interlocutor. Probert estaba de lado, una mano sobre cada rodilla y casi frente a él, al borde de su silla.

-Enseñarle, señor..., ¿a qué se refiere?

-¿Cómo se gana la vida? ¿Cómo subsiste?

-Ah, con mucho desahogo. Por supuesto, sería imperdonable que no se asegurase usted a este respecto. Mis ingresos derivan de tres fuentes. Primero, unas propiedades que me dejó mi querida madre. Segundo, un legado de mi pobre hermano, que heredó una pequeña fortuna de una anciana pariente nuestra que se había encariñado con él (había ido a América a verla) y la repartió entre nosotros cuatro en el testamento que hizo cuando la guerra.

-La guerra..., ¿qué guerra? -preguntó el señor Dosson.

-La francoalemana, claro...

-¡Ah, *esa* vieja guerra! -y el señor Dosson casi se rió-. ¿Y? -continuó suavemente.

-Además mi padre tiene la bondad de darme una pequeña asignación; y algún día tendré más... de él.

El señor Dosson guardó silencio un momento; después observó:

-Vaya, parece que se las ha apañado para vivir fundamentalmente de otros.

-¡Nunca intentaré vivir de usted, señor!

Esto fue pronunciado con cierto brío por nuestro joven; al instante le pareció que había dicho algo que tal vez provocase una réplica mordaz. Pero su compañero se limitó a responder, de manera suave, impersonal:

-Bueno, no veo que vaya a haber ningún inconveniente a este respecto. Y ¿qué dice mi hija?

-Todavía no he hablado con ella.

-¿No ha hablado con ella?

-Me pareció más ortodoxo despejar el terreno con usted primero.

-En fin, cuando yo andaba detrás de la señora Dosson creo que hablé con ella bastante pronto -dijo festivamente el padre de Francie. Había en esto algo de reproche y Gaston se quedó desconcertado, pues hacía un momento el interés manifestado por sus recursos había tenido la índole de un desafío-. ¿Y usted cómo se va a sentir si no le acepta, después de haberse puesto en evidencia ante mí de este modo? -continuó el anciano.

-Bueno, tengo una especie de confianza. Puede que sea vana, pero ¡quiera Dios que no! Creo que personalmente le soy grato, pero lo que temo es que considere que sabe demasiado poco de mí. Nunca ha visto a mi gente..., no sabe qué es lo que le puede esperar.

-¿Se refiere usted a su familia..., a los de casa? -dijo el señor Dosson-. No lo crea. Delia ha estado husmeando por ahí..., *ella* se ha enterado. ¡Delia es concienzuda!

-En fin, somos unas personas muy sencillas, afectuosas y respetables, como podrá ver usted mismo dentro de un día o dos. Mi padre y mis hermanas van a tener el honor de presentarles a ustedes sus respetos -declaró el joven, con una temeridad cuya percepción hizo que le temblase la voz.

-Nos alegraremos mucho de conocerlos, señor -respondió con tono jovial el señor Dosson-. Y ahora, veamos -añadió, rumiando afablemente-. ¿No tiene pensado adoptar ninguna ocupación normal?

Probert le miró, sonriendo.

-*¿Usted* tiene algo semejante, señor?

-¡Vaya, ahí me ha pillado! -admitió el señor Dosson, con un largo suspiro-. No parece que necesite de nada, con lo bien que me cuidan. La verdad es que lo que me mantiene son las muchachas.

-Yo no he de esperar que la señorita Francie me mantenga -dijo Gaston Probert.

-¿Está preparado para permitirle vivir en el estilo al que está acostumbrada? -y el señor Dosson le dirigió una mirada especulativa.

-Bueno, no creo que vaya a echar nada en falta. Es decir, en caso contrario encontrará otras cosas en su lugar.

-Supongo que echará en falta a Delia, e incluso a mí, un poquito.

-Ah, eso se puede prevenir fácilmente -dijo Gaston Probert.

-Bueno, por supuesto, estaremos cerca. Y qué, ¿seguirán viviendo en París? -continuó el señor Dosson.

-Viviré en cualquier lugar del mundo que ella quiera. Claro que los míos están aquí... Ése es un lazo fuerte. No pierdo la esperanza de que, con el tiempo, pueda llegar a ser una razón para su hija.

-Ah, cualquier razón valdrá tratándose de París. ¿Qué tal si almorzamos? -añadió el señor Dosson, echando un vistazo a su reloj.

Se levantaron, pero a los pocos pasos (las comidas de esta amistosa familia se servían ahora en una habitación contigua) el joven detuvo a su compañero.

-No tengo palabras para decirle lo amable que me parece su modo de tratarme... y lo mucho que me emociona su confianza. Me acepta usted tal y como soy, sin más recomendaciones aparte de mi propia palabra.

-Bueno, señor Probert, si no nos fuera usted grato no le sonreiríamos. En ese caso las recomendaciones no servirían de nada. Y puesto que sí que nos es grato, tampoco pintan nada. Confío en mis hijas; si no lo hiciera me habría quedado en casa. Y si yo confío en ellas y ellas confían en usted, es lo mismo que si *yo* confiase en usted, ¿no cree?

-¡Supongo que sí! -dijo Gaston, sonriendo. Su acompañante apoyó la mano en la puerta pero se detuvo un momento.

-¿Y dice que está seguro?

-Pensaba que sí, pero usted me pone nervioso.

-Porque el año pasado había aquí un caballero..., habría apostado todo lo que tengo por *él.*

-¿Un caballero... el año pasado?

-El señor Flack. Seguro que le conoció. Un hombre de gran valía. Pensé que ella le miraba con buenos ojos.

-*Seigneur Dieu!* -murmuró Gaston Probert entre dientes.

El señor Dosson había abierto la puerta; hizo pasar a su acompañante al pequeño comedor, donde estaba puesta la mesa para el almuerzo del mediodía.

-¿Dónde están las polluelas? -preguntó, decepcionado.

Al principio Gaston pensó que echaba de menos algún plato en la mesa, pero acto seguido reconoció la forma en que el anciano solía designar a sus hijas. Estas jóvenes entraron en seguida, pero Francie evitó mirar al señor Probert. La insinuación que acababa de dejar caer el padre de la muchacha le había sobresaltado (la idea de que «mirase con buenos ojos» al reportero era inconcebible), pero su encantadora manera de rehuirle la mirada le convenció de que no tenía nada que temer del señor Flack.

Esa noche (había sido un día emocionante), Delia le dijo a su hermana que, naturalmente, se podía echar atrás: a lo cual Francie repitió la expresión, interrogante, sin entenderla.

-Le puedes enviar una nota diciéndole que te niegas -explicó Delia.

-¿Que me niego a casarme con él?

-¡Santo cielo, no! A ir a ver a su hermana. Le puedes decir que le corresponde a ella venir a verte a ti primero.

-Bah, me da igual -dijo Francie con voz cansina.

Delia la miró un momento con suma gravedad.

-¿Así le has respondido cuando te lo ha pedido?

-La verdad es que no lo sé. Él te lo podría decir mejor.

-Si me hablases a mí de esa manera, te diría: «¡En fin, si tan pocas ganas tienes...! ».

-Ojalá fueras tú -dijo Francie.

-¿Ojalá fuera yo el señor Probert ?

-No; ojalá fueras tú la que le gustase.

-Francie Dosson, ¿estás pensando en el señor Flack? -irrumpió su hermana de súbito.

-No, no mucho.

-Bien, entonces, ¿de qué se trata?

-Tú tienes ideas y opiniones; sabes cuál es el lugar de cada cual y lo que es correcto y lo que no. Estarías a la altura de todos ellos.

-¡Pero bueno, cómo puedes decir eso, si precisamente es eso lo que estoy intentando averiguar!

-De todos modos, da lo mismo; no va a resultar –dijo Francie.

-¿A qué te refieres?

-Me dejará en pocas semanas. Algo haré.

-¡Si vuelves a decir eso acabaré pensando que lo haces aposta! -anunció Delia-. *¿Estás* pensando en George Flack?

-repitió acto seguido.

-¡Ah, déjale en paz! -replicó Francie, en una de sus infrecuentes impaciencias.

-Entonces, ¿por qué estás tan rara?

-¡Ah, estoy cansada! -dijo Francie, dándose la vuelta. Y ésta era la pura verdad; estaba harta de la atención que su hermana estimaba conveniente dedicar al problema de que el señor Probert, desde que regresaron a París, no hubiese traído a sus parientes a verlos. Estaba agotada de las teorías de Delia sobre este asunto, que variaban de un día para otro: desde la afirmación de que les estaba ocultando su relación con sus amigos americanos porque los Probert eran, en su grandeza, inflexibles, hasta la doctrina de que la grandeza habría de descender algún día sobre el Hotel de l'Univers et de Cheltenham a llevarse a Francie cubierta de gloria. A veces Delia sugería que debían ver en ciertas omisiones de Gaston motivos para desafiarle; en otras ocasiones opinaba que lo mejor era no hacerle caso. Francie, a este respecto, carecía de teorías, de impulsos propios; y ahora estaba a la vez feliz, vigorosamente alegre, enamorada, escéptica, asustada e indiferente. Su enamorado apenas le había hablado de su parentela, y había reparado aún más en esta circunstancia debido a un comentario de Charles Waterlow gracias al cual se enteró de que él y el padre de Gaston eran grandes amigos: a Francie se le antojó un extraño uso de la palabra. Sabía que Gaston veía a ese caballero, y a esas damas exaltadas que eran las hijas del señor Probert, muy a menudo, y por tanto daba por sentado que ellos sabían que él la veía a ella. Pero lo más que había hecho era decir que vendrían a verla como una bala si llegaban a creer que podían confiar en ella. Francie había querido saber a qué se refería con eso de confiar en ella, y él había explicado que al hecho de que les parecería demasiado bueno para ser cierto... que ella se portase bien con *él:* algo exactamente así era lo que soñaban para él. Pero habían soñado con anterioridad y se habían quedado

decepcionados, y ahora estaban en guardia. Desde el momento en que se sintieran sobre suelo firme se cogerían de la mano y bailarían en torno a ella. La respuesta de Francie a esta descabellada afirmación fue que no sabía de qué le estaba hablando; y esta vez el joven no se entregó a ningún intento de aclarar lo que quería decir, a resultas de lo cual sintió que había hecho un papelón. No se le había pasado el desasosiego, pues había muchas cosas que le eran francamente oscuras. No conseguía ver a su padre confraternizando con el señor Dosson, no conseguía ver a Margaret y a jane aceptando una alianza en la que Delia fuese una de las aliadas. Había respondido por los Dosson porque no podía hacer otra cosa; y esto estuvo en un tris de ser una imprudencia temeraria. Si no llegó a serlo fue por las esperanzas que depositaba en madame de Brécourt y por la sensación de lo bien que podría responder por Francie ante los demás. Consideraba que Susan, en su primera valoración de la muchacha, se había comprometido; la había comprendido del todo, y su posterior protesta al descubrir lo que encerraba su corazón había sido una retractación de la que él a su vez la haría retractarse. La muchacha le había sido revelada, y acabaría por entrar en razón. Un sencillo encuentro con Francie bastaría para obrar este resultado: se prometió a sí mismo que al cabo de media hora Susan habría de ser una entusiasta conversa. Al cabo de una hora estaría pensando que había sido ella la que había ideado el casamiento, la que había descubierto a la damisela. Gaston la despacharía a los otros como autora del proyecto; ella asumiría toda la responsabilidad, incluso representaría a su hermano como un poco tibio. *Susan* no daría muestras de nada semejante, sino que se jactaría de su sabiduría y su energía; y tanto iba a disfrutar de la comedia que olvidaría que se había opuesto a él por un instante siquiera. Gaston Probert era un joven muy honorable, pero su programa incluía un montón de mentirijillas.

VII

Por qué no decir de una vez que finalmente se llevó a cabo, y que en el transcurso de dos semanas el viejo señor Probert y sus hijas fueron apareciendo sucesivamente por el Hotel de l'Univers et de Cheltenham. La visita de Francie y su futuro a madame de Brécourt dio exactamente el fruto que había anticipado el joven, y justo al día siguiente la dama se la devolvió. Se la llevó en el coche y la retuvo la tarde entera, paseándola por medio París, parloteando con ella, besuqueándola, deleitándose en ella, diciéndole que ya eran hermanas, haciéndole cumplidos que llevaron a la muchacha a envidiar su arte para la bella expresión. Después de dejarla en casa la condesa salió disparada hacia la de su padre, cavilando con placer que a esa hora probablemente habría de encontrarse allí a su hermana Marguerite. En efecto, madame de Cliché estaba con el anciano (reservaba tres días a la semana para ir a la Cours de la Reine); estaba sentada cerca de él frente a la luz del fuego, cabe presumir que contándole sus penas; y es que Maxime de Cliché no era precisamente la joya que en un primer momento habían supuesto. Madame de Brécourt estaba al tanto de lo que hacía Marguerite cada vez que cogía la pequeña otomana y la arrimaba a la silla de su padre: daba rienda suelta a su vicio favorito, la congoja, que alargaba aún más su larga cara y que (¡si ella lo supiera!) no la favorecía nada. La familia estaba intensamente unida, como sabemos; pero esto no impedía que madame de Brécourt tuviese cierta simpatía por Maxime: él también era uno de ellos, y madame de Brécourt se preguntaba qué habría hecho *ella* de haber sido un hombre apuesto con una

esposa cuyas mejillas eran como las cubiertas de un buque en mar gruesa. Era en especial la hora del crepúsculo de los días invernales, antes de que se encendieran las farolas, la que estimulaba a madame de Cliché; entonces iniciaba esas historias quejumbrosas y complicadas que con tan angélica paciencia escuchaba su padre. A madame de Brécourt le gustaba en particular esta habitación de la vieja casa de la Cours de la Reine; le recordaba a la vida de su madre, sus días juveniles, a su hermano muerto y las sensaciones vinculadas a sus primeras salidas al mundo. Alphonse y ella habían tenido un apartamento, gracias a la bondad de su padre, bajo este techo familiar, así que había seguido entrando y saliendo, llena de nuevas impresiones de la sociedad, exactamente igual que había hecho de niña. Ahora interrumpió las confidencias de su hermana; anunció su *trouvaille* [4] *y* batalló por ella valientemente.

Cinco días después (mientras tanto había habido mucho trajín; había momentos en que Gaston palidecía tanto que su hermana temía que todo aquello fuese a ocasionarle una enfermedad mortal, y Marguerite vertió litros y litros de lágrimas), el señor Probert fue a ver a los Dosson con su hijo. Madame de Brécourt les hizo otra visita, según ella a modo de ocasión oficial, acompañada de su marido; y el barón de Douves y su esposa, a los que habían escrito Gaston, su padre, Margaret y Susan, se acercaron desde el campo henchidos de tensión y respetabilidad. Monsieur de Douves era la persona que más en serio se tomaba a la familia en todos los sentidos, y la que más reprobaba toda acción burda y precipitada. Era un caballero menudísimo y hosco, con cejas espesas y tacón alto (en el campo, en el barro, llevaba *sabots* [5] rellenos de paja), cuyos amigos sospechaban que creía parecerse a Luis XIV Quizá sea una prueba de que realmente se le reconocía algo del carácter de este monarca el hecho de que nadie se hubiese atrevido jamás a esclarecer este punto con una pregunta. *La famille c est moi* parecía ser su fórmula tácita, y llevaba el paraguas (tenía unos paraguas malísimos) con aire de estar llevando un cetro. Madame de Brécourt incluso pensaba que su esposa, a modo de confirmación, se tenía en cierto sentido por madame de Maintenon: se había sumido en una existencia provinciana como si hubiera regresado al siglo XVII; el mundo en el que vivía parecía poco más o menos igual de lejano. Era el miembro más corpulento, más grueso de la familia, y en la Vendée se la consideraba majestuosa, a pesar de los viejos ropajes a los que era aficionada y que acentuaban su aspecto de haber descendido de un pasado remoto o de haber retrocedido a él. En el fondo era una mujer excelente, pero escribía *roy y foy* [6] como su marido, y el ejercicio de su inteligencia estaba enteramente restringido a cuestiones de parentesco y alianzas. Tenía una extraordinaria paciencia para investigar y tenacidad para aferrarse a una pista, y contemplaba a las personas exclusivamente a la luz que otros proyectaban sobre ellas; esto es, no como buenas o malas, feas o de buen ver, sabias o necias, sino como nietos, sobrinos, tíos y tías, hermanos y cuñadas, primos y primos segundos. Había ciertas expectativas de que dejase escritas sus memorias. A ojos de madame de Brécourt eran una pareja muy zarrapastrosa, un par de adefesios: tenían un considerable tufo a provincia, «pero en cuanto a la autenticidad de la cosa -se decía a menudo para sus adentros-, valen lo que todos nosotros juntos. Nosotros estamos desleídos y ellos son puros, y quien tenga un par de ojos se dará cuenta». «La cosa» era el principio legitimista, la fe antigua e incluso, un poco, los aires de grandeza.

---

[4] Hallazgo.

[5] Zuecos de madera.

[6] *Roy* y *foy:* grafías arcaicas de *roi* y *foi.*

El marqués de Cliché cumplió con su deber junto a su esposa, que pasó la fregona a la cubierta, como decía Susan, en honor a la ocasión, y fue atendido en el salón rojo satén por el señor Dosson, Delia y Francie. El señor Dosson quiso marcharse cuando se enteró de que los parientes de Gaston estaban a punto de llegar, y el joven tuvo que aleccionarle y decirle que eso no estaría bien. El apartamento en cuestión había conocido una experiencia variopinta, pero probablemente jamás había presenciado tejemanejes más extraños que estos loables esfuerzos sociales. A Gaston se le dejó bien claro que su familia estaba haciendo un gran sacrificio por él, pero a los pocos días se dijo para sus adentros que estaba a salvo, ahora que ya sabían lo peor. Hicieron el sacrificio, accedieron definitivamente a ello, pero juzgaron oportuno que lo apreciase en toda su magnitud. «Nunca, nunca se le podrá permitir a Gaston que olvide lo que hemos hecho por él»: madame de Brécourt le contó que Marguerite de Cliché se había expresado de este modo en uno de los cónclaves familiares en que él había estado ausente. Estos altos comisionados se reunían muy a menudo durante varios días seguidos, y el joven tenía la sensación de que, si las deliberaciones podían serle de ayuda, su caso prometía. Se preciaba de demostrar una paciencia y un tacto infinitos, y, en concreto, su desembolso de la segunda cualidad era en sí mismo su única recompensa, pues era imposible que fuese a contarle a Francie las artes que tenía que ejercer por ella. Le gustaba pensar, no obstante, que las ejercía con éxito; y es que sostenía que era gracias a esas artes como el hombre civilizado se distingue del salvaje. Lo que le costaban quedaba resarcido sencillamente con esto: que su irritación íntima le producía una suerte de feliz sentimiento por el señor Dosson y por Delia, a quienes ni podía defender ni explicar con lucidez ni conseguir que gustasen a la gente, pero que, al cabo de tantos días de trato familiar, habían terminado por gustarle una barbaridad. El modo de llevarse bien con ellos -era una inmensa simplificación- era, sencillamente, quererlos; eso lo podía hacer cualquiera aun cuando no pudiese hablar con ellos. Consiguió que madame de Brécourt captase este matiz; ella abrazó la idea con su presta fogosidad. «Sí -dijo-, hemos de insistir en sus méritos positivos, no en los negativos: su infinita generosidad, su delicadeza innata. Sobre todo, su delicadeza innata; ¡eso lo tenemos que explotar! » Y hermano y hermana se jalearon el uno al otro magnánimamente con vistas a esta tarea. A veces, hay que añadir, intercambiaban una mirada que expresaba una súbita sensación ligeramente alarmada de la responsabilidad con que habían cargado.

El día en que el señor Probert acudió al Hotel de l'Univers et de Cheltenham con su hijo, volvieron paseando los dos juntos a la Cours de la Reine, sin entablar de entrada ninguna conversación. Apenas se oyeron unas palabras del señor Probert, con réplica de Gaston, mientras atravesaban la Place de la Concorde.

-Deberíamos invitarlos a cenar.

El joven se percató del condicional de su padre, como si su aceptación de los Dosson aún no fuera completa; pero aun así adivinó que el hecho de verlos no había empeorado las cosas: habían defraudado al anciano caballero más suavemente de lo que habría cabido temer. La visita no había sido ruidosa, no había sido una confusión de sonidos; lo cual era muy afortunado, pues el señor Probert era muy suyo a este respecto: soportaba el ruido francés pero no podía soportar el americano. En cuanto al inglés, sostenía que había brillado por su ausencia. El señor Dosson apenas había hablado con él pero había estado perfectamente apacible, que era justo lo que habría preferido Gaston. El enamorado sabía además (aunque le decepcionó un poco que al salir del hotel su padre no soltara ninguna

exclamación de embeleso) que el hechizo de Francie había funcionado: era imposible que no le hubiese gustado al anciano.

-Ah, invítelos, y que sea pronto -replicó-. Les encantará.

-¿Y con quién pueden juntarse...?, ¿quién puede juntarse con *ellos?*

-Sólo la familia..., todos nosotros: *au complet.* Ya invitaremos a otra gente más adelante.

-Todos nosotros, *au complet...,* o sea, ocho. Y ellos tres -dijo el señor Probert. Acto seguido añadió-: ¡Pobres criaturas! -A Gaston esta exclamación le dio una gran alegría; cogió a su padre del brazo. La cosa prometía; denotaba un sentimiento de ternura por los Dosson, pobrecitos, enfrentados a una fila de feroces críticos franceses, juzgados según criterios de los que ni siquiera habían oído hablar jamás. El encuentro entre los dos progenitores no había aclarado en lo más mínimo el problema de su relación; pero la exclamación de su padre volvió a recordar al joven Probert esa bondad suya tan característica, que era con lo que realmente había contado. El anciano caballero, sabe Dios, tenía prejuicios, pero aun siendo muchos, y algunos de ellos muy curiosos, no eran rígidos. También tenía sentimientos de lo más inconsecuentes, cedía a humores irreprimibles que quitaban hierro a las cosas. Era, en pocas palabras, un viejecito entrañable, y con un viejecito entrañable, a la larga, uno siempre estaba a salvo. Cuando llegaron a la casa de la Cours de la Reine el señor Probert dijo:

-Me dijiste que salías a cenar, ¿no?

-Sí, con nuestros amigos.

-«¿Nuestros amigos?» *Comme vous y allez!* [7] Entonces entra a verme cuando vuelvas; pero que no pase de las diez y media.

Por esto vio el joven que se había tragado la píldora; si hubiese llegado a la conclusión de que no podía ser, habría anunciado tal circunstancia sin más demora. Esta reflexión era de lo más agradable, puesto que Gaston era completamente consciente de lo poco que habría disfrutado de un enfrentamiento. A pesar de que lo habría sobrellevado no soportaba pensar en ello, y la idea de que se lo ahorraba le hizo sentirse en paz con el mundo. La cena del hotel se convirtió en un pequeño banquete en honor a este estado de cosas, sobre todo porque Francie y Delia se despepitaron, como decían ellas, por su padre.

-¡Vaya, esperaba que fuese agradable, pero todo lo que pueda decir es poco! -comentó Delia-. Eso es lo que yo llamo un caballero.

-¡Ah, desde luego...! -dijo Gaston.

-Es un amor. No le tengo ni pizca de miedo -declaró Francie.

-¿Por qué ibas a tenérselo?

-Bueno, a ti te lo tengo -siguió la muchacha.

-¡Pues sí que se te nota...! -exclamó su enamorado.

-Sí, de verdad -insistió ella-; en el fondo, sí.

-Bueno, eso es lo propio de una dama... respecto a su marido.

-No sé yo; mi miedo es mayor. Ya lo verás.

-Ojalá tuvieses miedo a decir disparates -dijo Gaston Probert.

El señor Dosson no hizo el menor comentario sobre su honorable visitante; escuchó en amistoso e imparcial silencio. Resulta indicativo de la perfecta comprensión que de él tenía su futuro yerno el que supiese que su silencio no era en absoluto restrictivo: no

[7] ¡Cómo exageras!

significaba que no se hubiera quedado satisfecho. Sencillamente, el señor Dosson no tenía nada que decir; no tenía, como Gaston, una placa sensible en el cerebro, y los acontecimientos importantes de su vida jamás habían sido impresiones personales. Su forma de pensar carecía por completo de un historial de este tipo, y la aparición del señor Probert no había originado ninguna revolución. De haberle preguntado el joven qué le parecía su padre, habría dicho, como mucho: « ¡Ah, supongo que bien! ». Pero aún más franca (y conmovedoramente franca) era, en opinión de Gaston, la actitud del buen hombre y de sus hijas con los otros, con mesdames de Douves, de Brécourt y sus maridos, que a estas alturas ya habían desfilado ante ellos. Creían que tanto las damas como los caballeros los habían cubierto de ternezas, que estaban sincera y efusivamente contentos de conocerlos. No habían entendido en absoluto en qué consistían las maneras, ese mínimo de expresión decente, y en qué la sutil resignación de las antiguas razas que han conocido una larga disciplina histórica y cuentan con formas convencionales para sus sentimientos: formas que se parecen excepcionalmente poco a los sentimientos mismos. Francie confiaba en la palabra de quienes le decían que la *maniere d étre* de su familia les inspiraba toda ella una simpatía irresistible: madame de Cliché había llegado a decir semejante cosa, como si hablase en nombre de todos los Probert y de la antigua nobleza de Francia. A la muchacha jamás se le habría ocurrido que hubiese que decir estas cosas como mero ornamento. Su enamorado, cuya vida había estado rodeada de ornamento y de quien por tanto podría haber cabido esperar que no lo notase, lo percibió ahora por vez primera: reflexionó que las maneras podían ser un símbolo muy engañoso, que podían salvar escollos y abismos insondables cuando habían alcanzado tamaña perfección y se correspondían tan poco con la realidad. Lo que había querido era que los suyos fuesen muy corteses en el hotel; pero con cumplidos de tal envergadura, ¿dónde estaba a fin de cuentas la sinceridad? Y sin sinceridad, ¿cómo podía llevarse bien la gente cuando llegaba el momento de instalarse en la vida normal? Entonces los Dosson podrían llevarse más de una sorpresa, y las sorpresas serían tan dolorosas como grande era ahora su inocencia. En lo que se refiere a la envergadura de los cumplidos, no cabía la menor duda: en su estilo, era magnífica.

VIII

Cuando, al volver a casa la noche después de que su padre hubiera conocido a los Dosson, Gaston entró en la habitación donde solía sentarse el anciano, el señor Probert dijo, soltando el libro y dejándose puestas las gafas:

-Por supuesto, seguiréis viviendo conmigo. Entiende que no consiento que te vayas. Ocuparéis las habitaciones que tenían Susan y Alphonse.

Gaston observó con placer la transición del condicional al futuro y también la circunstancia de que su padre estuviese leyendo tranquilamente, según tenía por costumbre las tardes que pasaba en casa. Esto demostraba que no se había quedado demasiado descompuesto. Leía una barbaridad, y libros muy serios; obras sobre el origen de las cosas: del hombre, de las instituciones, de la lengua, de la religión. Este hábito lo había adquirido especialmente desde que se redujo el círculo de su vida social. Se sentaba a solas, pasando las páginas suave, satisfechamente, con la luz de la lámpara brillando sobre su refinada cabeza anciana y su bata bordada. En otros tiempos había salido todas

las noches de la semana: Gaston se daba cuenta cabal de que a muchas personas aburridas hasta debía de haberles parecido un poco frívolo. Era esencialmente un animal social, y a decir verdad -salvo tal vez la pobre Jane, en su antiguo y húmedo castillo de Bretaña- todos ellos eran animales sociales. Ésa era en parte, sin duda, la razón de que la familia se hubiera aclimatado a Francia. Tenían afinidades con una sociedad que giraba en torno a la conversación; les gustaba la charla superficial y los *salons* de postín, ligeramente deslustrados *y* oscuros, llenos de preciosas reliquias, en los que se formaba un corro en torno al fuego, revoloteaban palabras aladas y había siempre frente a la chimenea alguna persona ingeniosa embobando o desafiando al resto. Gaston sabía que ese personaje, sobre todo en tiempos anteriores a que él pudiese verlo por sí mismo, había sido muy a menudo su padre, el ejemplar más desenfadado y cordial de esa especie aficionada a adueñarse de la alfombra de enfrente de la chimenea. La gente le cedía el puesto; era transparente, como una pantalla de cristal, y nunca se imponía en las discusiones. En la mayoría de los temas su palabra no daba la impresión de ser la última (no solía ser más concluyente que un encogerse de hombros inarticulado y resignado, un «En fin, ya sabe, qué quiere que le diga»); pero aun así había formado parte de la esencia de unas cuantas casas buenas (la mayoría al otro lado del río, en el conservador *faubourg)* y de varios receptáculos hoy vacíos, fuegos extinguidos. Estas casas componían el mundo del señor Probert, un mundo que para él no era demasiado pequeño pero tampoco demasiado grande, aunque algunas de ellas se tenían a sí mismas por magníficas instituciones. Gaston sabía cuál era la serie de acontecimientos que había contribuido a cambiar las cosas; los más destacados eran la muerte de su hermano, la muerte de su madre y, quizá sobre todo, la extinción de madame de Marignac, a la que el anciano caballero solía visitar tres o cuatro tardes de cada siete y a veces incluso también por la mañana. Gaston se daba perfecta cuenta del lugar que había ocupado madame de Marignac en la vida y en los afectos de su padre, de cómo se habían criado juntos (la familia de ella había sido amiga del abuelo de él cuando este ilustre sureño, un viudo con un hijo pequeño y varios negros, vino a París a disfrutar en los tiempos de Luis Felipe), y de lo mucho que había tenido que ver con los casamientos de sus hermanas. No ignoraba que la amistad y todas las influencias de madame de Marignac se mencionaban a menudo para explicar la posición de su familia, tan sorprendente en una sociedad en la que al fin y al cabo habían empezado como forasteros. Pero habría adivinado, aunque no se lo hubieran dicho, lo que opinaba su padre al respecto. Ofrecer una posición a los Probert era como llevar agua a la fuente; no se la habían dejado allá en Carolina, sino que había sido lo bastante grande para estirarse a través del mar. En cuanto a cuál era su posición en Carolina, no había necesidad de ser explícitos. Aunque este parisino de adopción era por naturaleza presuntuoso, también era admirablemente afable (por eso le dejaban hablar frente a la chimenea: era un oráculo muy cordial), y tras la muerte de su esposa y de madame de Marignac, que también había sido amiga *de ella,* era más afable que antes. Gaston había advertido que se había vuelto más despreocupado por todo (excepto, claro está, por la fe verdadera, a la que se acercó aún más), y este aumento de la indiferencia ayudaba sin duda a explicar que cediese ante unos americanos corrientes.

-Le estaremos agradecidos por cualquier habitación que nos dé -dijo el joven-. Llenaremos un poco la casa; ¿no cree que así saldremos todos ganando, con lo deshabitada que la teníamos usted y yo?

-Mucho la llenaréis, supongo, con el señor Dosson y la otra muchacha.

-Ah, Francie no va a renunciar a su padre y a su hermana, eso desde luego; además, ¿qué pensaría usted de ella si lo hiciese? Pero no son entrometidos; son fundamentalmente gente modesta; no nos impondrán su presencia. Poseen una gran discreción natural.

-¿Respondes de ello? Susan, sí; no deja de dar garantías -dijo el señor Probert . El padre tiene tanta que ni siquiera me ha hablado.

-No sabía qué decirle.

-¿Cómo voy yo a saber entonces qué decirle a él?

-¡Ah, usted siempre lo sabe! -exclamó Gaston.

-¿De qué nos sirve si él no sabe qué responder?

-Conseguirá hacerle hablar..., *bonhomie* no le falta. -Bueno, no voy a discutir con tu *bonhomme* (por ser callado; hay defectos mucho más graves), ni siquiera con esa muchachota gorda, aunque es a todas luces vulgar. No temo por nosotros; temo por ellos. Van a ser muy desgraciados.

-Jamás! -dijo Gaston-. Son demasiado simples. No son malsanos. Y Francie, ¿no le ha gustado? No me lo ha dicho -añadió al instante.

-Dice «Parús», hijo mío.

-Ah, también a Susan le parecía el principal obstáculo. Pero lo ha superado. Me refiero a que Susan ha superado el obstáculo. Conseguiremos que hable francés; tiene una disposición excelente; su francés ya es casi tan bueno como su inglés.

-No creo que eso sea difícil. ¿Qué quieres que te diga? Por supuesto, es muy guapa, y estoy seguro de que es buena. Pero no te voy a decir que es una maravilla, porque debes recordar (vosotros los jóvenes os creéis que vuestro punto de vista y vuestra experiencia lo son todo) que he visto un sinfín de bellezas. He conocido a las mujeres más encantadoras de nuestra época..., mujeres de una categoría a la que la señorita Francie, *con rispetto parlando,* no puede ni aspirar. Respecto a las mujeres soy pejiguero..., ¿qué le vamos a hacer? Así que cuando pillas a una americanita en una posada y nos la traes como si fuese un milagro, noto cómo han cambiado los criterios. *J'ai vu mieux que la, mon cher* [8]. No obstante, en los tiempos que corren acepto cualquier cosa, como bien sabes; cuando uno ha perdido el entusiasmo todo le da igual, y tanto le da morirse de una estocada que de hambre.

-Tenía la esperanza de que fuese a fascinarle en el acto -observó Gaston, con cierto pesar.

-«Fascinarme»... ¡vaya palabras que usáis!

-Bueno, acabará por hacerlo.

-Al menos, nunca sabrá que no es así: eso te lo prometo dijo el señor Probert.

-Ah, sea sincero con ella, padre... ¡Ella lo vale! -estalló su hijo.

Cuando el anciano caballero adoptaba ese tono, el tono de la experiencia dilatada y de las manías justificadas por recuerdos inefables, Gaston se irritaba en extremo pero también se divertía, pues desde hacía ya bastante tiempo había llegado a la conclusión de que había en ello un elemento de estupidez. Era fatuo afirmarse tan serenamente en ausencia de una *sensación:* lejos de ser fino, no *sentir a* Francie Dosson era grosero. Gracias a Dios, *él* sí la sentía. No sabía qué antiguallas habría frecuentado su padre (el estilo de 1830, con largos tirabuzones por delante, sonrisitas desaboridas, vestidos de cuadros escoceses y corpiños tan ajustados que sugerían veinte corsés de ballena que llegaban

[8] ¡He visto cosas mejores, querido!

hasta las rodillas), pero sí que recordaba los martes, los jueves y los viernes de madame de Marignac, más domingos y otros días, y el gusto que prevalecía en aquel *milieu:* los libros que admiraban, los versos que leían y recitaban, los cuadros -¡Santo cielo!- que les parecían buenos y los tres bustos de la señora de la casa en distintos rincones (en forma de Diana, Druida *y Crayante.* se suponía que sus hombros compensaban su cabeza), efigies que hoy en día -aun la menos mala, la de Canova- acarrearían un castigo público a sus autores.

-Y ¿qué otras cosas de valor tiene? -preguntó el señor Probert, tras un titubeo pasajero.

-¿A qué otras cosas se refiere?

-A sus inmensos posibles, eso es lo que ha estado postulando Susan. Fue sobre todo la insistencia de Susan a este respecto lo que hizo venir a Jane. ¿Te importa que hable de esto?

Gaston se vio obligado a reconocer, para sus adentros, la importancia de que se hubiese traído a jane, pero aborrecía que se hablase de ello como si hubiese contraído una deuda.

-¿Con quién, señor?

-Ah, sólo contigo.

-Usted no puede ser menos que el señor Dosson. Como ya le dije, renunció a hablar de dinero y estuvo espléndido. No podemos ser más interesados que él.

-¿Renunció a hablar del suyo, quieres decir? -dijo el señor Probert.

-Sí, y del de usted. Pero todo saldrá bien -el joven se preció de no estar dispuesto a ir más lejos en materia de sobornos.

-Bueno, es asunto tuyo... o de tus hermanas -repuso su padre-. Piensan que todo saldrá bien.

-¡Estarán hartas de cotorrear, digo yo! -exclamó Gaston con impaciencia.

El señor Probert le miró un momento vagamente sorprendido, pero sólo dijo:

-Creo que sí. Pero la fase de discusión ha terminado. Hemos dado el salto -añadió al momento, como impulsado por el deseo de decir algo más conciliador-: Alphonse y Maxime son de tu misma opinión.

-¿Qué opinión?

-Que es encantadora.

-¡Así los aspen! ¡Pues entonces, yo no soy de la suya!

La réplica fue infantilmente perversa, e hizo que el señor Probert volviese a mirarle; pero que Gaston notase al instante que la había entendido era una de las muchas razones de que sus hijos le consideraran un viejecito entrañable. El anciano caballero nada dijo; se limitó a coger su libro, y su hijo, que había estado de pie delante del fuego, salió de la habitación. Que su padre se abstuviera de protestar por la petulancia de Gaston era tanto más loable cuanto que, por su parte, era capaz de dar importancia a que a *ces messieurs* les gustase la muchachita del hotel. No así Gaston, y haber aceptado semejante garantía como si tuviese importancia le habría parecido una prueba de que estaba francamente sojuzgado. Sobre todo, considerando que el hecho de que su padre mencionase la aprobación de dos de sus cuñados parecía apuntar a una posible desaprobación por parte del tercero. Al enamorado de Francie le era tan indiferente que ésta no agradase a monsieur de Brécourt como que no agradase a Maxime y a Raoul. El anciano siguió leyendo, y a los pocos instantes Gaston regresó. Se había mostrado sorprendido, justo antes, de que sus hermanas hubiesen encontrado tanto que discutir en la idea de su matrimonio, pero ahora miraba a su padre con aire de tener algo más que decir: insinuaba

que no había que dar la cuestión por zanjada.

-Se me hace bastante raro que, según parece, todos acepten el paso que estoy a punto de dar como una especie de necesidad desagradable, cuando por lo que a mí respecta considero que he sido sumamente afortunado.

El señor Probert bajó el libro complacientemente y posó la mirada sobre el fuego.

-No estarás contento hasta que estemos entusiasmados. Parece una buena chica, de eso no hay duda, y en ese sentido eres afortunado.

-No creo que pueda decirme qué sería mejor que esto..., qué habría preferido usted -dijo el joven.

-¿Qué habría preferido? Para empezar, recuerda que no estaba loco de impaciencia por verte casado.

-Me lo imagino, y sin embargo no puedo imaginarme por qué, tal y como se han desarrollado las cosas, no le embarga la dicha. Conseguir algo tan encantador, y que encima sea de nuestra misma especie...

-¿De nuestra misma especie? *Tudieu!* -dijo el señor Probert alzando la mirada.

-No dude de que para mí tiene infinitamente más frescura y más gracia casarme con una americana. Hay algo lóbrego en el modo en que nos hemos afrancesado.

-Contra los americanos, nada tengo que decir; algunos son de lo mejorcito que hay en el mundo. Precisamente por eso puede uno elegir. Distan mucho de ser todos así.

-¿Así? ¿Cómo, padre?

-*Comme ces gens-1i* [9]. Bien sabes que si fuesen franceses, siendo, por lo demás, lo que son, uno ni los miraría.

-Claro que los miraría; serían unos objetos curiosos.

-Bueno, tal y como son, puede que ya lo sean bastante

-dijo el señor Probert, con un suspirito concluyente.

-Muy bien, mejor que lo parezcan. Le sorprenderán.

-¡No demasiado, espero! -exclamó el anciano, abriendo de nuevo el volumen.

Seguro que al lector no le asombrará saber que la complejidad de las cosas era tal entre los Probert que impedía que Gaston procediese a celebrar sus nupcias, con las indispensables circunstancias de preparativos materiales y apoyos sociales, antes de que hubieran pasado unos tres meses. Su irritación por el retraso fue, con todo, moderada, pues pensó que de esta manera a Francie le daría tiempo a ganarse el cariño de todo su círculo. También tendría ventajas para los Dosson; les permitiría establecer con artes simples pero eficaces el modo de vivir con ese rígido organismo. En suma, ayudaría a que todos se acostumbrasen a todo. Los designios del señor Dosson y Delia no adoptaban ninguna forma articulada; lo que tenía claro Gaston era principalmente que los parientes de su futura esposa no tenían por el momento ninguna sensación de desencajar. Sabía que el señor Dosson haría todo lo que quisiera Delia y que ésta querría «darle la salida» a su hermana. Tuviese o no expectativas de estar presente al final, Delia tenía el terminante propósito de ver el comienzo de la carrera. El señor Probert notificó al señor Dosson lo que se proponía «hacer» por su hijo, y pareció que al señor Dosson la noticia más que nada le hizo gracia. No expresó, por su parte, ninguna intención respecto a Francie, y su extraño silencio fue la causa de una nueva convocatoria en casa de los Probert. Aquí el espíritu valeroso de madame de Brécourt se cobró otra victoria más; sostenía, según informó a su hermano, que la única política posible era una política de confianza. «Que

[9] Como esta gente.

Dios nos ampare, ¿a eso le llaman confianza?», exclamó el joven, adivinando de qué manera se miraban los unos a los otros; y se preguntó cómo mirarían después al señor Dosson. Por fortuna, siempre podía recurrir, para tranquilizarse, a esa baza que eran los perfectos modales de su familia; aunque la verdad es que sabía perfectamente que el día en que se propusieran interferir -el día que armasen un alboroto que pudiera dejarle indefenso y culminar en ruptura- su cortesía habría de mostrar la más selecta de sus flores.

Las propiedades del señor Probert estaban todas en Estados Unidos: era una de esas personas a las que las huellas americanas les son gratas sobre todo cuando tienen forma de dividendos. El deseo de beneficiar a su hijo con ocasión de su matrimonio exigía realizar ciertas inspecciones y reinversiones en aquel país. Llevaba mucho tiempo convencido de que hacía falta un estudio de sus negocios; llevaban años y años sin someterse a ninguna revisión. Había pensado en regresar para echar un vistazo, pero ahora estaba demasiado viejo y cansado y el esfuerzo era imposible. No quedaba más remedio que enviar a Gaston, y que fuera pronto, aunque el momento era bastante inoportuno. Le fue comunicada la idea y aceptó su necesidad; más tarde se renunció al plan: era una lástima que no esperase hasta después de su matrimonio, cuando podría llevarse consigo a Francie. Francie sería una perfecta introductora. Este aplazamiento se habría cumplido de no haber sido porque súbitamente resultó que el propio señor Dosson quería pasar varias semanas en América, debido a cierta noticia (un asunto de negocios) que había recibido inesperadamente. Se vio asimismo que esta opción presentaba dificultades, puesto que no podía dejar solas a sus hijas, sobre todo en semejante situación. Tal proceder no sólo habría escandalizado a los Probert, sino que además Gaston supo, con enorme sorpresa y no poco solaz, que Delia, como consecuencia de curiosos cambios operados ahora en su modo de ver las cosas, se habría visto en la obligación de protestar en aras del decoro. Gaston le hizo reparar en que nada sería más fácil que el que, durante esa temporada, Francie se quedase con Susan o con Margaret; de este modo, a su vez Delia estaría libre para acompañar a su padre. Pero la joven afirmó que nada la llevaría a abandonar el continente europeo hasta que no hubiese instalado a su hermana, y Gaston no se atrevió a proponer que también ella debería pasar cinco semanas en la Place Beauvau o en la Rue de Lille. Además le sobresaltó, le dejó tremendamennte desconcertado, el modo perverso y huraño en que Francie afirmó que, por ahora, no se prestaba a quedarse en casa de nadie. Si él quería, *después,* pero no hasta entonces. Y se negaba hoy por hoy a explicar las razones de su rechazo; simplemente, era rotundo e incluso bastante apasionado.

Todo esto no dejaba más alternativa a su prometido que decirle al señor Dosson: «No soy tan necio como parezco. Si me prepara usted adecuadamente, y confía en mí, me iré a todo correr y despacharé sus negocios además de los de mi padre». Por raro que suene, Francie fue más capaz de resignarse a separarse de su enamorado -iban a ser seis o siete semanas- que de aceptar la hospitalidad de sus hermanas. El señor Dosson confiaba en él; le dijo: «Bien, caballero, la verdad es que es usted un cerebro», al término de la mañana que pasaron entre papeles y lapiceros; tras esto, Gaston hizo sus preparativos para zarpar. Para ser justos con Francie, hay que decir que, antes de que Gaston se marchara de París, le confesó que sus reparos a ir de manera tan íntima siquiera a casa de madame de Brécourt estaban fundados en el temor a que con el trato estrecho hubiese de hacer algo que causara el desprecio de todos. Gaston repuso, primero, que se dejase de faramallas, y

después quiso saber si acaso esperaba no tener jamás un trato estrecho con su nueva parentela. «Sí, claro, pero entonces habrá menos riesgos..., ¡estaremos casados! », repuso Francie. Este pequeño incidente sucedió tres días antes de partir el joven; pero lo que ocurrió justo la tarde anterior fue que, al pasarse por el Hotel de l'Univers et de Cheltenham a decir un último adiós de camino a coger el expreso nocturno a Londres (su barco zarpaba desde Liverpool), se encontró al señor George Flack sentado en el salón de satén rojo. El corresponsal de *El Eco* había vuelto.

IX

Las relaciones del señor Flack con sus viejos amigos no revistieron, tras su aparición en París, aquella familiaridad y frecuencia que habían caracterizado su trato un año antes: les hizo saber con toda franqueza que veía fácilmente que la situación era bien distinta. Habían entrado en los círculos de postín y el pasado les daba lo mismo: aludió al pasado como si hubiera abundado en mutuas promesas solemnes, en compromisos que ahora se rechazaban. «¿Qué ocurre? ¿Por qué no se viene algún día con nosotros?», preguntó el señor Dosson, al no haber percibido por sí mismo ningún motivo para que el joven periodista no pudiera ser un personaje bienvenido y oportuno en la Cours de la Reine.

Delia quería saber de qué estaba hablando el señor Flack: ¿acaso no conocía él a mucha gente que ellos no conocían y acaso no era normal que tuviesen su propio círculo? El joven abordaba la cuestión con humor, y era con Delia con quien principalmente se entablaba la discusión. Cuando el señor Flack sostenía que los Dosson lo habían «reducido», el señor Dosson exclamaba: «¡Bueno, supongo que volverá usted a crecer!». Y Francie observaba que de nada le iba a servir hacerse el mártir, puesto que ya sabía él perfectamente que con toda la gente famosa que veía y con tanto ajetreo se lo pasaba la mar de bien. Francie se daba cuenta de que ella misma estaba mucho menos accesible que la primavera anterior, puesto que mesdames de Brécourt y de Cliché (la primera mucho más que la segunda) la privaban de buena parte de sus horas. A pesar de sus protestas a Gaston contra una prematura intimidad con sus hermanas, pasaba días enteros en su compañía (tenían tantísimo que contarle acerca de la que sería su vida futura, por lo general muy agradable), y pensaba que estaría bien que en estas temporadas Flack se dedicase a su padre, e incluso a Delia, como solía hacerlo.

Pero que la naturaleza del señor Flack pecaba de cierta insinceridad lo demostraba que ahora tendiese a visitarlos poco. Era evidente que no le importaba su padre por sí mismo, y, aunque el señor Dosson era el hombre menos quejicoso del mundo, Francie adivinó que sospechaba que su viejo amigo se había distanciado. Se habían terminado las correrías por lugares públicos, eso de probar cafés nuevos. El señor Dosson tenía a veces el mismo aspecto que había tenido antaño cuando George Flack los «localizaba» en algún sitio, como si esperase ver a su sagaz cicerone volviendo apresuradamente junto a ellos, con su gabán parduzco ondeando al viento; pero esta expectativa solía disiparse. Echaba de menos a Gaston por las numerosas ocasiones en que le había encargado la cena aquel invierno, y el conde y el marqués, cuyo dominio del inglés era tan parco como abundantes eran sus otras distracciones, no buscaban su compañía. El señor Probert, a decir verdad, había manifestado cierto espíritu confraternizador; había ido un par de veces al hotel desde la partida de su hijo, y había dicho, sonriendo y con tono de

reproche: « ¡Nos tiene usted abandonados, abandonados!». El señor Dosson no había comprendido a qué se refería con esto hasta que Delia se lo explicó una vez se hubo marchado el visitante, e incluso entonces el remedio para el abandono, administrado a los dos o tres días, no había dado ningún fruto en particular. El señor Dosson, siguiendo instrucciones de su hija, fue a solas a la Cours de la Reine, pero el señor Probert no estaba en casa. Se limitó a dejar una tarjeta, en la que previamente Delia había escrito: «¡Lo siento!». Su padre le había dicho que entregaría la tarjeta si era eso lo que quería, pero que se negaba a tener nada que ver con su redacción. Se debatió si acaso el comentario del señor Probert no habría sido una alusión a cierta descortesía con sus yernos. ¿Quizá debería el señor Dosson saludar personalmente a messieurs de Brécourt y de Cliché, y no sólo a través de las visitas que hacían sus hijas a sus esposas? En cierta ocasión, cuando salió el tema en presencia de George Flack, el anciano dijo que se pasaría a verlos si éste le acompañaba. « ¡De acuerdo! », dijo el señor Flack, y la idea se convirtió en una realidad, con el alivio de que por casualidad los destinatarios de la iniciativa estaban ausentes.

-¿Y si van? -le había dicho Delia con tono lúgubre a su hermana.

-Bien, ¿y qué si lo hacen? -preguntó Francie.

Vaya, pues que al conde y al marqués no les interesará en lo más mínimo el señor Flack.

-Bueno, tal vez ellos sí que le interesen a él. Puede escribir algo sobre ellos. Les gustará.

-¿Tú crees que les gustaría? -quiso saber Delia con tono de solemne incertidumbre.

-Vaya, claro que sí, siempre que diga cosas refinadas.

-La verdad es que sí que les gustan las cosas refinadas -dijo Delia-. Ellos mismos sueltan un montón... Lo que pasa es que el modo de hacerlo del señor Flack... es otro estilo.

-Bueno, a la gente le gusta que la elogien en cualquier estilo.

-En efecto -repuso Delia, meditabunda.

Una tarde, el señor Flack llegó a eso de las tres y se encontró a Francie sola. Había expresado el deseo de contar, después del almuerzo, con un par de horas de independencia: se proponía escribir a Gaston, y como por casualidad se le había escapado un correo se había prometido a sí misma que su carta sería el doble de larga que de costumbre. Su padre y su hermana respetaron su deseo de soledad: el señor Dosson se retiró a su sesión cotidiana en la sala de lectura del banco americano y Delia se fue a la modista (las muchachas tenían ahora un lujoso carruaje a su disposición) para supervisar y apremiar el avance del traje de novia de su hermana, recado este harto frecuente. Francie no se daba buena maña con la redacción; escribía despacio y al dirigirse a su enamorado tenía una dolorosa sensación de responsabilidad literaria. Su padre y Delia tenían la teoría de que cuando se encerraba de esa manera alumbraba páginas maravillosas: formaba parte de su gran cultura. En cualquier caso, cuando George Flack fue anunciado seguía encorvada sobre su secafirmas ante una de las mesas doradas y había una mancha de tinta en su puntiagudo dedo índice. No fue deslealtad con Gaston, sino como mucho una sensación de fatiga de la forma epistolar, lo que la hizo alegrarse de ver a su visitante. No sabía cómo terminar la carta; pero en cierto sentido pareció como si el señor Flack le pusiera fin.

-No me habría atrevido a proponer esto, pero supongo que ya que ha surgido sabré

apañármelas -anunció el joven.

-¿Apañárselas, con qué? -preguntó ella, secando su pluma.

-Bueno, con esta feliz oportunidad. Usted y yo a solas.

-No sé para qué pueda ser una oportunidad.

-Bueno, para sentirme un poco menos triste durante un cuarto de hora. Así es como me quedo cuando la veo tan feliz.

-¿Se pone triste?

-Tendría que ser comprensiva cuando digo algo magnánimo -y, acomodándose en el sofá, el señor Flack continuó-: Bueno, ¿qué tal se las arregla sin el señor Probert?

-Perfectamente, gracias.

El tono de la muchacha no invitaba a dar rienda suelta a los cumplidos, así que si el señor Flack siguió haciendo preguntas fue de una manera cauta y respetuosa. Era sobradamente capaz de reflexionar que no le convenía parecer indiscreto e irreverente; sólo quería parecer amigable, digno de confianza. Al mismo tiempo no hacía ascos a la idea de que siguiese percibiendo en él cierta sensación de agravio, y eso sólo se podía insinuar con un dejo de amargura aquí y allá. Tal vez el agravio, la amargura, la llevasen a compadecerle.

-En fin, está usted en el *grand monde,* supongo -continuó al fin, no con aire de mofa sino con resignación y condolencia.

-Oh, no estoy en ningún sitio; sencillamente estoy donde siempre he estado.

-Lo siento; tenía la esperanza de que me hablase del *grand monde-dijo* gravemente el señor Flack.

-Lo tiene en demasiado buen concepto. ¿Para qué quiere saber nada de esto?

-Mi querida señorita Francie, un pobre diablo periodista que ha de ganarse la vida investigando cosas tiene, a veces, que pensar demasiado si lo que quiere es pensar, o en todo caso hacer, lo suficiente. Averiguamos lo que podemos..., como podemos.

Francie escuchaba como si sus palabras tuviesen un timbre patético.

-¿Qué quiere investigar?

-¡Todo! Todo me vale. Depende de la oportunidad que se me presente. Lo intento y aprendo... Lo intento y mejoro. Todo el mundo tiene algo que contar, y yo escucho, observo y me beneficio. Esperaba que *usted* tuviese algo que contar. No puedo evitar pensar que ha visto un montón de cosas nuevas. No irá a decirme que no la han engatusado, con lo encantadora que es.

-¿Quiere saber si han sido amables conmigo? Han sido muy amables -dijo Francie-. Intentan hacer aún más de lo que les permito.

-Ah, ¿por qué no se lo permite? -preguntó George Flack, con un tono casi persuasivo.

-Bueno, sí que lo hago -prosiguió la muchacha-. La verdad es que no se puede una resistir a ellos; tienen unas costumbres tan adorables...

-Quisiera oírle hablar de sus costumbres -observó su compañero, tras un silencio.

-Ah, podría hablar largo y tendido si me pusiese a ello. Pero no veo por qué le iba a interesar.

-¿Acaso no me importa muchísimo todo lo que tenga que ver con usted? ¿Acaso no se lo he dicho ya?

-Entonces es usted un necio, y sería un necio si volviese a decirlo -replicó Francie.

-Ah, no quiero decir nada, he aprendido la lección. Pero podría pasarme el día entero escuchándola -Francie soltó una exclamación de impaciencia e incredulidad, y el señor

Flack continuó-: ¿No recuerda lo que me dijo la vez que tuvimos aquella charla en Saint Germain, en la terraza? Dijo que podría seguir siendo su amigo.

-Bueno, no hay ningún inconveniente -dijo la muchacha.

-Entonces, ¿acaso no nos interesa la evolución de nuestros amigos..., sus impresiones, sus transformaciones, sus aventuras? Sobre todo a una persona como yo, que tiene que conocer la vida..., que tiene que conocer el mundo.

-¿Insinúa que yo podría enseñarle algo sobre la vida? -quiso saber Francie.

-Sobre algunas modalidades, sin duda. Conoce a mucha gente a la que es difícil acceder a no ser que uno tome medidas extraordinarias, como ha hecho usted.

-¿A qué se refiere? ¿Qué medidas he tomado?

-Bueno, las han tomado ellos..., para apoderarse de usted..., y es la misma cosa. Se han abalanzado sobre usted y la han amarrado; eso sí que es ser enérgico, y ¿no cree que eso lo debería saber yo bien? -preguntó el señor Flack, sonriendo-. Pensaba que yo era enérgico, pero me han superado. Son un grupo social aparte, y tienen que ser muy curiosos.

-Sí, son curiosos -admitió Francie, soltando un suspirito. Luego preguntó-: ¿Quiere sacarlos en el periódico?

George Flack vaciló un instante; el tono de la pregunta era tan franco, sugería una falta de prejuicios tan completa...

-Ah, elijo muy bien lo que saco en el periódico. Lo quiero todo, como le he dicho; ¿se acuerda del esbozo que le hice de mis ideales? Pero lo quiero de determinada manera. Si no lo puedo obtener de la forma que me gusta, no lo quiero; información auténtica, de primera mano, directa del grifo, eso es lo que busco. No quiero oír lo que piensa Fulano que le dijeron a Mengano y que no sé quién repitió; y sobre todo, no quiero publicarlo. Cosas así llegan a raudales, y la mayor parte del trabajo consiste en impedirles la entrada. Sencillamente, la gente se desvive por salir en el periódico; se muere de ganas, en todas partes; hay muchedumbres a la puerta. Pero yo les digo: «Primero tenéis que hacer algo, después ya veré; o, al menos, ¡tenéis que *ser* algo! ».

-A veces leemos *El Eco;* tiene usted piezas muy buenas -replicó Francie.

-¿Sólo a veces? ¿No se la mandan a su padre..., la edición semanal? Creía haberlo arreglado -dijo George Flack.

-No sé; suele estar por ahí. Pero Delia lo lee más que yo; lee algunos artículos en voz alta. A mí me gusta leer libros; leo todos los que puedo.

-Bueno, todo es literatura -dijo el señor Flack-; todo es prensa, la gran institución de nuestro tiempo. Algunos de los mejores libros han salido primero en los periódicos. Es la historia de esta época.

-Veo que sigue teniendo las mismas aspiraciones -observó amablemente Francie.

-¿Las mismas aspiraciones?

-Las que me contó aquel día, en Saint-Germain.

-Ah, me olvido continuamente de que estallé delante de usted de aquella manera; todo ha cambiado tanto...

-¿Ahora es el propietario del periódico? -continuó la muchacha, decidida a hacer caso omiso de esta alusión sentimental.

-¿Qué más le da? Ni siquiera sería delicado por mi parte decírselo, porque sí que recuerdo su manera de decirme que intentaría lograr que su padre me ayudase. No me diga que lo ha olvidado, porque casi me eché a llorar. En cualquier caso, no es ése el tipo

de ayuda que busco ahora y tampoco era el tipo de ayuda que tenía intención de pedirle entonces. Quiero comprensión e interés; quiero alguien que me susurre de vez en cuando: «Valor, valor; todo te va a salir bien». Como ve, soy un hombre que trabaja y no pretendo ser otra cosa -prosiguió el señor Flack-. No vivo de los ahorros de mis antepasados. Lo que tengo me lo gano yo..., lo que soy lo he conseguido a pulso: soy un *travailleur,* como dicen aquí. Me alegro; pero eso no quita para que haya un punto oscuro.

-Y ¿cuál es? -preguntó Francie.

-Que esto hace que se avergüence usted de mí.

-Pero bueno, ¿cómo puede decir eso? -dijo, y se puso en pie como si una sensación de opresión, de vago malestar, la hubiese invadido. Su visitante la ponía nerviosa.

-¿No se avergonzaría de salir por ahí conmigo? -¿Por ahí, adónde?

-Bueno, a cualquier sitio: simplemente a dar un paseo más. El último de los últimos - George Flack también se había levantado y se quedó mirándola con sus brillantes ojos, las manos metidas en los bolsillos del gabán. Como Francie vacilaba, siguió diciendo-: Entonces no soy tal amigo, a fin de cuentas.

Francie posó los ojos un instante sobre la alfombra; luego, alzándolos, preguntó:

-¿Adónde le gustaría ir?

-Podría hacerme un favor, un auténtico favor, que no le supondrá, probablemente, ninguna molestia. ¿No estaba terminado su retrato?

-Sí, pero se niega a desprenderse de él.

-¿Quién se niega a desprenderse de él?

-El señor Waterlow, claro. Quiere tenerlo cerca para mirarlo, por si acaso se le antojase cambiarlo. Pero espero que no lo cambie... ¡Está tan bonito así! -declaró Francie, sonriendo.

-He oído que es magnífico, y quiero verlo -dijo George Flack.

-¿Y entonces por qué no va?

-Iré si me lleva usted; ése es el favor que puede hacerme.

-Vaya, pensaba que usted iba a todas partes..., ¡a los palacios de los reyes! -exclamó Francie.

-Voy a donde soy bienvenido, no a donde no lo soy. No quiero colarme yo solo en ese estudio; no le soy simpático. Oh, no hace falta que proteste -siguió el joven-; si uno es susceptible, qué le vamos a hacer. Noto estas cosas en el matiz de un tono de voz. A Waterlow no le gustan los reporteros. A algunas personas les pasa eso, ¿sabe? Debo decírselo con franqueza.

Francie volvió a considerarlo, pero esta vez mirando a su visitante.

-Vaya, si no hubiera sido por usted -me temo que dijo «si no habría sido»-jamás habría posado para él.

El señor Flack le sonrió un instante en silencio.

-De no haber sido por mí creo que jamás habría conocido a su futuro marido.

-Quizá no -dijo Francie; y de pronto se sonrojó, para gran sorpresa de su acompañante.

-Sólo lo digo para recordarle que después de todo tengo derecho a pedirle que me conceda este pequeño favor. Permítame que la acompañe en coche mañana, o pasado, o cualquier día, a la Avenue de Villiers, y habré de considerarme sobradamente resarcido. Con usted no tendré miedo a entrar, porque está en su derecho a llevar a quien le plazca a ver su retrato. Siempre se hace.

-¡Ah, el día que tenga usted miedo, señor Flack...! -exclamó Francie, riéndose. Se había

quedado muy impresionada con este recordatorio de todo lo que ellos le debían; pues era cierto que había sido su iniciador, el instrumento providencial que les había abierto las puertas a un gran y nuevo interés, y su generosidad se horrorizó ante la insinuación de que el joven se consideraba abandonado o repudiado una vez ganado el premio. Sus pensamientos no se habían detenido en su deuda personal con él, pues no pertenecía a la naturaleza de sus pensamientos el detenerse; pero ahora se alegró de zambullirse con premura, a la primera oportunidad, en una actitud de reconocimiento. Tuvo el efecto que siempre tiene la simplificación: le subió los ánimos, la puso alegre.

-Por supuesto, he de ser franco con usted -dijo el joven-. Si quiero ver el cuadro es porque quiero escribir sobre él. Todo este asunto va a ser un exitazo para *El Eco*. Tiene que entenderlo, eso lo primero. No escribiría sobre ello sin verlo.

-*J'espére bien!* [10] -dijo Francie, que se iba apañando a las mil maravillas con el francés-. Por supuesto que al señor Waterlow le gustará que le elogie.

-No tengo claro que le importen mis elogios y no me importa gran cosa que le guste o no *a él*. Si le gusta a usted, eso es lo principal.

-Ah, yo estaré tremendamente orgullosa.

-Hablaré de usted desde un punto de vista personal...

Diré que es la muchacha más bonita que jamás ha venido por aquí.

-Puede usted decir lo que le plazca -repuso Francie-. Va a ser divertidísimo salir en los periódicos. Venga a buscarme a estas horas pasado mañana.

-Es usted un cielo -dijo George Flack, cogiendo su sombrero. Lo estuvo alisando un momento con el guante; después dijo-: ¿Le importa que vayamos solos?

-¿Solos?

-O sea, nada más usted y yo.

-¡Ah, no se preocupe por eso! Papá y Delia han visto el retrato unas treinta veces.

-Entonces, será un placer. Yme ayudará a creer, más de lo que podría ayudarme ninguna otra cosa, que seguimos siendo viejos amigos. Vendré a las tres y cuarto -prosiguió el señor Flack, pero sin emprender aún la marcha. Hizo dos o tres preguntas acerca del hotel, si seguía siendo tan bueno como el año pasado, si había mucha gente y si mantenían calientes las habitaciones; entonces, de pronto, en otro orden de cosas y apenas sin aguardar la respuesta de la muchacha, dijo:

-A ver, por ejemplo, ¿son muy fanáticos? Ésa es una de las cosas que quisiera saber.

-¿Muy fanáticos?

-¿No son unos católicos redomados? ¿No están siempre hablando del Santo Padre y de cosas por el estilo? Me refiero al señor Probert, el anciano caballero -añadió el señor Flack-. Ya esas damas, y a todos los demás.

-Son muy religiosos -dijo Francie-. Es la gente más religiosa que he conocido. Sencillamente adoran al Santo Padre. Le conocen bastante bien, en persona. Siempre están bajando a Roma.

-¿Y tienen intención de presentarla?

-¿A qué se refiere con eso de presentarme?

-De convertirla en católica, claro está; de bajarla a usted también a Roma.

-¡Ah, iremos a Roma para nuestro *voyage de noces!* -dijo Francie alegremente-. Solamente a echar un vistazo.

-¿Y no tendrá que ser una boda católica? No consentirán en una boda protestante.

---

[10] ¡Eso espero!

-Vamos a tener una boda preciosa, idéntica a una que me llevó a ver madame de Brécourt en la Madeleine.

-¿Y también va a ser en la Madeleine?

-Sí, a no ser que la hagamos en Notre Dame.

-¿Y qué les va a parecer a su padre y a su hermana?

-¿Que la hagamos en Notre Dame?

-Sí, o en la Madeleine. Que no la celebren en la iglesia americana.

-Ah, Delia quiere que sea en el mejor de los sitios -se limitó a decir Francie. Después añadió-: Y ya sabe que a papá no le va mucho eso de la religión.

-Vaya, vaya, eso es lo que yo llamo un dato auténtico, como lo que le estaba diciendo antes -replicó el señor Flack. Y tras esto por fin se marchó, repitiendo que vendría dos días más tarde, a las tres y cuarto en punto.

Cuando volvió su hermana, Francie le dio un informe de la visita y mencionó el acuerdo al que habían llegado en relación con el paseo. Al oírlo, Delia se puso seria y afirmó que no creía que estuviese bien («de que» estuviese bien, solía decir Delia) que Francie tuviese tanta intimidad con otros caballeros después de haberse prometido.

-¿Intimidad? ¡No pensarías que hay mucha intimidad si me vieras! -exclamó Francie, riéndose.

-Tengo muy claro que no quiero verte -declaró Delia; y su hermana, poniéndose enérgica, autoritaria, continuó:

-Delia Dosson, ¿te das cuenta de que de no haber sido por el señor Flack jamás habríamos tenido ese cuadro, y de que de no haber sido por ese cuadro jamás me habría prometido?

-Más valdría que no lo hubieses hecho, si así es como te vas a portar. Nada podría llevarme a acompañarte.

Esto era lo que convenía a Francie, pero a pesar de todo le impresionó la rigidez de Delia.

-Sólo voy a llevarle a ver al señor Waterlow -explicó.

-¿De pronto se ha vuelto demasiado tímido para ir solo?

-Bueno, ya sabes que al señor Waterlow no le cae en gracia.... y ha conseguido que lo note. Ya sabes que nos lo dijo Gaston.

-Nos dijo que *él* no podía soportarle; eso fue lo que nos dijo -observó Delia.

-Razón de mas para que sea amable con él. Venga, Delia, date cuenta -siguió Francie.

-Eso es justo lo que hago -replicó la mayor de las muchachas-; pero de cosas muy distintas de las que tú quieres que me dé cuenta. Tienes extrañas razones.

-Tengo otras que tal vez te gusten más. Quiere sacar un artículo en el periódico.

-¿Sobre tu cuadro?

-Sí, y sobre mí. Todo acerca de todo este asunto.

Delia la miró fijamente por un momento.

-¡En fin, espero que sea un buen artículo! -dijo con un suspirito resignado, como si estuviese aceptando la carga de una fatalidad aún mayor.

X

Cuando Francie, dos días después, entró con el señor Flack en el estudio de Charles

Waterlow, se encontró a madame de Cliché frente al enorme lienzo. La complacía cualquier señal de que los Probert se interesaban por ella, y éste era un síntoma considerable: que la segunda hermana de Gaston viniera desde tan lejos (vivía allá por los Invalides) a contemplar una vez más el retrato. Francie sabía que lo había visto en una fase anterior; la obra había suscitado curiosidad y polémica entre los Probert desde el momento en que conocieron a Francie, y entraban en consideraciones al respecto que ni al original ni a sus acompañantes se les habían ocurrido..., a pesar de la frecuencia con que (como sabemos) estas buenas gentes habían conversado sobre el asunto. Gaston le había dicho que en la familia había una gran disparidad de opiniones respecto al mérito de la obra, y que precisamente Margaret había llegado a decir que tal vez fuera una obra maestra en lo tocante al tono, pero que no le hacía parecer una dama. Por otra parte, su padre nada tenía que objetar al carácter con que se la representaba, pero no lo consideraba bien pintado. *Regardez-moi fa, et va, je vous demande!*[11]*,* había exclamado, dando con el guante bruscos amagos al lienzo en aquellos puntos que se le antojaban excéntricos, cuando el artista no estaba cerca. Los Probert siempre se pasaban al francés cuando hablaban de cuestiones de arte. «¡ Pobre papaíto, sólo entiende *le vieux jeu!»,* había explicado Gaston, *y* todavía tuvo que exponer largo y tendido a qué se refería con esto del viejo juego. La novedad del juego de Charles Waterlow había sido un misterio para el señor Probert.

Francie recordó ahora (lo había olvidado) que Margaret de Cliché le había dicho que tenía intención de volver. Esperaba que a estas alturas la marquesa pensase que, al menos sobre el lienzo, se asemejaba un poco más a una dama. Sea como fuere, madame de Cliché le sonrió y le dio un beso, como si de hecho no pudiese haber el menor error. También sonrió al señor Flack cuando Francie le presentó, y sólo se puso seria cuando, después de preguntar dónde estaba el resto de la familia -el *papa y* la *grande soeur-,* la muchacha contestó que no tenía ni idea: su grupo sólo lo integraban ella y el señor Flack. Entonces madame de Cliché se puso francamente ceñuda: cobró un aspecto que devolvió a Francie la sensación de que era la persona, entre toda la parentela de Gaston, que menos le había agradado desde el primer momento. Aunque a primera vista madame de Douves era más imponente, en su caso la segunda impresión era más reconfortante. Era justo esta segunda impresión de la marquesa la que no reconfortaba. Tal vez después viniesen más, pero la muchacha aún no había llegado a ellas. El señor Waterlow puede que no tuviese en gran estima al señor Flack, pero aun así fue absolutamente cortés con él y se tomó grandes molestias por enseñarle todo el trabajo que tenía a mano, arrastrando lienzos, cambiando luces, llevándole a ver cosas al otro extremo de la gran habitación. Mientras los dos caballeros se hallaban a cierta distancia, madame de Cliché le confió a Francie que esperaba que le permitiese acompañarla a casa: a lo cual Francie repuso que no iba a casa, que se iba a otro lugar con el señor Flack. Y explicó, como si esto simplificase las cosas, que el caballero era un redactor.

Su interlocutora repitió el término y Francie amplió su explicación. No era el único redactor, sino uno de los muchos redactores de un gran periódico americano. Iba a publicar un artículo sobre su retrato. Gaston le conocía perfectamente; el señor Flack había sido el causante de que Gaston le hubiera sido presentado. Madame de Cliché le miró desde el otro extremo como si lo indecoroso de la causa proyectase una luz desfavorable sobre el efecto; preguntó si Francie pensaba que a Gaston le gustaría que se

[11] ¡Mirad esto, y esto otro, os lo ruego!

pasease en coche por París a solas con un redactor. «La verdad es que no lo sé, ¡nunca se lo he preguntado! -dijo Francie-. Tendría que parecerle bien que sea cortés con una persona que tanto ha hecho por nosotros.» Al poco rato madame de Cliché se retiró, sin dirigir una segunda mirada al señor Flack a pesar de que al ir hacia la puerta estaba plantado en su camino. No volvió a besar a nuestra joven amiga, y la muchacha observó que su despedida consistió en estas simples palabras: *«Adieu, mademoiselle».* Ya había percibido que cuanto más pomposos se ponían los Probert más recurrían al francés.

Francie y el señor Flack no se quedaron más que un breve rato en el estudio; y cuando estuvieron sentados de nuevo en el carruaje, frente a la puerta (habían ido en el landó abierto del señor Dosson), su acompañante dijo:

-¿Y ahora adónde vamos? -como si en el trayecto desde el hotel no hubiera mencionado la agradable imagen de un pequeño recodo del Bois. En aquel momento había insistido en que el día parecía hecho adrede, con el aire rebosante de primavera. Ahora parecía como si quisiera darse el placer de conseguir que su acompañante escogiera esa alternativa y no otra. Pero ella se limitó a responder con cierta impaciencia:

-Donde usted quiera, donde usted quiera -y se quedó ahí quieta balanceando la sombrilla y mirando en derredor, sin dar ninguna orden.

-*Au Bois* -dijo George Flack al cochero, retrepándose en los suaves cojines. Durante unos instantes después de la salida suave y elástica del carruaje guardaron silencio; pero al poco rato siguió diciendo-: Esa dama ¿era una de sus parientes?

-Querrá decir del señor Probert, ¿no? Es su hermana.

-¿Hay en ello alguna razón en particular para que no me dé los buenos días?

-No quería que se quedase usted conmigo. Quería llevarme con ella.

-¿Qué tiene contra mí? -preguntó el señor Flack.

Francie pareció reflexionar un poco.

-Ah, esas ideas francesas, ya sabe.

-Algunas son abyectas -dijo su acompañante.

La muchacha no hizo la menor réplica; se limitó a mover los ojos de derecha a izquierda, admirando el espléndido día, la radiante ciudad. El magnífico panorama arquitectónico estaba despejado: irguiéndose entre el aire soleado, las altas casas, con sus lustrosos escaparates, sus balcones y sus letreros con acentos, parecían emitir destellos dorados y cristalinos. Todo tenía un color fresco y bonito y un sonido alegre; parecía como si hubiera un caro espectáculo por doquier.

-¡Bueno, así y todo me gusta París! -exclamó Francie al fin.

-Tiene suerte, ya que tiene que vivir aquí.

-No tengo por qué, no hay ninguna obligación. No hemos decidido nada al respecto.

-¿No lo ha decidido esa señora por usted?

-Sí, probablemente lo haya hecho -dijo tranquilamente Francie-. No me cae tan bien como las otras.

-¿Las otras le caen muy bien?

-Por supuesto que sí. También a usted le gustarían, si le hubieran hecho tantas alharacas.

-Esa del estudio no me ha hecho muchas alharacas, que digamos.

-Sí, es la más altiva -dijo Francie.

-Veamos, ¿de qué se trata? -preguntó el señor Flack-.

¿Quiénes son, en cualquier caso?

-Ah, tardaría tres horas en contárselo -repuso la muchacha, riéndose-. Se remontan mil años atrás.

-Bien, tenemos mil años..., es decir, tres horas -y George Flack se instaló mejor sobre los cojines y aspiró el agradable aire-. Sí que estoy disfrutando de este paseo, señorita Francie -continuó-. Ha llovido mucho desde la última vez que vine al Bois. No me dedico a perder el tiempo entre arbolitos.

Francie replicó sinceramente que también para ella era una ocasión muy grata, y el señor Flack, mirando sonriente a su alrededor, prosiguió con tono intrascendente y jovial:

-¡Sí, estas ideas francesas...! No sé cómo puede soportarlas. Las que sostienen respecto a las jóvenes son horribles.

-Bueno, según dicen te acaban gustando más cuando estás casada.

-Venga, si después del matrimonio son peores... Las ideas, digo. Todo el mundo lo sabe.

-Bueno, consiguen que te guste cualquier cosa, con esa manera de hablar que tienen -dijo Francie.

-¿Y hablan una barbaridad?

-Bueno, yo diría que sí. Poco más hacen, y hablan de las cosas más raras del mundo..., cosas de las que nunca había oído hablar.

-¡Ah, eso lo suscribo! -exclamó George Flack.

-Naturalmente, con quien más he conversado ha sido con el señor Probert.

-¿El anciano?

-No, con él muy poco. Me refiero a Gaston. Pero no es él quien más cosas me ha contado, sino madame de Brécourt. Cuenta y cuenta... Es muy interesante. Me ha contado todas sus historias, todos sus problemas y tribulaciones.

-¿Tribulaciones?

-Así las llama ella. Aquí todo es muy distinto que en América. Es exactamente como un cuento... Tienen sentimientos tan extraños... Pero hay cosas que uno puede ver... sin que se las digan.

-¿Qué tipo de cosas?

-Bueno, como que madame de Cliché tiene... -pero Francie se detuvo, como si buscase una palabra.

-¿Sus tribulaciones, quiere decir?

-Sí, y su marido también. Terribles. Por eso hay que perdonarla si es algo rara. Es muy desdichada.

-¿Por culpa de su marido, quiere decir?

-Sí, le gustan más otras damas. Flirtea con madame de Brives.

-¿Madame de Brives?

-Sí, es un encanto -dijo Francie-. No es que sea muy joven, pero es tremendamente atractiva. Yademás solía ir cada día a tomar el té con madame de Villepreux. Madame de Cliché no soporta a madame de Villepreux.

-¡Santo cielo, ese hombre debe de ser un personaje de lo más ruin! -exclamó George Flack.

-Bueno, su madre era malísima. Ésa era una de las cosas que tenían contra la boda.

-¿Quién tenía... contra qué boda?

-Cuando Maggie Probert se prometió.

-¿Así la llaman? ¿Maggie?

-Su hermano, sí; pero todos los demás la llaman Margot. La vieja madame de Cliché tenía una reputación horrorosa. Todos la odiaban.

-Excepto, supongo, los que la querían demasiado. Y ¿quién es madame de Villepreux?

-La hija de madame de Marignac.

Y ¿quién es madame de Marignac?

-Oh, está muerta -dijo Francie-. Era una gran amiga del señor Probert..., del padre de Gaston.

-¿Solía ir a tomar el té con ella?

-Prácticamente a diario. Susan dice que desde su muerte no ha vuelto a ser el mismo.

-¡Ah, pobre hombre! Y¿quién es Susan?

-Madame de Brécourt, quién va a ser. El señor Probert sencillamente adoraba a madame de Marignac. Madame de Villepreux no es tan simpática como su madre. Se crió con los Probert, como una hermana más, y ahora coquetea con Maxime.

-¿Con Maxime?

-Ése es monsieur de Cliché.

-Ah, ya veo... ¡Ya veo! -murmuró receptivamente George Flack.

Habían llegado al final de los Champs Elysées y estaban pasando por debajo del extraordinario arco al que sirve de pedestal ese suave promontorio y que, en su inmensidad, incluso al espléndido París lo mira desde lo alto, y desde enfrente al vanidoso mascarón de las Tullerías, al Louvre bañado por el río y a las torres gemelas de Notre Dame, pintadas de azul por la distancia. La confluencia de carruajes -una corriente ruidosa en la que se vieron envueltos nuestros amigos- fluía en dirección a la gran avenida que lleva al Bois de Boulogne. El señor Flack disfrutaba claramente de la escena; miraba a sus vecinos, a las villas y los jardines que había a cada lado; absorbía la perspectiva de los boscajes marrones que se perdían en lontananza y de los llanos senderos del bosque, de la hora que todavía les quedaba por pasar allí, del lugar cercano al lago donde podrían apearse y caminar un poco; incluso del banco donde tal vez se sentarían.

-Ya veo, ya veo -repitió con agradecimiento-. Hace usted que me sienta exactamente como si estuviera en el *grand monde.*

XI

Un mediodía, poco antes de la fecha para la que Gaston había anunciado su regreso, le fue entregada a Francie una nota de madame de Brécourt. Le causó cierta agitación, a pesar de que contenía una cláusula destinada a protegerla contra temores infundados: «Por favor, ven a verme nada más recibas esto; te he enviado el carruaje. Cuando llegues te explicaré para qué te quiero ver. A Gaston no le ha pasado nada. Estamos todos aquí». El cupé de la Place Beauvau estaba esperando a la puerta del hotel y la muchacha no celebró más que una apresurada asamblea con su padre y su hermana, si es que cabe llamar asamblea a algo en lo que la vaguedad de una de las partes se topó con el desconcierto de la otra.

-Es para algo malo..., algo malo -dijo Francie mientras se ataba el sombrero, aunque no conseguía pensar de qué podía tratarse. Delia, que parecía muy asustada, se ofreció a acompañarla, y ante esto el señor Dosson hizo el primer comentario de carácter práctico

que se había permitido hasta entonces sobre la alianza de su hija.

-No, cariño: no irás. Que silben para que vaya Francie, pero que vean que no nos pueden silbar a todos. -Era la primera muestra que daba de estar celoso de la dignidad de los Dosson. Esta cuestión nunca le había preocupado.

-Ya sé de qué se trata -dijo Delia, a la vez que componía el atuendo de su hermana-. Quieren hablar de religión. Tendrán allí a los curas; habrá algún obispo, o tal vez algún cardenal. Quieren bautizarte.

-¡Más vale que te lleves un impermeable! -dijo a voces su padre mientras Francie salía disparada.

Se preguntó, de camino a la Place Beauvau, para qué estarían todos allí; la noticia se compensaba con la tranquilidad que transmitía la frase sobre Gaston. Les tenía aprecio por separado, pero en su modalidad colectiva la hacían sentirse incómoda. Sus reuniones familiares tenían siempre algo de tribunal. Madame de Brécourt salió al vestíbulo a recibirla, arrastrándola rápidamente a un cuartito (no era el salón; Francie lo conocía por el nombre de la «habitación privada» de la anfitriona, un gabinete precioso), donde, para gran alivio de la muchacha, no se hallaba reunido el resto de la familia. Aunque adivinó al instante que estaban cerca: que estaban a la espera. Susan estaba sofocada y rara; tenía una sonrisa extraña; la besó como sin darse cuenta de que lo hacía. Se rió al saludarla, pero era una risa nerviosa; estaba distinta a como la había visto Francie hasta entonces. Para cuando nuestra joven amiga hubo percibido todas estas cosas, se encontraba sentada a su lado en un sofá y madame de Brécourt le estaba agarrando la mano, apretándosela tanto que casi le hacía daño. Los ojos de Susan estaban en su natural saliente, pero en esta ocasión parecía como si se saliesen de sus órbitas.

-Estamos descompuestos..., terriblemente inquietos. Ha caído una bomba en la casa.

-¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? -preguntó Francie, pálida, con los labios entreabiertos. De pronto tuvo la descabellada idea de que tal vez Gaston se hubiese enterado en América de que su padre no tenía dinero, de que lo había perdido todo; se lo habían robado durante su larga ausencia. Pero ¿iría a abandonarla por eso?

-Hazte cargo de lo estrecha que es nuestra unión contigo cuando te llamamos de esta manera -la primera, la única persona- en una crisis. Nuestras alegrías son tus alegrías y nuestras indignaciones son las tuyas.

-*¿Qué es lo que ocurre, por favor?-repitió* la muchacha. Sus «indignaciones» abrieron un abismo; de repente se le ocurrió, con un golpe de humillación por que la idea no le hubiese venido antes, que algo habría salido publicado: un artículo en el periódico, del señor Flack, sobre su retrato, e incluso (algo, poco) sobre ella. Pero eso no era sino más desconcertante, pues, sin duda, el señor Flack sólo podía haber publicado algo agradable, algo de lo que podría sentirse orgullosa. ¿Habría, en un acto de increíble perversión o traición, afirmado que el cuadro era malo, o incluso que *ella lo* era? Se mareó al recordar cómo le había rechazado, *y* lo mal que le había sentado, aquel día en Saint-Germain. Pero se habían reconciliado con creces, sobre todo cuando pasaron tanto rato sentados en un banco (la vez aquella del carruaje) en el Bois de Boulogne.

-Ah, algo espantoso; un periódico que le ha llegado esta mañana a mi padre desde América... con dos horribles columnas de vulgares mentiras y escándalos sobre nuestra familia, sobre todos nosotros, sobre ti, sobre tu retrato, sobre la pobre Marguerite, llamándola «Margot», sobre Maxime y Léonie de Villepreux, diciendo que es su amante, sobre todos nuestros asuntos, sobre Gaston, sobre vuestro matrimonio, sobre tu hermana

y tus vestidos *y* tus hoyuelos, sobre nuestro querido padre, cuya historia se jacta de contar en los términos más innobles, más repugnantes. ¡Papá está fatal! -dijo madame de Brécourt, jadeando para coger aliento. Había hablado con la locuacidad que dan el horror y la pasión-. Tú has sido ultrajada con nosotros y has de sufrir con nosotros -prosiguió-. Pero ¿quién lo ha hecho? ¿Quién lo ha hecho, quién?

-¡El señor Flack..., el señor Flack, claro! -respondió rápidamente Francie. Estaba consternada, abrumada; pero su principal sentimiento era el deseo de que no pareciese que estaba negando lo que sabía.

-¿El señor Flack? ¿Te refieres a ese horrible personaje? Merece que le peguen un tiro, que le quemen vivo. Maxime le matará, no hay palabras para describir lo furioso que está. Todo ha terminado, se nos ha entregado a la chusma, tendremos que abandonar París. ¿Cómo pudo saber cosas así...? ¡Y todas son calumnias! -la pobre mujer iba desahogando su desazón en forma de preguntas, contradicciones y gemidos; no sabía qué preguntar primero, contra qué protestar-. ¿Te refieres a ese personaje con el que te vio Marguerite en el estudio del señor Waterlow? Ah, Francie, ¿qué ha pasado? Tuvo una sensación en aquel momento..., un presentimiento espantoso. Más tarde te vio... paseando con él... por el Bois.

-Bueno, yo a ella no la vi -dijo la chica.

-Ibas hablando con él... Estabas demasiado absorta; eso es lo que dice Margot. ¡Ah, Francie, Francie! -exclamó madame de Brécourt, con la respiración entrecortada.

-En el estudio intentó entrometerse, pero no se lo permití. Es un viejo amigo, un amigo de mi padre, y le tengo un gran aprecio. ¡A nadie le incumbe criticar lo que mi padre permite! -continuó Francie. Estaba asustada, extremadamente asustada, del aire trágico de su compañera y de las espantosas consecuencias a las que aludía, consecuencias de un acto del que no era consciente, que todavía no podía comprender ni valorar. Pero había en ella un instinto de valentía que la impulsaba a defenderse..., a defender incluso a George Flack, aunque parte de su consternación obedeciese a que también con ella hubiese actuado por sorpresa, con una especie de engaño egoísta.

-Ah, ¿cómo puedes soportar a canallas así? ¿Cómo puede tu padre...? ¿A qué diablo le ha pagado para que le ande con chismes?

-Me das mucho miedo... Me aterrorizas -dijo la muchacha-. No sé de qué me hablas. Ni siquiera lo he visto, no lo comprendo. Por supuesto que he hablado con el señor

Flack.

-¡Oh, Francie, no digas eso...! *¡No digas* eso! Chiquilla, tú no has hablado con él de esa manera: horrores vulgares, ¡y semejantes expresiones! -madame de Brécourt se acercó más y esta vez le cogió ambas manos, la atrajo hacia sí, parecía implorarle-: Tienes que ver el periódico; lo tienen en la otra habitación..., un papelajo repugnante. Margot se lo está leyendo a su marido; él no sabe inglés, si es que se puede llamar inglés a eso: ¡vaya estilo! Papá intentó traducírselo a Maxime, pero no pudo, se sentía demasiado mal. Hay mucho sobre madame de Marignac... ¡figúrate! Y mucho sobre Jeanne y Raoul y las economías que hacen en el campo. Cuando lo vean en Bretaña..., ¡que el cielo nos ampare!

Francie se había puesto muy pálida; estuvo un minuto mirando la alfombra.

-Y ¿qué dice de mí?

-Estupideces, que si eres la gran belleza americana, con detalles odiosos, y que si has atrapado un partidazo entre «los escasos ilustres de rancio abolengo». Y las cosas más

extrañas sobre tu padre..., que se metió a trabajar en una «tienda» a los doce años. Y algo sobre tu pobre hermana... ¡Que el cielo nos ayude! Y un esbozo de nuestra «carrera», como dicen ellos, en París, y de cómo hemos avanzado y de nuestras grandes pretensiones. Yun fragmento sobre Blanche de Douves, la hermana de Raoul, que tuvo aquella enfermedad (¿cómo se llama?), que solía robar cosas en los comercios: ¿te la imaginas leyéndolo? Y ¿cómo pudo enterarse de algo así? Fue hace siglos... ¡Es un asunto que está muerto y enterrado!

-Me lo dijiste tú, me lo dijiste tú misma -dijo apresuradamente Francie. Se sonrojó nada más decirlo.

-No digas que has sido tú... ¡No, no lo digas, cariño mío! -gritó madame de Brécourt, que por un instante se la había quedado mirando fijamente-. Eso es lo que te pido, eso es lo que debes hacer, por eso te veo así primero, a solas. He respondido por ti, ya lo sabes; debes negar toda responsabilidad. Margot sospecha de ti... Se le ha metido esa idea en la cabeza... Se la ha transmitido a los demás. Les he dicho que tendrían que estar avergonzados, que es un ultraje contra ti. He hecho todo lo posible, durante la última hora, por protegerte. Soy tu madrina, ¿sabes?, y no debes decepcionarme. Eres incapaz de algo así, y tienes que decírselo, cara a cara, a mi padre. Piensa en Gaston, *chérie, él* lo habrá visto allí, solo, lejos de todos nosotros. Piensa en su horror y en su fe, en lo que *él* esperaría de ti -madame de Brécourt siguió hablando a toda prisa, y la perplejidad de su compañera se hizo más honda al ver que se le habían llenado los ojos de lágrimas y que le caían a borbotones por las mejillas-. Tienes que decirle a mi padre, cara a cara, que eres incapaz..., que eres intachable.

-¿Intachable? -repitió Francie-. Pues claro que sabía que quería escribir un artículo sobre el retrato..., y sobre mi matrimonio.

-Sobre tu matrimonio... Así que claro que lo sabías... ¡Entonces, condenada muchacha, estás detrás *de todo esto!* -gimió madame de Brécourt, y, alejándose bruscamente de ella, se dejó caer en el sofá y se cubrió el rostro con las manos.

-Me lo dijo... ¡Me lo dijo cuando fui con él al estudio! -declaró apasionadamente Francie-. Pero ha publicado más cosas.

-*¿Más?* ¡Evidentemente! -y madame de Brécourt se puso en pie de un salto, plantándose delante de Francie-. ¿Y tú *le permitiste...?* ¿Sobre ti misma? ¿Le diste datos?

-Le dije..., le dije... No sé qué le dije. Era para su periódico... Quería saberlo todo. Es un periódico muy bueno.

-¿Un periódico muy bueno? -madame de Brécourt le clavó la mirada, con los labios entreabiertos-. ¿Has *visto,* has tocado ese repugnante papelajo? ¡Ah, hermano mío, hermano mío! -volvió a gemir, dándose la vuelta.

-Tu hermano no me hablaría de esta manera si estuviese aquí... ¡Él me protegería! -exclamó Francie a la vez que se levantaba, agarraba su manguito y se dirigía hacia la puerta.

-¡Vete, vete o te matarán! -siguió agitadamente madame de Brécourt-. Después de todo lo que he hecho por ti..., ¡después de todo lo que he mentido por ti! -y empezó a sollozar, intentando contener los sollozos.

Francie, al verla, estalló en un torrente de lágrimas.

-Me voy a casa. ¡Padre, padre! -casi chilló, dirigiéndose hacia la puerta.

-Ah, tu padre... ¡Menudo padre, criarte con semejantes ideas! -y estas palabras persiguieron a Francie con infinito desprecio. Pero madame de Brécourt apenas había

acabado de pronunciarlas cuando, como golpeada por un sonido, se abalanzó sobre la muchacha, la agarró y, tirando de ella, la retuvo un momento, escuchando, antes de que Francie consiguiera salir-. Shh..., van a entrar aquí, ¡están demasiado inquietos! Niégalo... Niégalo... ¡Di que no sabes nada! Tu hermana debe de haber dicho cosas..., ¡y vaya cosas: di que todo viene de *ella!*

-¡Ah, maldita seas...! ¿Eso es lo que *tú* haces? -gritó Francie, zafándose de ella. La puerta se abrió mientras hablaba y madame de Brécourt se encaminó a paso rápido hacia la ventana, dándole la espalda. Allí estaba madame de Cliché, y también el señor Probert, monsieur de Brécourt y monsieur de Cliché. Entraron en silencio y monsieur de Brécourt, que iba el último, cerró suavemente la puerta. Francie nunca había estado en un tribunal de justicia, pero de haber tenido esa experiencia estas cuatro personas le habrían recordado a un jurado cuando regresa desfilando al estrado con el veredicto. Francie, clavada en medio de la habitación, era objeto de las penetrantes miradas de todos; madame de Brécourt miraba por la ventana, enjugándose los ojos; madame de Cliché agarraba un periódico arrugado y parcialmente doblado. Francie tuvo la fugaz impresión, al desplazar la vista de un rostro a otro, de que el señor Probert era el que peor estaba; su expresión afable y desolada era terrible. Era el que menos la miraba; se acercó hasta la chimenea y se apoyó en la repisa, con la cabeza entre las manos. Parecía diez años más viejo.

-¡Ah, mademoiselle, mademoiselle, mademoiselle! -dijo Maxime de Cliché lenta, imponentemente, en un tono de reproche que era a la vez de lo más respetuoso y de lo más patético.

-¿Lo has visto? ¿Te lo han enviado? -preguntó su esposa, tendiéndole bruscamente el periódico-. ¡Está a tu disposición! -pero como Francie ni hablaba ni lo cogía, lo tiró al sofá, donde, al caer abierto, la muchacha leyó el nombre de *El Eco.* Madame de Cliché llevaba la cabeza muy erguida.

-Ella no tiene nada que ver... Es justo lo que os he dicho... Está abrumada -dijo madame de Brécourt, sin moverse de la ventana.

-Harías bien en leerlo... Merece la pena -señaló Alphonse de Brécourt, yendo hacia su esposa. Francie vio que la besaba al percibir sus lágrimas. Estaba enfadada con las suyas; se atragantó y se las tragó; era como si de alguna manera la incriminasen.

-¿No tenías la menor idea de que se fuese a perpetrar tamaña monstruosidad? -prosiguió madame de Cliché, acercándose más. Se comportaba con una calma forzada (como si desease dejar bien claro que era una de esas personas que saben ser razonables ante cualquier provocación, aunque estuviese temblando por dentro) que hizo retroceder a Francie-. *C'est pourtant rempli de choses...*[12] que sabemos

que te han contado... ¡Qué desatino, santo cielo! A diestro y siniestro... No se libra nadie... Es un aluvión de insultos. Quizá mi hermana te haya hablado de mis aprensiones... No podía evitarlas, aunque, a Dios pongo por testigo, no se me ocurrió nada así de atroz el día que te encontré en el estudio del señor Waterlow con tu periodista.

-Se lo he contado todo... ¿No ves que está *anéantie* [13]*?* ¡Dejadla marchar!, ¡dejadla! -exclamó madame de Brécourt, todavía frente a la ventana.

-¡Ah, su periodista, su periodista, mademoiselle! -dijo Maxime de Cliché-. Lamento

[12] Sin embargo está lleno de cosas.
[13] Aniquilada.

mucho tener que decir sobre una de sus amistades algo que tan poco grato le va a resultar, pero..., ¡prometo darme la satisfacción de administrarle con estas manos una tunda que no ha de olvidar jamás, si me permite usted que la moleste pidiéndole que se lo haga saber!

Monsieur de Cliché se toqueteó las puntas del bigote; difundía un aroma intenso; a Francie sus ojos le parecieron espantosos. Deseaba que el señor Probert le dijese algo amable, pero ahora estaba decidida a ser fuerte. Eran tantísimos contra ella sola... Gaston estaba muy lejos y se sentía heroica.

-Si se refiere usted al señor Flack..., no sé a qué se refiere usted -dijo con toda la compostura que le fue posible a monsieur de Cliché-. El señor Flack se ha ido a Londres.

Al oír esto monsieur de Brécourt soltó una risotada y su cuñado replicó:

-Ah, es fácil irse a Londres.

-Semejantes cosas gustan allí; las hacen cada vez más. ¡Está tan mal como América! -declaró madame de Cliché.

-¿Por qué me han mandado llamar...? ¿Qué quieren ustedes que haga? Podrían explicarme... ¡No soy más que una muchacha americana! -dijo Francie, a quien el hecho de no ser más que una muchacha americana no le impidió erguir su linda cabecita tanto como la de madame de Cliché.

Madame de Brécourt volvió rápidamente con ella y posó la mano sobre su brazo.

-Estás muy nerviosa... Más vale que te vayas a casa. Se lo explicaré todo... Haré que lo entiendan. El carruaje está aquí... Tenía orden de esperar.

-Yo no estoy en absoluto nerviosa, pero he conseguido que todos lo estén -repuso Francie, riéndose.

-Yo la defiendo, mi querida jovencita... Insisto en que no es usted más que una desdichada víctima, como nosotros -comentó monsieur de Brécourt, acercándose a ella con una sonrisa-. ¿Sabéis qué?, veo en esto la mano de una mujer -continuó, dirigiéndose a los demás-; y es que hay pinceladas de una vulgaridad en la que un hombre no cae (no puede, su estructura misma se lo impide), aunque sea el mayor canalla del mundo. Pero por favor no dude de que yo he sostenido que esa mujer no es usted.

-Habla usted de una manera... Pero si yo no sé redactar -dijo Francie.

-¡Pobre chiquilla, cuando se te conoce como te conozco yo...! -murmuró madame de Brécourt, rodeándola con el brazo.

-Hay una dama que le ayuda... Me lo dijo el señor Flack -continuó Francie-. Es una dama literaria..., aquí en París... Escribe lo que él le cuenta. Creo que se llama señorita Topping, pero se hace llamar Florine..., o Dorine -añadió Francie.

-¡Señorita Dosson, es usted de lo que no hay! -exclamó Marguerite de Cliché, emitiendo un largo plañido de dolor que concluyó con una risa incongruente-. ¡Así que habéis sido tres! -prosiguió-. ¡Eso explica tamaña perfección!

Francie volvió a soltarse de madame de Brécourt y se dirigió hacia el señor Probert, que estaba de pie mirando al fuego, de espaldas a ella.

-Señor Probert, lamento mucho que lo que he hecho le haya afligido; no tenía la menor idea de que se sentirían todos tan mal. No era mi intención perjudicar a nadie. Pense que habría de gustarles.

El anciano se giró un poco, mirándola intensamente pero sin cogerle la mano como había esperado Francie; por lo general, cuando se veían la besaba. No parecía enfadado pero sí muy enfermo. De los demás salió un extraño sonido inarticulado, una suerte de exclamación de asombro y regocijo, cuando dijo que pensaba que habría de gustarles; y a

decir verdad la pobre Francie distaba mucho de poder juzgar el efecto cómico de su discurso.

-¿Gustarnos..., *gustarnos?* -dijo el señor Probert, mirándola como si le tuviese un poco de miedo.

-¿Qué estás diciendo? ¡Lo admite! ¡Lo admite! -gritó madame de Cliché a su hermana-. ¿Lo organizasteis todo aquel día del Bois..., para castigarme por haber intentado separaros? -prosiguió dirigiéndose a la muchacha, que se había quedado mirando lastimeramente al anciano.

-No sé lo que ha publicado... No lo he visto... No entiendo nada. Pensaba que sólo iba a ser un artículo sobre mí.

-«¡Sobre mí!» -repitió en inglés madame de Cliché-. *Elle est divine!* -se dio la vuelta alzando los hombros y las manos, y después los dejó caer.

Madame de Brécourt había cogido el periódico; lo enrolló, diciéndole a Francie que tenía que llevárselo a casa, llevárselo inmediatamente...; entonces entendería. Era como si sólo quisiera sacarla de la habitación. Pero el señor Probert la tenía clavada con sus ojos enfermos.

-¿Dio usted información? ¿Deseaba hacerlo?

-Bueno, yo no lo deseaba, pero el señor Flack sí.

-¿Por qué conoce a semejantes rufianes? ¿Dónde estaba su padre? -gimió el anciano.

-Pensé que se limitaría a elogiar mi retrato y a complacer al señor Waterlow -continuó Francie-. Pensé que se limitaría a hablar de mi compromiso y a dar un pequeño informe; en América habría muchísima gente interesada.

-Muchísima gente en América...; precisamente eso es lo espantoso, querida -dijo madame de Brécourt, afablemente-. *Voyons,* métetelo en el manguito y dinos qué te parece -añadió, sin dejar de tenderle bruscamente el escandaloso diario.

Pero Francie hizo caso omiso de él; apartó la mirada del señor Probert e hizo un recorrido por los demás.

-Le dije a Gaston que seguro que hacía algo que no les gustaría.

-¡Bueno, pues ahora sí que se lo creerá! -exclamó madame de Cliché.

-Pobrecita, ¿crees que por eso se lo va a tomar mejor? -preguntó madame de Brécourt.

Francie fijó los ojos en ella por un instante.

-Lo verá allí... Ya lo habrá visto.

-Ay, querida, tendrás noticias suyas. ¡No temas! -se rió madame de Cliché.

-¿Fue *él* quien les envió el periódico? -preguntó la muchacha al señor Probert.

-La dirección no estaba escrita de su puño y letra -dijo monsieur de Brécourt-. Había un timbre en el lateral... Venía de la oficina.

-El señor Flack, ¿es ése su odioso nombre?, ha debido de encargarse -sugirió madame de Brécourt.

-O tal vez Florine -terció madame de Cliché-. Me gustaría agarrar a esa Florine.

-¡Sí que se lo dije..., se lo dije! -repitió Francie, con su inocente rostro, aludiendo a su afirmación de hacía un momento y hablando como si pensara que esta circunstancia rebajaba la ofensa.

-También yo..., ¡todos se lo dijimos! -dijo madame de Cliché.

-¿Y él va a sufrir... como sufre usted? -continuó Francie, apelando al señor Probert.

-¿Sufrir, sufrir? ¡Se morirá! -gritó el anciano-. Sin embargo, no voy a hablar por él; él mismo se lo dirá cuando regrese.

-¿Se morirá? -preguntó Francie, con los ojos abiertos de par en par.

-Jamás regresará... ¿Cómo iba a dejarse ver? -dijo madame de Cliché.

-Eso no es cierto... ¡Volverá para apoyarme! -prorrumpió la muchacha.

-¿Cómo no se dio usted cuenta de que somos los últimos..., los ultimísimos? -preguntó el señor Probert, muy suavemente-. ¿Cómo no se dio cuenta de que mi hijo era el último...?

-*C'est un sens qui lui manque* [14] -comentó madame de Cliché.

-Deja que se marche, papá... Por favor, deja que se marche a casa -suplicó madame de Brécourt.

-Desde luego. Ése es el único lugar donde le corresponde estar hoy -continuó la hermana mayor.

-Sí, hija mía..., no deberías estar aquí. Tu padre..., él debería entender -dijo el señor Probert.

-¡Por el amor de Dios, no mandéis a buscarle! ¡Que termine todo! -exclamó madame de Cliché.

Francie la miró; luego dijo:

-Adiós, señor Probert... Adiós, Susan.

-Ofrécele el brazo... Acompáñala al carruaje -oyó que le decía madame de Brécourt a su marido. Apenas supo cómo llegó hasta la puerta; sólo fue consciente de que Susan la abrazaba una vez más lo suficiente para besarla. La pobre Susan quería consolarla; esto demostraba (sintiéndose como se sentía) lo mal que pensaba que aún habrían de desarrollarse las cosas. Irían mal porque Gaston.... Francie no completó el pensamiento, pero sólo tenía a Gaston en la cabeza mientras se apresuraba hacia el carruaje. Monsieur de Brécourt iba a su lado; Francie se negaba a cogerle del brazo. Pero él le abrió la puerta, y al subirse le oyó murmurar extrañamente:

-¡Es usted encantadora, mademoiselle..., encantadora, encantadora!

XII

No había estado mucho tiempo ausente y cuando volvió al salón familiar del hotel se encontró a su padre y a su hermana, sentados allí los dos como si estuviesen cronometrándola, presas de la curiosidad y la incertidumbre. El señor Dosson, sin embargo, no daba muestras de impaciencia; se limitó a mirarla en silencio a través del humo de su cigarro (profanaba el esplendor del satén rojo con continuas humaradas) cuando irrumpió en la habitación. No hay palabra que exprese como ésta que he usado el carácter delator de la entrada de Francie. Se abalanzó hacia una de las mesas soltando bruscamente el manguito y los guantes, y al siguiente instante Delia, que se había levantado de un salto al verla entrar, la había abrazado y la miraba a la cara con ojos penetrantes, diciéndole:

-Francie Dosson: *¿qué* te ha pasado? -al principio Francie no dijo nada, limitándose a cerrar los ojos y a dejar que su hermana hiciese con ella lo que quisiera-. Ha estado llorando, padre; ha estado *llorando* -prosiguió Delia, llevándola a rastras al sofá y prácticamente zarandeándola mientras continuaba-: ¡Haz el favor de decírmelo! ¡Casi me

[14] Es un sentido que le falta.

vuelvo loca! ¡Sí que has estado llorando, condenada...! -afirmó, besándola en los ojos. Con esta compasiva presión estos se abrieron, y Francie los posó, hermosamente afligidos, sobre su padre, que se había levantado y estaba de espaldas al fuego.

-Vaya, hija mía -dijo el señor Dosson-, tienes todo el aspecto de haber pasado un mal trago.

-Os dije que habría de hacerlo... ¡Os lo dije, os lo dije! -estalló Francie, con voz temblorosa-. ¡Y ya ha ocurrido!

-No estarás diciendo que has *hecho* algo, ¿no? -exclamó Delia, muy pálida.

-Todo ha terminado... ¡Todo ha terminado! -prosiguió Francie, dirigiendo los ojos a su hermana.

-¿Estás loca, Francie? -preguntó la joven-. Desde luego, parece como si lo estuvieras.

-¿No te vas a casar, hija? -preguntó el señor Dosson con tono benévolo, acercándose más a ella.

Francie se puso en pie de un salto, desprendiéndose de su hermana, y le rodeó con los brazos.

-¿Me vas a sacar de aquí, padre...?, ¿me vas sacar ahora mismo?

-Por supuesto que sí, preciosa mía. Te llevaré a donde tú quieras. Yo no quiero nada... ¡No fue idea *mía! -y* el señor Dosson y Delia se miraron mientras la muchacha apretaba el rostro contra su hombro.

-Jamás había oído tamaña estupidez... ¡No puedes portarte así! ¿Se ha prometido a otra persona..., en América? -quiso saber Delia.

-En fin, si se ha acabado, se ha acabado. Supongo que no pasa nada -dijo el señor Dosson, besando a su hija menor-. Volveré o seguiré adelante. Iré a donde tú quieras.

-¡No permitirás que se insulte a tus hijas, espero! -gritó Delia-. Si no me cuentas en este mismo instante lo que ha ocurrido, iré derechita allí y me enteraré.

-¿Te *han* insultado, cielo mío? -preguntó el anciano inclinándose sobre la chica, que estaba apoyada en él sin más, ocultando el rostro y sin ruido de llanto.

Francie alzó la cabeza, volviéndose hacia su hermana.

-¿Alguna vez os he dicho algo distinto? ¿Alguna vez he llegado a creer en todo esto siquiera una hora seguida?

-Bien, de acuerdo, si lo has hecho adrede, para triunfar sobre mí, más vale que volvamos a casa, desde luego. Pero creo que harías mejor en esperar a que venga Gaston.

-Será peor cuando venga..., si piensa lo mismo que ellos.

-¿Te *han* insultado? ¿Lo han hecho? -repitió el señor Dosson; el humo del cigarro, enroscándose en torno a la pregunta, le daba cierto aire de estar planteándola con placidez.

-Creen que yo les he insultado a ellos... Están fatal... Están medio muertos. El señor Flack lo ha sacado en el periódico, todo, no sé de qué se trata, y les parece aterrador. Estaban ahí todos juntos..., todos contra mí a la vez, quejándose y dale que dale. Nunca he visto a gente tan afectada.

Delia la escuchaba perpleja, mirándola fijamente.

-¿Tan afectada?

-Ah, sí, afectados sí que son -dijo el señor Dosson.

-Esto es demasiado sincero..., demasiado terrible; no lo entendéis. Todo está ahí publicado..., que son inmorales, y todo lo referente a ellos; todo lo que es privado y espantoso.

-¿O sea, inmoral? -preguntó el señor Dosson.

-Y también sobre mí, y sobre Gaston y mi matrimonio, y sobre todo tipo de personajes, y todos los nombres, y madame de Villepreux, y todo. Todo está ahí publicado y lo han leído. Dice que una de ellas roba.

-¿Serías tan amable de decirme de qué estás hablando? -quiso saber Delia, con tono severo-. ¿Dónde está publicado y qué tenemos que ver nosotros con ello?

-Alguien lo envió. Y yo se lo conté al señor Flack.

-¿Te refieres a su periódico? ¡Ay, maldito bestia! –gritó Delia con pasión.

-¿Tanto les importa lo que ven en los periódicos? -preguntó el señor Dosson-. Supongo que no han visto las cosas que yo he visto. ¡Vaya, de mí decían unas cosas...!

-Bueno, esto *también* es sobre nosotros, es sobre todos. Piensan que es lo mismo que si lo hubiera escrito yo.

-Bueno, ya sabes que la capacidad sí que la tienes -dijo el señor Dosson, sonriendo a su hija.

-¿Te refieres a aquel artículo sobre tu retrato..., del que me hablaste cuando volviste con él a verlo? -preguntó Delia.

-No sé qué artículo es; no lo he visto.

-¿No lo has visto? ¿No te lo han enseñado?

-Sí, pero no pude leerlo. Madame de Brécourt quería que me lo llevase..., pero lo dejé allí.

-En fin, típico de ti..., igual que el reguero de Tauchnitzes que vas dejando a nuestro paso. No me quedo sin verlo -dijo Delia-. ¿No ha llegado, acaso no llega siempre?

-Me temo que el último no ha llegado..., a no ser que esté por aquí en algún sitio -dijo el señor Dosson.

-Padre, sal y hazte con uno; ¡puedes comprarlo en el bulevar! -continuó Delia-. Francie, ¿*qué* creías que le estabas diciendo?

-No sé; sólo estaba conversando; parecía que le interesaba mucho.

-¡Anda que no es artero! -gruñó Delia.

-Bueno, si la gente es inmoral uno no puede evitar que salga en los periódicos..., y no sé si hay que querer evitarlo -observó el señor Dosson-. Si lo son, me alegro de saberlo, cariñín -y lanzó una mirada a su hija menor con la evidente intención de manifestar que en tal caso él sabría qué hacer.

Pero Francie miraba a su hermana como si toda su atención se concentrase en ella.

-¿«Artero»? ¿Qué quieres decir?

-¡Vaya, el condenado quería romperlo!

Francie le clavó la mirada; después, un rubor más intenso le subió al rostro, que ofrecía ya cierto aspecto febril. -¿Romper mi compromiso?

-Sí, exactamente eso. Pero que me aspen si lo consigue. Padre, ¿vas a permitirlo?

-¿Permitir, qué?

-La vil intromisión del señor Flack, claro está. Supongo que no irás a permitirle que haga lo que le plazca con nosotros, ¿verdad?

-¡Todo ha terminado, todo ha terminado! -dijo Francie.

De pronto los ojos se le habían vuelto a llenar de lágrimas.

-Bueno, es tan listo que a decir verdad es probable que sea demasiado listo -dijo el señor Dosson-. Pero ¿qué querían que hicieras al respecto? Eso me gustaría saber a mí.

-Querían que dijese que no sabía nada al respecto..., pero no pude.

-Pero no lo sabías y no lo sabes... ¡Si ni siquiera lo has leído! -repuso Delia.

-¿Dónde *está* esa maldita cosa? -preguntó su padre, mirando desesperadamente a su alrededor.

-En el bulevar, en el primer quiosco que te encuentras al salir. Lo tiene esa vieja, esa que habla inglés, siempre lo tiene. Anda, ve y hazte con uno, *¡anda! -y* Delia le empujó *y* le buscó el sombrero.

-¡Sabía que quería publicar algo y no puedo decir que no lo sabía! -dijo Francie-. Pensé que elogiaría mi retrato y que al señor Waterlow le gustaría, y a Gaston y a todo el mundo. Y me habló del periódico... Siempre lo hace y siempre lo ha hecho..., y no vi ningún mal en ello. Pero hasta el mero hecho de que le conozca... les parece vil.

-¡Faltaría más que no pudiésemos conocer a quien se nos antoje! -afirmó Delia, saltando en su confusión y su alarma de un punto de vista a otro.

El señor Dosson se había puesto el sombrero: iba a salir a por el periódico.

-Vaya, pero si el año pasado nos dio la vida -dijo. -¡Bueno, pues parece que ahora nos ha matado! -gritó Delia.

-En fin, no hay que abandonar a los viejos amigos -dijo el señor Dosson, con la mano en la puerta-. Y no hay que desdecirse de nada.

-¡Dios mío, cuánto alboroto por un periodicucho! -siguió Delia, en su exasperación-. Además, debe de ser de hace un par de semanas. ¿Es que nunca habían visto un periódico de ecos de sociedad?

-No pueden haber visto demasiadas cosas -dijo el señor Dosson. Hizo una pausa, con la mano todavía en la puerta-. No te preocupes... Gaston lo arreglará.

-¿Gaston? ¡Esto a Gaston lo mata!

-¿Eso dicen ellos? -quiso saber Delia.

-Gaston jamás volverá a mirarme.

-Bueno, pues entonces tendrá que mirarme *a mí* -dijo el señor Dosson.

-Entonces ¿crees que te abandonará? ¿Tan abyecto va a ser? -continuó Delia.

-Dicen que es precisamente él quien más lo va a sentir. Pero soy yo la que más lo siente -dijo Francie, con una extraña sonrisa.

-Te están atiborrando a mentiras... porque *a ellos* no les hace ninguna gracia. Él será tierno y fiel -respondió Delia.

-¿Mientras *ellos* me odian? jamás! -y Francie sacudió la cabeza despacio, todavía con su conmovedora sonrisa-. Eso era lo que más le importaba: conseguir que yo les gustase.

-¿Y acaso no es un caballero, quisiera yo saber? -preguntó Delia.

-Sí, y por eso no me casaré con él..., si le he hecho daño.

-¡Bah! Habrá visto cómo son allí los periódicos. Tú espera a que vuelva -le encareció el señor Dosson, saliendo de la habitación.

Las muchachas se quedaron allí juntas y al cabo de un momento Delia exclamó:

-Bueno, tendrá que arreglarlo: eso te lo digo ya.

-¿Quién tiene que arreglarlo?

-El villano ese, claro. Tiene que publicar otro artículo diciendo que todo es falso o que todo es un error.

-Sí, eso, más vale que le obligues -dijo Francie riendo débilmente-. Más vale que vayas a por él..., a Niza.

-¿No me estarás diciendo que se ha ido a Niza?

-¿Acaso no dijo que se iría allí tan pronto como regresase de Londres..., que iba

directamente, sin detenerse?

-No tenía noticia -dijo Delia. Acto seguido añadió-: ¡Cobarde!

-¿Por qué dices eso? No se puede esconder en Niza... Allí le pueden encontrar.

-¿Van a ir a por él?

-Quieren pegarle un tiro..., apuñalarle, no sé..., aquellos hombres.

-Bueno, ojalá lo hicieran -dijo Delia.

-Mejor sería que me disparasen a mí. Yo le defenderé. Le protegeré -siguió Francie.

-¿Cómo puedes protegerle? Jamás volverás a hablar con él.

Francie permaneció un momento en silencio.

-Le puedo proteger sin hablar con él. Puedo decir la pura verdad: que no publicó ni una sola palabra que yo no le hubiese dicho.

-Eso no puede ser. Lo amañó. Siempre lo hacen, en los periódicos. Bueno, pues ahora tiene que sacar un artículo ensalzándolos..., poniéndolos por las nubes: ¡eso es lo que tiene que hacer! -declaró Delia con decisión.

-¿Ensalzándolos? Eso lo odiarían aún más -repuso Francie, pensativamente.

Delia la miró.

-¿Qué demonios quieren entonces?

Francie se había hundido en el sofá; tenía los ojos clavados en la alfombra. No dio ninguna respuesta a la pregunta de su hermana, pero al poco rato dijo:

-Lo mejor sería que nos fuésemos mañana, lo más temprano posible.

-¿Irnos adónde? ¿A Niza?

-No me importa adonde. A cualquier sitio, para salir de aquí.

-¿Antes de que venga Gaston? ¿Sin verle?

-No le quiero ver. Hace nada, cuando estaban todos despotricando y echando pestes contra mí, deseaba que estuviese allí...; eso fue lo que les dije. Pero ahora pienso de otro modo... Jamás podré volver a verle.

-Tú no estás en tus cabales, ¿verdad? -gritó Delia.

-No le puedo decir que no fui yo... No puedo, ¡no puedo! -prosiguió la menor de las muchachas.

Delia se plantó delante de ella.

-Francie Dosson, si vas a decirle que has hecho algo malo más vale que te detengas antes de empezar. ¿No has oído lo que ha dicho papá?

-La verdad es que no -replicó lánguidamente Francie.

-«No hay que abandonar a los viejos amigos...; no hay nada en el mundo tan mezquino.» Y bien, ¿acaso no es Gaston Probert un viejo amigo?

-Será muy sencillo... Él me abandonará a mí.

-Entonces será un vulgar canalla.

-En absoluto: me abandonará de la misma manera que me eligió. Jamás me habría pedido que me casara con él de no haber sido capaz de conseguir que *ellos* me aceptasen: para él son las mil maravillas. Si ahora me dejan, él hará exactamente lo mismo. Tendrá que escoger entre nosotros, y llegados a ese punto jamás me escogerá a mí.

-Jamás escogerá al señor Flack, si es que te refieres a eso; ¡si te vas a identificar tanto con él...!

-¡Ah, ojalá el señor Flack no hubiera nacido! -y de pronto, Francie se estremeció. Entonces añadió que estaba enferma; se iba a la cama, y su hermana la llevó a su habitación.

Aquella tarde, sentado junto a la cama de Francie, el señor Dosson leyó a sus dos hijas, en el ejemplar de *El Eco* que había adquirido en el bulevar, el espantoso artículo. Sorprende el hecho de que a la familia le decepcionase bastante el texto, en el que su curiosidad halló menos recompensa de la esperada, su resentimiento contra el señor Flack menos estímulo, su esfuerzo imaginativo para adoptar el punto de vista de los Probert menos apoyo y su aceptación de que los inocentes comentarios de Francie eran un incidente natural de la vida cotidiana menos motivos para reconsiderarla. La epístola desde París resultaba vivaz, «dicharachera», incluso brillante, y en lo que respecta a las personalizaciones en ella contenidas el señor Dosson quería saber si acaso aquí no estaban al tanto de los cargos que a diario se presentaban contra los hombres más importantes de Boston. «Si el artículo dijese algo semejante entonces podrían hablar», dijo; y echó otro vistazo a la efusión, con cierta sorpresa al no encontrar en ella ninguna imputación de malversación de fondos. Para Delia, el efecto de conocer el texto fue el desánimo, pues no veía exactamente qué había en él que hubiera que desdecir o aclarar. No obstante, se daba cuenta de que había algunos puntos que ellos tres no entendían, y sin duda eran éstos los pasajes escandalosos..., los que habían puesto así a los Probert. Pero ¿por qué se ponían así si otras personas no iban a entender las alusiones -eran peculiares, pero peculiarmente incomprensibles- más de lo que las entendía ella? La cuestión se le antojaba a Francie infinitamente menos escabrosa que la versión que daba madame de Brécourt, *y* la parte acerca de ella *y* su retrato parecía dar al asunto aún menos importancia que la que fácilmente podría haberle dado. Era breve, era una «chichirinada», y si acaso el señor Waterlow llegaba a ofenderse no sería porque hubieran publicado demasiado sobre él. Tenía claro, no obstante, que había un montón de cosas que *ella* no le había contado al señor Flack, así como muchísimas otras que sí: a lo mejor éstas eran las cosas que había añadido aquella señora -Florine o Dorine-, la que había mencionado en casa de madame de Brécourt.

A pesar de todo, aunque en el hotel la noticia de *El Eco* les causó menos impresión que la anunciada y aunque iba mucho menos plagada de cosas que explicasen la angustia de los Probert de lo que cabía haber temido, esto no menguaba el sentido de responsabilidad de la muchacha ni quitaba una pizca de gravedad al caso. Sólo mostraba lo susceptibles y esquilimosos que eran los Probert y por consiguiente lo difícil que les era perdonar. Francie hizo otra reflexión más mientras seguía echada; y es que Delia la hizo guardar cama durante casi tres días, pensando que en todo caso ésta era, por el momento, una respuesta eficaz al deseo que había expresado de que abandonasen París. Tal vez ellos tres se habían vuelto toscos e insensibles, se dijo Francie para sus adentros; tal vez habían leído tantos artículos como ése que habían perdido la delicadeza, el sentido de ciertas diferencias y convenciones. Entonces, harto débil, distraída y pasiva como estaba, en la habitación en penumbra, en la suave cama parisina y con Delia tratándola en todo lo posible como a una enferma, pensó en las epístolas animadas y parleras que siempre habían visto en los periódicos y se preguntó si *todas* ellas significaban una profanación de cosas sagradas, una convulsión de hogares, un escozor de rostros abofeteados, rupturas de compromisos de muchachas. Debo añadir que veía una agradable negativa en el hecho de que su padre y su hermana no adoptasen una perspectiva extenuante ante su responsabilidad o ante la de sí mismos: ni le mencionaban el asunto como si fuera un crimen ni la hacían sentirse peor revoloteando a su alrededor en tácita desaprobación. Había en su padre una indefensión placentera y alegre en relación con todo esto, al igual

que en relación con todo lo demás. No podían hablar sobre semejante asunto más de lo que lo habían hecho en otros casos, puesto que no hacía falta nada para ilustrar que para estos espíritus francos los periódicos y todo lo que contenían formaban parte de la fatalidad general de las cosas, de la recurrente novedad del universo; salían como el sol por la mañana o las estrellas por la noche. Lo que más preocupaba a Francie mientras Delia le hacía guardar cama era la aprensión a lo que pudiese hacer su padre: pero no era un temor a lo que pudiese hacerle al señor Flack. Quizá se pasase a ver al señor Probert o a madame de Brécourt para regañarlos por habérselo hecho pasar tan mal a «su polluela». A decir verdad, casi nunca le había visto regañar a nadie por nada; pero, por otra parte, ni a ella ni a Delia les había ocurrido nunca nada semejante. Se habían hecho llorar la una a la otra un par de veces pero nadie más lo había hecho, y nadie había estallado así con ellas ni las había dejado medio muertas de miedo. Francie no quería que su padre se pasase a verlos; tenía la sensación de que, de algún modo, ese tipo de gente contaba para cualquier discusión con recursos de censura y superioridad que él era incapaz de dominar. Quería que no se hiciera nada y que no hubiera ninguna comunicación: tan sólo un silencio orgulloso, sin altercados, por parte de los Dosson. Si los Probert armaban un alboroto y ellos no, serían ellos los que mejor quedarían. Además, ahora, cada día que pasaba sentía que sí deseaba ver a Gaston en relación con este asunto. Su deseo era esperar, contando las horas, sencillamente para poder explicarlo diciendo dos o tres cosas. Tal vez estas cosas no mejorasen la situación: era muy probable que no; pero, en cualquier caso, mientras tanto no se habría hecho nada, al menos por su parte o por la de su padre y la de Delia, para empeorarla. Le dijo a su padre que no quería que fuese a verlos, y hasta cierto punto le alivió percibir que él no parecía tener muy claro qué le estaba permitido decir a los Probert. No estaba asustado pero era poco explícito. Su sensación respecto a casi todo lo que les había ocurrido como familia desde hacía bastante tiempo era que no había precedentes, y los precedentes estaban ahora especialmente ausentes, puesto que era la primera vez que veía a un montón de personas furiosas por un artículo de periódico. Delia también la tranquilizó; dijo que se encargaría de que su padre no saliese corriendo. De hecho, Delia la informó de que su padre no tenía la menor duda de que Gaston, en pocos días, los reñiría mucho más de lo que ellos la habían reñido a ella, y de que se arrepentía mucho de haberla dejado ir a casa de madame de Brécourt en respuesta a semejante citación. Era a ésta y al resto a quienes correspondía acudir a Francie y a él, y si tenían algo práctico que decir ya vendrían como un solo hombre. Si el señor Dosson pensaba que su hija había sido maltratada, el consuelo que siempre da la diversión lo sacaba en parte de la recurrente imagen cómica de los Probert como «un solo hombre». Si eran consecuentes con su carácter o con su agravio se desplazarían *en masse* al hotel, *y* el señor Dosson pasaba allí mucho tiempo, como si los estuviese esperando. Delia le confesó a su hermana que esta imagen los animaba cuando se quedaban los dos sentados en el salón rojo, mientras Francie seguía en cama. Evidentemente, esto no llenaba de júbilo a la muchacha, y ahora ni siquiera le buscaba al asunto un lado más alegre. Apenas notaba nada más que el dolorcillo punzante de su incertidumbre, su presentimiento del horror de Gaston, que no dejaba de crecer. En cierta ocasión Delia le comentó que allí habría visto montones de periódicos de sociedad, que se habría familiarizado con ellos; pero a la muchacha esto sólo le sugirió (por vez primera tenía extraños momentos de razonamiento rápido) que en realidad eso sólo le prepararía para sentirse indignado, no indiferente. Su indignación sería la cosa más fría que había

conocido hasta entonces, y completaría su conocimiento de Gaston: la llevaría a entenderle correctamente por vez primera. Sencillamente, se enfrentaría a Gaston el menor rato posible; pondría punto final al asunto, liquidaría el episodio y todo habría terminado.

Gaston no escribió; eso lo demostraba de antemano; habían llegado ya dos o tres correos sin una carta suya. Seguro que había visto el periódico en Boston o en Nueva York y le había dejado sin habla. Vale que Delia dijese que, naturalmente, no iba a escribir si estaba en el mar: ¿cómo iban a recibir sus cartas aun en el caso de que lo hiciera? Había tenido tiempo antes, antes de zarpar; pero Delia alegaba que nadie escribía en el último momento. La gente estaba demasiado ajetreada y de todos modos iba a ver a sus corresponsales al cabo de unos cuantos días. Las únicas misivas que le llegaron a Francie fueron una copia de *El Eco,* dirigida con el puño y letra del señor Flack y con una gran mancha de tinta en el margen de la fatal epístola, y una larga nota de madame de Brécourt, recibida cuarenta y ocho horas después del numerito de su casa. Esta señora se expresaba como sigue:

Mi querida Francie,

Me sentí muy mal después de que te fueras ayer por la mañana, y estuve veinte veces a punto de ir a verte. Pero lo hemos discutido concienzudamente y nos parece que no tenemos derecho a dar un paso semejante hasta que llegue Gaston. La situación no es exclusivamente nuestra sino que también le incumbe a él, y pensamos que debemos comunicársela de la manera más simple y concisa posible. Por tanto, según lo entendemos, más vale no tocarlo (es un asunto tan delicado..., ¿verdad, pobrecita mía?) sino dejarlo como está. Opinan que incluso me excedo en mis atribuciones al escribirte estas sencillas líneas, y que, una vez que tu participación ha sido *constatée* (ésta fue la única ventaja de aquella espantosa escena), *todo* debería terminar. Pero te he tenido aprecio, Francie, he creído en ti, y no quiero que puedas decir que a pesar de la desgracia que nos has acarreado no te he tratado con cariño. ¡Es, verdaderamente, una desgracia, mi pobre e inocente, pero desastrosa, amiguita! Ya estamos oyendo hablar más del asunto: los horribles periódicos republicanos de aquí ya se han apoderado de la incalificable hoja *(tenemos conocimiento de esto) y* se están preparando para reproducir el artículo; esto es, aquellas partes que puedan sacar (con indirectas *y sous-entendus* para completar el resto) sin exponerse a una demanda por difamación. La pobre Léonie de Villepreux ha estado constantemente con nosotros y Jeanne y su marido han telegrafiado diciendo que los esperemos para pasado mañana. Están, a todas luces, inmensamente *émotionnés,* pues casi nunca telegrafian. Desean recibir a Gaston. De todo modos, hemos acordado ser *profundamente* discretos, y seguro que él será de esta misma opinión. Alphonse y Maxime reconocen ahora que es mejor dejar en paz al señor Flack, por difícil que resulte no ponerle las manos encima. ¿Tienes algo que *lui faire dire...* a mi adorado hermano, cuando llegue? Pero es ridículo por mi parte preguntarte esto, porque mejor sería que no respondieras. Sin duda, tendrás la oportunidad de decirle... ¡lo que *puedas* decirle, querida Francie! Importará relativamente poco que tal vez nunca puedas decírselo a tu amiga (con todas las salvedades),

SUSANNE DE BRÉCOURT

Francie miró la carta y la tiró sin leerla. Delia la recogió, se la leyó a su padre, que no la entendió, y se quedó con ella, escudriñándola igual que el señor Flack la había visto escudriñar las tarjetas que llegaban en su ausencia o los registros de viajeros americanos. Tenían noticias de la llegada de Gaston porque había telegrafiado desde El Havre (regresaba con la compañía francesa), y mencionaba la hora -«sobre la hora de cenar»- a la que llegaría a París. Delia, después de cenar, hizo que su padre la llevase al circo con el fin de dejar a Francie a solas para recibir a su prometido, que seguro que se apresuraría a venir en el curso de la tarde. A su vez, la muchacha no expresó ninguna preferencia sobre este punto, y la idea era una de esas ideas magistrales de Delia, uno de sus fogonazos de inspiración. Nunca tenía la menor dificultad para imponer semejantes concepciones a su padre. Pero a las diez y media, cuando volvieron, el joven no había aparecido, y Francie sólo se quedó el tiempo suficiente para decir: « ¡Os lo dije! » con el rostro muy pálido, y se retiró a su habitación con una vela. Se encerró y su hermana no pudo acceder a ella aquella noche. Fue otra de las inspiraciones de Delia no intentarlo, después de ver que la puerta estaba cerrada a cal y canto. Desistió, aplicando una gran discreción, pero en las horas que siguieron no pegó ojo. Aun así, a la mañana siguiente temprano, a las diez, tenía ya la energía necesaria para arrastrar a su padre al club de los banqueros y retenerle allí dos horas. Ahora sería impensable que Gaston no apareciese antes del *déjeuner*. Sí que apareció; a eso de las once entró y se encontró a Francie sola. Francie percibió, de una manera extraña, que estaba muy pálido, a la vez que quemado por el sol; y que ni por un instante sonrió. Cierto es que tampoco en el rostro de Francie había el menor esbozo de una sonrisa brillante, y fue el más singular, el más antinatural de los encuentros. Al entrar en la habitación dijo:

-No pude venir anoche; lo hicieron imposible; estaban todos allí y nos quedamos hasta las tres de la mañana -tenía aspecto de haber sufrido cosas terribles, y no se trataba solamente de la tensión de atender a tantos negocios en América. Lo que pasó a continuación Francie no pudo recordarlo después; parecía que sólo habían transcurrido unos segundos antes de que le dijera, lentamente, cogiéndole la mano (antes había puesto en silencio sus labios sobre los de ella) ¿Es cierto, Francie, eso que dicen *(¡y* lo juran!) : que *tú* le contaste a ese sinvergüenza esos horrores..., que esa infame epístola no es sino un informe de *tu* conversación?

-Se lo conté todo... ¡He sido yo, yo, *yo!* -replicó la muchacha, exaltada, sin fingir la menor duda ante lo que pudiera querer decir Gaston.

Gaston la miró con ojos profundos; después se dirigió directamente a la ventana y allí se quedó, en silencio. Francie no dijo más. Al fin, el joven prosiguió:

-¡Y yo que les insistía en que no había una delicadeza natural como la tuya!

-¡Bueno, jamás tendrás que volver a insistir en nada! -gritó ella. Y con esto salió corriendo de la habitación por la puerta más cercana. Cuando volvieron Delia y el señor Dosson, el salón rojo estaba vacío y Francie estaba de nuevo encerrada en su habitación. Pero esta vez su hermana entró por la fuerza.

XIII

El señor Dosson, como sabemos, era meditabundo, y las actuales circunstancias no podían sino contribuir a esa faceta de su naturaleza, sobre todo porque, al menos en lo que respecta a la observación de sus hijas, no le habían impulsado a una actividad incontrolable. Pero lo cierto es que la intensidad, o más bien la constancia, de sus meditaciones sí que dio lugar a un acto que a las jóvenes les pasó desapercibido, a pesar de que sus consecuencias quedaron en seguida bastante claras. Mientras esperaba a que llegasen los Probert en falange y observaba que no lo hacían, tuvo tiempo sobrado para hacerse -y asimismo para hacerle a Delia- preguntas sobre el señor Flack. Siempre y cuando estuviesen dirigidas a su hija obtenían pronta respuesta, pues desde el inicio Delia había estado dispuesta, como hemos visto, a pronunciarse sobre la conducta del joven periodista. Su opinión era cada vez más precisa; había, no obstante, una diferencia en cuanto al curso de acción que a su juicio exigía esta opinión. Al principio consistía en soltarle un rapapolvo por el embrollo en que los había metido (por infructuoso que pudiera ser esto, y vana la satisfacción); había que propinarle el más duro castigo que pudiese infligir la conciencia de la confianza ultrajada. Ahora, simplemente había que abandonarle, cortar con él, dejarle solo hasta la muerte: la muchacha pronto se dio cuenta de que éste era un modo mucho más distinguido de manifestar su desagrado. Así era como lo describía en sus frecuentes conversaciones con su padre, si es que cabe llamar conversación a que él fumara serenamente mientras ella se dedicaba a exponer argumentos que combinaban variedad y repetición. Una misma causa produce consecuencias de lo más diversas: de acuerdo con esta verdad, la catástrofe que llevaba a Delia a expresar libremente su esperanza de no volver a verle jamás al señor Flack ni la punta de la nariz tuvo justo el efecto contrario sobre su padre. Lo único que en realidad quería hacer éste ahora era recorrer con la mirada la persona entera de su joven amigo: tenía la impresión de que con toda seguridad eso le haría sentirse mejor. De haber habido una discusión al respecto la chica se habría mantenido firme, ya que tenía la ventaja de que podía explicar sus razones, mientras que su padre no podría haber traducido las suyas a palabras. Delia había aireado su más profunda convicción cuando le dijo a Francie que el corresponsal de *El Eco* les había hecho la jugarreta adrede para ponerlos en tal aprieto con los Probert que sus propias esperanzas pudiesen florecer de nuevo al abrigo del desastre. Aunque presentaba todos los visos de una interpretación forzada, no por ello dejaba Delia de referírsela a su padre varias veces cada hora. Poco importaba que él comentase, a modo de respuesta, que no veía qué podía sacar el señor Flack de que Francie -y él y Delia, a su entender- se disgustase con él: ajuicio del señor Dosson era una manera rarísima de razonar. Delia sostenía que ella lo entendía perfectamente, aunque no pudiese explicarlo..., y en cualquier caso no quería que ese personaje manipulador volviese de Niza como una bala. No quería que supiera que había habido un escándalo, que estaban resentidos con él, que alguien había siquiera llegado a enterarse de su artículo o se preocupaba por lo que publicaba o dejaba de publicar: por encima de todo, no quería que supiera que los Probert se habían distanciado. Mezclada con este rigor de la señorita Dosson estaba su extraña autocomplacencia secreta cuando reflexionaba que, a consecuencia de lo que había publicado el señor Flack, la gran comunidad americana estaba en condiciones de saber con qué gente tan selecta se relacionaban Francie y ella. Esperaba que algunas de las personas que tenían por costumbre visitarlas justo cuando iban «a partir mañana» se tomasen a pecho la lección.

Mientras resplandecía con este consuelo, así como con el resentimiento que lo hacía necesario, su padre dirigió silenciosamente unas palabras, por carta, a George Flack. No era un mensaje de corte amenazador; expresaba, por el contrario, la relajada sociabilidad que era la esencia de la naturaleza del señor Dosson. Quería ver al señor Flack, hablar del asunto, y el deseo de pedirle cuentas no desempeñaría más que un pequeño papel en el encuentro. Para él era mucho más evidente que el resentimiento de los Probert era una especie de inesperada locura (tan poco se correspondía con su experiencia) que el que un reportero se hubiese portado mal intentando sacar un artículo atractivo. Como resulta que el reportero era la persona con quien más había confraternizado desde hacía mucho tiempo, ante el surgimiento de un nuevo problema se sintió impulsado hacia él, y por la razón que sea el señor Dosson no consideraba que le descalificase como fuente de consuelo el hecho de que fuese precisamente él la fuente del agravio. El agravio era una suerte de efluvio de esos locos que eran los Probert. Además, el señor Dosson no podía sentir aversión de un momento a otro hacia un hombre que se había fumado tantos cigarros suyos, que le había encargado tantas cenas y que tan fielmente le había ayudado a gastarse el dinero: actos como éstos creaban un lazo, y cuando había un lazo la gente lo estrechaba un poco en tiempos difíciles. Su carta a Niza era su pequeña manera de estrecharlo.

La mañana después de que Francie le volviese la espalda a Gaston y le dejase plantado en el salón (el joven se había quedado allí diez minutos para ver si volvía a aparecer, y después se había marchado del hotel), recibió con el primer correo una carta suya, escrita la tarde anterior. Expresaba su hondo pesar por su encuentro matutino, que había tenido un carácter tan doloroso, tan poco natural, así como la esperanza de que Francie no considerase, como parecía haber insinuado su extraña conducta, que tenía algo de qué quejarse. Él tenía demasiadas cosas que decir, y sobre todo demasiadas que preguntar, para consentir el aplazamiento indefinido de una cita necesaria. Había explicaciones, garantías *de part et dautre* [15], de las que era manifiestamente imposible que ninguno de los dos prescindiera. Proponía, por tanto, que le recibiera, y que no escatimase paciencia a tal efecto, la tarde siguiente. No proponía un momento más temprano porque estaba terriblemente ocupado en casa. Hablando con franqueza, allí la situación no podía ser peor. Jane y su marido acababan de llegar y le habían montado una escena violenta, inesperada. Dos periódicos franceses se habían hecho con el artículo y habían publicado los fragmentos más pérfidos. Su padre llevaba más de una semana sin salir de casa, sin poner el pie en un club. Marguerite y Maxime iban a partir inmediatamente hacia Inglaterra, para una estancia indefinida. Eran incapaces de enfrentarse a su vida en París. En cuanto a él, estaba en la brecha, luchando con ahínco y haciendo, en defensa de Francie, aseveraciones que le era imposible creer (a pesar de la espantosa y desafiante confesión que parecía haberle hecho por la mañana) que ella no fuese en la práctica a confirmar. Iría lo antes posible después de las nueve; el día siguiente, hasta esa hora, sería duro en la Cours de la Reine, y le rogaba que mientras tanto no dudase de su cariño incondicional. Lejos de que la aflicción lo hubiese menguado, hasta entonces jamás había tenido una sensación tan fuerte de que Francie contaba, en su afecto, con un tesoro de indulgencia al que recurrir.

Un par de horas después de que llegase esta carta Francie estaba acostada en uno de los sofás de satén con los ojos cerrados, estrujándola dentro de su bolsillo. Delia estaba

[15] Por ambas partes.

sentada cerca con una aguja entre los dedos, unos cuantos retales de seda y cinta en el regazo, varios alfileres en la boca y la atención constantemente dividida entre su labor y el rostro de su hermana. El clima era ahora tan primaveral que el señor Dosson podía sentarse en el patio, y en los últimos tiempos había reanudado esta costumbre, en la que cabe suponer que estaba enfrascado en estos momentos. Delia había bajado la aguja y estaba mirando a Francie, para ver si estaba dormida (llevaba un buen rato completamente quieta), cuando, al oír cómo se abría de un empujón, dirigió la mirada hacia la puerta. Ahí estaba el señor Flack, mirando ora a la una ora a la otra, como para comprobar cuál de las dos estaba más agradablemente sorprendida por su visita.

-He visto a su padre abajo... Dice que no pasa nada por que venga -dijo el reportero, avanzando y sonriendo-. Me dijo que subiera directamente... He tenido una buena charla con él.

-¿Que no pasa nada? *¿Que no pasa nada?* -repitió Delia Dosson, poniéndose en pie de un salto-. Sí, claro, no pasa nada -entonces se contuvo, preguntando con otro tono-: ¿Ah, sí? ¿Papá le ha dicho que suba? -y después, con otro distinto-: Qué, ¿se lo ha pasado bien en Niza?

-Mejor que vayan ustedes y la conozcan. Es una delicia. Si vienen, volveré inmediatamente -prosiguió el señor Flack. Hablaba con Delia pero miraba a Francie, que dio señales de no haber estado dormida por la rápida conciencia con que se incorporó en el sofá. Miró al visitante con labios entreabiertos, pero no dijo nada. Él vaciló un instante y después se acercó a ella, sonriendo, con la mano extendida. Sus ojos brillantes estaban más brillantes que nunca, pero, cosa extraña, parecían más pequeños, como puntos penetrantes.

-Su padre me lo ha contado todo. ¿Habían oído nunca algo tan ridículo?

-¿Todo acerca de qué? ¿Todo acerca de qué? -dijo Delia, cuyo intento de representar una feliz ignorancia parecía destinado a malograrse por culpa de una intrusión de furia. Tal vez consiguiera parecer ignorante, pero difícilmente conseguiría parecer feliz. Francie se había levantado y había permitido que el señor Flack se adueñase por un momento de su mano, pero ninguna de las muchachas le había pedido al joven que se sentase.

-¿No se iba a quedar un mes en Niza? -continuó Delia.

-Bueno, eso pensaba, pero la carta de su padre me puso en marcha.

-¿La carta de papá?

-Me escribió acerca de la riña..., ¿no lo sabía? Entonces cambié de planes. No supondrá que iba a quedarme allí abajo habiendo aquí semejante jarana.

-¡Válgame Dios! -exclamó Delia.

-¿Se está bien en Niza? ¿Está muy animado? ¿No hace mucho calor ahora? -preguntó Francie.

-Bah, no está mal. Pero no he venido aquí a hablar de Niza, ¿verdad?

-¿Por qué no, si nos apetece? -preguntó Delia.

El señor Flack la miró con dureza, en el blanco de los ojos; a continuación repuso, dirigiéndose de nuevo a su hermana:

-Lo que *usted* quiera, señorita Francie. Con usted, lo mismo da un tema que otro. ¿Podríamos sentarnos? ¿Podríamos ponernos cómodos? -añadió.

-¿Cómodos? ¡Por supuesto que sí! -exclamó Delia, pero siguió erguida mientras Francie se volvía a desplomar en el sofá y su acompañante se hacía con la silla más cercana.

-¿Recuerda lo que le dije una vez, que la gente habrá de recibir perlas cultivadas? -preguntó George Flack a la más joven de las muchachas.

Por un instante pareció como si Francie estuviera intentando recordar lo que le había dicho; entonces preguntó:

-¿*De verdad* que papá le escribió?

-Por supuesto que sí. Por eso estoy aquí.

-Pobre papá, ¡a veces no sabe *qué* hacer! -comentó Delia.

-Me dijo que *El Eco* ha causado furor. Eso ya lo había adivinado yo solito cuando vi cómo andaban tras él los periódicos de aquí. ¡Ese asunto va a circular, ya lo verán! Lo que me hizo volver fue enterarme por él de que han sacado las uñas.

-¿De qué demonios está hablando? -gritó Delia.

El señor Flack la miró a los ojos de la misma manera que hacía un momento; Francie estaba seria, con la mirada clavada en la alfombra.

-¿A qué juega, señorita Delia? A *usted* no le importa lo que escribí, ¿verdad que no? -prosiguió, dirigiéndose de nuevo a Francie.

Francie alzó los ojos.

-¿Lo escribió usted mismo?

-¿Ya ti qué te importa lo que ha escrito? ¿Qué le importa a nadie? -interrumpió Delia.

-Al periódico le ha beneficiado más que ninguna otra cosa... Todo el mundo está tan interesado... -dijo el señor Flack con tono de explicación razonable-. Y a usted no le parece que tenga nada de qué quejarse, ¿no? -añadió afablemente, dirigiéndose a Francie.

-¿Por habérselo contado, quiere decir?

-Vaya, pues claro. ¿Acaso no surgió todo de aquel delicioso paseo en coche y de la caminata que dimos por el Bois, cuando me llevó a ver su retrato? ¿Acaso no entendió que quería hacerle saber que el público agradecería una columna o dos sobre el nuevo cuadro del señor Waterlow, y sobre usted en tanto que tema del cuadro, y sobre su compromiso con un miembro del *grand monde, y* sobre lo que estaba ocurriendo en el *grand monde,* que, naturalmente, llamaría la atención gracias a eso? Vaya, señorita Francie, hablaba usted como si lo entendiera.

-¿Hablé muchísimo? -preguntó Francie.

-Vaya, con entera libertad... Fue sencillamente encantador. ¿No se acuerda de cuando nos sentamos allí, en el Bois?

-¡Bah, estupideces! -soltó Delia.

-Sí, y pasó madame de Cliché.

-Y usted me dijo que se había escandalizado. Ynos reímos... Nos pareció una necedad. Yo dije que era una actitud afectada y pretenciosa. Su padre me ha dicho que ahora se ha escandalizado, ella y el resto, de que sus nombres hayan salido en *El Eco.* No tengo la menor vacilación en afirmar que también eso es afectado y pretencioso. No es sincero... y si lo es, no pinta nada. Fingen que están escandalizados porque parece de buen tono, pero de hecho les encanta.

-¿Se refiere usted al artículo aquel del periódico? Dios mío, pero ¿eso no lleva ya días y días más muerto que muerto? -exclamó Delia. Seguía vacilante, sumida en una irritación febril, agitada por el descubrimiento de que su padre había convocado al señor Flack a París, cosa que se le antojaba casi una traición porque parecía denotar un plan. Que el señor Dosson tuviese un plan, y además un plan no comunicado, era antinatural y alarmante; y aumentaba la provocación el hecho de que pareciese rehuir la

responsabilidad al no haber comparecido, en semejante momento, con el señor Flack. En cualquier caso, Delia estaba impaciente por saber qué pretendía. ¿Quería volver a estar con un joven de lo más corriente, por activo que fuese? ¿Quería presentar al señor Flack, con un frívolo optimismo improvisado, como sustituto del alejado Gaston? De no haber temido que algo aún más comprometido que todo lo que se había dicho hasta entonces pudiese llegar a ocurrir entre los dos si los dejaba a solas, habría bajado como una flecha al patio para aplacar sus conjeturas, para enfrentarse a su padre y decirle que le agradecería mucho que no se entrometiese. Se sintió liberada, sin embargo, acto seguido, pues ocurrió algo que le pareció una pronta indicación de lo que estaba sintiendo su hermana.

-¿Saben cómo veo yo este asunto, según lo que me ha contado su padre? -preguntó el señor Flack-. No digo que fuera él quien sugirió la interpretación, sino que mi propio conocimiento del mundo (¡del mundo tal y como es aquí!) me fuerza a aceptarla. Están escandalizados, horrorizados; jamás han oído nada tan espantoso: ¡señorita Francie, eso no cuela! Saben lo que sale en los periódicos cada día de su vida y saben cómo llega hasta allí. Sencillamente, están haciendo de todo esto un pretexto para romper..., porque no creen que sea usted lo bastante distinguida. Están encantados de haber encontrado un pretexto que pueden explotar, y ahí están, tan contentos como un grupo de niños cuando no hay colegio. Así veo yo todo esto.

-Ay... ¿cómo puede decir algo así? -dijo Francie arrastrando las palabras, con un temblor en la voz que sorprendió a su hermana. En ese mismo instante sus ojos se toparon con los de Delia, y el corazón de esta joven dio un vuelco al sentir que Francie estaba a salvo. La falta de delicadeza del señor Flack intentaba demostrar demasiadas cosas (a pesar de que la señorita Dosson tenía ideas rudimentarias sobre las libertades que podía tomarse la prensa, notó, aun siendo una mujer lega en la materia, que el joven estaba dando un enorme paso en falso), y le pareció que se podía confiar en que Francie, que estaba indignada (el modo de mirarla, con horror, lo demostraba), pondría freno a sus insinuaciones.

-Cielito, ¿qué más da lo que diga él? -exclamó Delia-. ¡No le dejes hablar más del asunto! Está diciendo disparates. Voy a bajar a ver qué pretende papá... Jamás he oído mayor tontería! -se detuvo un instante en la puerta para añadir en silencio, con una mirada apremiante-: Recuerda... ¡Acaba con él! -era la misma orden que le había dado desde lejos aquel día, hacía un año, que estuvieron cenando todos en Saint-Germain, y recordaba lo eficaz que había sido entonces. A continuación, salió bruscamente.

Tan pronto como se hubo ido, el señor Flack se acercó más a Francie.

-Vamos a ver, no estará usted dándome la espalda, ¿verdad que no?

-¿Dándole la espalda? ¿De qué está usted hablando? -¿Acaso no estamos juntos en este asunto? Seguro que sí.

-¿Juntos..., juntos? -repitió Francie, mirándole.

-¿No recuerda lo que le dije -con claridad meridiana- antes de ir al estudio de Waterlow, antes de nuestro paseo? Le notifiqué que habría de aprovecharlo todo.

-Sí, claro que lo entendí... Todo era para eso. Así se lo dije a ellos. Jamás lo negué.

-¿Así se lo dijo?

-Cuando estaban llorando y dale que dale. Les dije que lo sabía... Les dije que le puse a usted sobre la pista, por decirlo así.

Notó que los ojos del señor Flack se posaban sobre ella de una manera extraña mientras

decía estas palabras; de pronto estaba aún más cerca: le había cogido la mano.

-¡Ay, qué dulce es usted! -Francie soltó la mano y con el esfuerzo se puso en pie de un salto; pero él, levantándose también, parecía arrimarse cada vez más... Francie tuvo la sensación (era desagradable) de que se estaba mostrando demasiado expresivo..., así que se echó un poco hacia atrás-. ¿Estaban todos bramando y rabiando, intentando hacerle creer que los ha ultrajado?

-Todos menos el joven señor Probert. Sin duda, no les ha gustado.

-¡Cobardes! -dijo George Flack-. Y ¿dónde estaba el joven señor Probert?

-Estaba fuera, ya se lo he dicho, en América.

-Ah, sí, me lo dijo su padre. Y ahora que ha vuelto..., ¿a él tampoco le gusta?

-No lo sé, señor Flack -replicó Francie con impaciencia.

-Bueno, pues yo sí. Él también es un cobarde... Hará lo que le diga su padre..., y la condesa, y la duquesa, y todos los demás: simplemente, se echará atrás... Renunciará a usted.

-No puedo hablar con usted de esto -dijo Francie.

-¿Por qué no? ¿Por qué le considera un objeto tan sagrado, cuando usted *y* yo *estamos* juntos? Eso no puede usted cambiarlo. Es sencillamente delicioso, que haya salido usted en mi defensa..., ¡que no me haya negado!

-Puso usted cosas que yo jamás dije. A mí me parece que fue muy diferente -observó la muchacha.

-*Todo* es diferente una vez que se publica. ¿Para qué si no servirían los periódicos? Además, no fui yo; fue una dama que me ayuda aquí... Me ha oído hablar de ella: la señorita Topping. Tiene tantas ganas de conocerla... Quiere hablar con usted.

-¿Y lo publicará? -preguntó gravemente Francie.

El señor Flack se la quedó mirando un momento.

-¡Dios mío, cuánto han influido en usted! ¿Ya *usted* le parece mal?

-Que si me parece mal ¿qué?

-Qué va a ser, la epístola de la que estamos hablando.

-Bueno..., no me gusta.

-¿Cree que fui desleal?

La muchacha no respondió, pero al cabo de un momento dijo:

-¿Por qué viene usted aquí de esta manera? ¿Por qué me hace semejantes preguntas?

Flack titubeó; después, estalló:

-Porque la amo..., ¿acaso no lo sabe?

-¡Ay, por favor, no! -gimió ella, dándose la vuelta.

-¿Por qué se niega a entenderlo? ¿Por qué se niega a entender lo demás? ¿No ve cómo se han desarrollado las cosas..., las fieras despiadadas en que se han convertido, y cómo *nuestra* vida, la suya *y* la mía, está destinada a ser la misma? ¿No ve de qué manera tan ruin la tratan, y que lo único que *yo* quiero es hacer cualquier cosa por usted?

Francie no respondió inmediatamente a esta súplica, pero al cabo de un instante empezó a decir:

-¿Por qué me hizo tantas preguntas aquel día?

-Porque yo siempre hago preguntas... Me dedico a hacerlas. ¿Acaso no me ha visto preguntándole siempre todo lo que podía a usted y a todo el mundo? ¿Acaso no sabe que son los mismísimos cimientos de mi trabajo? Pensaba que veía con muy buenos ojos mi trabajo... Antes me lo decía.

-Bueno, así era elijo Francie.

-Ya veo, lo expresa en pasado. Así que ya no.

A pesar de que este comentario delataba una rara confianza en sí mismo por parte de su visitante, no alteró la dulzura de la muchacha. Vaciló, incluso sonrió; luego, repuso:

-Sí, todavía lo hago..., sólo que no tanto.

-*Sí* que han influido en usted, pero yo había pensado que la habrían indignado. No me importa... Me conformo incluso con un poco de simpatía..., la que le quede -se detuvo y la miró pero, como Francie guardaba silencio, continuó-: No estaba obligada a responder a mis preguntas... Me podía haber hecho callar, aquel día, con una sola palabra.

-¿De verdad? -preguntó Francie, con toda su dulce buena fe en el rostro-. Pensé que tenía que responder... Temía quedar como una desagradecida.

-¿Desagradecida?

-Claro, con usted, después de todo lo que había hecho. ¿No recuerda que fue usted quien nos presentó a...? -y se detuvo con una especie de delicadeza cansina.

-A esos esnobs que chillan como pavos reales asustados, no. Perdone, pero no tengo *ese* cargo de conciencia.

-Bueno, usted nos presentó al señor Waterlow y él nos presentó a..., a sus amigos -explicó Francie, sonrojándose por la inexactitud que había originado su magnanimidad, como si fuera un defecto-. Por eso pensé que tenía que contarle lo que usted quisiera.

-Vaya, ¿supone que de haber sabido a lo que la iba a exponer aquella primera visita que hicimos a Waterlow la habría llevado a cincuenta millas de...? -súbitamente se detuvo; después, cambiando de tono, añadió-: ¡Dios mío, es usted única! ¿Yles dijo que todo fue obra *suya?*

-Olvídese de lo que les dije.

-Señorita Francie -dijo George Flack-, si se casa usted conmigo jamás volveré a preguntarle nada. Cambiaré de trabajo.

-¿Así que no lo hizo adrede? -preguntó Francie.

-¿Adrede?

-Hacerme reñir con ellos..., para que volviese a ser libre.

-Pero bueno, ¡vaya ocurrencia! -exclamó el joven, mirándola fijamente-. Esto no es fruto de su imaginación... Es de la de su hermana.

-¿Y no es normal que se me ocurriese a mí, puesto que, como dice, usted jamás habría sido conscientemente el medio...?

-¡Ah, pero *sí* que he sido el medio! -interrumpió el señor Flack-. Al fin y al cabo, hemos de ceñirnos a lo que *de hecho* ha ocurrido.

-Bueno, le di las gracias cuando salí a pasear con usted y le permití que me sonsacase. Así que estamos empatados, ¿no? -la expresión era un coloquialismo que por lo general se asocia con la frivolidad, pero su rostro, mientras hablaba, estaba a pesar de todo profundamente serio..., serio hasta el punto del dolor.

-¿Estamos empatados? -repitió el señor Flack.

-No creo que deba usted pedirme nada más. ¡Adiós! -¿Adiós? Jamás! -gritó el joven.

Pareció ruborizarse de decepción, y esto realmente demostraba que había venido con cierta confianza en su éxito.

Algo en la manera en que Francie repitió su « ¡Adiós! » indicó que se daba cuenta de ello y que la visión de semejante confianza le agradaba bien poco.

-¡Váyase! -estalló.

-Bien, volveré muy pronto -dijo el señor Flack, cogiendo el sombrero.

-Por favor no lo haga... No me gusta -se las había arreglado para crear ahora un amplio espacio entre los dos.

-¡Ah, torturadora! -gimió. Fue hacia la puerta, pero antes de llegar se dio media vuelta-. ¿Querrá decirme una cosa, de todos modos? *¿Va a* casarse con el señor Probert... después de esto?

-¿Quiere sacarlo en el periódico?

-Por supuesto que sí... ¡Y decir que lo dijo usted! –el señor Flack irguió la cabeza.

Se quedaron mirándose el uno al otro con la gran habitación por medio.

-Muy bien, pues... no. ¡Ahí lo tiene!

-De acuerdo -dijo el señor Flack, saliendo.

XIV

Cuando Gaston Probert llegó aquella tarde fue recibido por el señor Dosson y Delia, y cuando preguntó dónde estaba Francie, Delia le dijo que se dejaría ver en media hora. Francie había instruido a su hermana para que, como Gaston tendría, antes que nada, que informar a su padre sobre el negocio que había despachado en América, no hubiese un montón de mujeres en la habitación. Cuando Delia soltó este discurso ante el señor Dosson, el anciano protestó que no tenía ninguna prisa por los negocios; lo que más quería saber era si se lo había pasado bien..., si le gustaba todo aquello. Puede que le hubiese gustado, pero no tenía aspecto de habérselo pasado muy bien. El rostro de Gaston hablaba de reveses, de sufrimiento; y Delia le confesó que, de no ser porque él la había tranquilizado en sentido contrario, habría creído que estaba lisa y llanamente enfermo. Confesó que había estado muy enfermo en la mar y que aún le duraban los efectos, pero insistió en que ahora no le pasaba nada. Estuvo un rato sentado con el señor Dosson y con Delia, y ni una sola vez aludió a la nube que se cernía sobre sus relaciones. Delia había aleccionado a su padre para que guardase silencio al respecto, y la manera en que la muchacha se había abalanzado sobre él por la mañana, cuando el señor Flack estaba en el piso de arriba, era una lección que probablemente no habría de olvidar pronto. Le había recalcado que ella era mucho más sabia de lo que él podría aspirar a ser jamás, y ahora su padre se cuidaba mucho de hablar «del artículo del periódico» a no ser que el joven Probert lo mencionase antes. Cuando Delia bajó corriendo a buscarle al patio, lo primero que hizo fue preguntarle categóricamente a quién había querido beneficiar enviando al señor Flack a su salón. ¿A Francie, o a ella? Vaya, sintiendo lo que sentían..., si detestaban su mero nombre. ¿Al señor Flack? Pues no había conseguido sino exponerle al mayor desaire que había sufrido en su vida.

-¡Bueno, que me aspen si entiendo algo! -había dicho el pobre señor Dosson-. Pensaba que te gustaba el artículo..., con lo raro que te parece que *a ellos* no les guste -y «ellos», en el habla de los Dosson, no significaba ahora nada más que los Probert reunidos en asamblea.

-¡Lo único que me parece raro eres tú! -había contestado Delia; y le había hecho saber a su padre que había dejado a Francie en el mísmisimo acto de «manejar» al señor Flack.

-¿Es verdad eso? -había preguntado con impotencia el viejo caballero.

El visitante de Francie bajó unos minutos más tarde, cruzó el patio y salió del hotel sin

mirarlos. El señor Dosson estuvo a punto de llamarle, pero Delia le frenó con un fuerte pellizco. El carácter insociable de la partida del joven periodista aumentó la sensación que tenía el señor Dosson del misterio de las cosas. Creo que cabe decir que éste fue el único incidente de todo el asunto que le causó un dolor personal. Recordaba cuántos cigarros se había fumado con el señor Flack, y hasta qué punto le había hecho partícipe de todo. Esto sí que le parecía el fracaso de la amistad, y no la publicación de detalles sobre los Probert. En lo más hondo del espíritu del señor Dosson había cierta sensación de que si estas personas habían hecho algo malo debían avergonzarse de sí mismas *y* no podía compadecerlas, *y* si no lo habían hecho entonces no había necesidad de armar tanto jaleo por el hecho de que otras personas lo supieran. Por tanto, a pesar de la brusca partida del joven, el comentario que le hizo a Delia conservaba el tono del perdón americano:

-Dice que eso es lo que les gusta allí y que es razonable que si montas un periódico tengas que darles lo que les gusta. Si quieres que la gente esté contigo, tienes que estar con la gente.

-Bueno, hay muchísima gente en el mundo. No creo que los Probert estén con nosotros.

-Mujer, no se refiere a ellos -dijo el señor Dosson.

-¡Bueno, pues yo sí! -exclamó Delia.

En una de las mesas de similor, cerca de una lámpara con una pantalla rosa, Gaston insistía en hacer al menos una declaración parcial. No dijo que quizá nunca volviese a tener la oportunidad, pero Delia notó con desesperación que tenía esta idea en la cabeza. Estaba muy afable, muy cortés, pero a todas luces frío, pensó; estaba intensamente abatido y en media hora no soltó ni una bromita. No es que hubiera ninguna ocasión en particular mientras estuvo hablando de «bonos preferentes» con su padre. Éste era un lenguaje que Delia no podía traducir, a pesar de que lo llevaba oyendo desde la infancia. Tenía muchísimos papeles que enseñarle al señor Dosson, informes de la misión que había desempeñado, pero el señor Dosson los metió en un cajón de la mesa de similor con el comentario de que suponía que estarían bien. Ahora, visto lo visto, no parecía conceder más que una leve importancia a los logros de Gaston, actitud que Delia notó que al joven le resultaba ligeramente desconcertante. Delia la entendía: tenía la sensación instintiva de que su padre sabía mucho más de lo que Gaston pudiera decirle, incluso sobre el trabajo que le había encomendado, y también de que en esas meticulosas cuentas había un ahínco y un prosaísmo que eran totalmente ajenos a los hábitos nativos del señor Dosson. Si Gaston se había enfriado, al menos quería ser capaz de decir que les había prestado servicios en América; pero ahora su padre, al menos por el momento, apenas parecía considerar que mereciese la pena hablar de sus servicios: circunstancia esta que le dejaba con más responsabilidad respecto a su enfriamiento. Lo que quería saber el señor Dosson era qué impresión le habían causado las cosas de allí, sobre todo el edificio Pickett y los coches salón, y Niágara, y los hoteles a los que le había dicho que fuera, dándole en dos o tres casos una carta de presentación para el caballero encargado de la dirección. Era en estas cuestiones donde Gaston adolecía de falta de vigor, como se decía la muchacha para sus adentros; no manifestaba ninguna alegría visible. No obstante afirmó, en varias ocasiones, que era un país harto extraordinario: harto extraordinario y que superaba con creces todo lo que se había imaginado.

-Por supuesto, no *todo* me gustó -dijo-, igual que no me gusta todo en todas partes.

-A ver, ¿qué es lo que no le gustó? -preguntó cordialmente el señor Dosson.

Gaston Probert vaciló.

-Bueno, la luz, por ejemplo.

-La luz..., ¿la eléctrica?

-¡No, la solar! Me pareció bastante dura, demasiado como el chirrido de una tiza -y viendo que el señor Dosson parecía despistado, como si se estuviese refiriendo a alguna empresa (una gran compañía de lámparas) de la que no había oído hablar y ello fuese indicio de que tal vez llevaba demasiado tiempo fuera, Gaston añadió inmediatamente-: Francamente, creo que Francie podría venir ya. Le escribí diciéndole que quería verla a ella en especial.

-Iré a avisarla..., la haré venir Mijo Delia, y salió. Los dejó a los dos solos y Gaston retomó la cuestión del señor Munster, el antiguo socio del señor Dosson, al que había llevado una carta y que le había dedicado todo tipo de atenciones. El señor Dosson se puso contento; aun así, súbitamente prorrumpió:

-Vamos a ver: si tiene usted algo que decir que no le parezca muy aceptable, mejor será que me lo diga *a mí.*

Gaston se sonrojó, pero su respuesta fue frenada por el pronto regreso de Delia. Anunció que su hermana le agradecería que fuese al pequeño comedor: allí la encontraría. Tenía que comunicarle algo que solamente podía mencionar en privado. Era muy cómodo; había una lámpara y un fuego.

-¡Vaya, veo que sí que sabe cuidarse! -comentó a esto el señor Dosson, riéndose-. ¿Qué quiere decirle? -quiso saber una vez que Gaston hubo salido.

-¡A saber! Se niega a contármelo. Pero es de mentecatos, a la edad de Gaston, vivir tan aterrorizado.

-¿Tan aterrorizado?

-De tu padre, claro. Tienes que elegir.

-¿Cómo? ¿Elegir?

-Vaya, si hay una persona que a ti te gusta y a él no.

-Quieres decir que no puedes elegir a tu padre -dijo el señor Dosson, pensativamente.

-Por supuesto que no puedes.

-Bueno, pues entonces que por favor no te guste nadie. Aunque puede que *a mí* me gustase él -añadió el señor Dosson, fiel a su jovial tradición.

-Supongo que no te quedaría más remedio -dijo Delia.

En la pequeña *salle-á-manger,* cuando entró Gaston, Francie estaba de pie junto a la mesa vacía, y nada más verle dijo:

-No puedes decir que no te advertí de que algo haría. No hice otra cosa, desde el principio. Así que estabas avisado una y mil veces; sabías lo que podías esperar.

-Ah, no vuelvas a decir eso; ¡si supieras cómo me crispa los nervios! -gimió el joven-. Hablas como si lo hubieras hecho adrede..., para cumplir tu absurda amenaza.

-Bueno, ¿qué mas da, si todo ha terminado?

-No ha terminado todo. ¡Ojalá!

La muchacha le miró fijamente.

-¿No sabes para qué te he hecho venir? Para despedirme.

-Francie, ¿qué bicho te ha picado? -dijo-. ¿Qué poder diabólico, qué veneno?

Habría sido un curioso espectáculo para un observador ver la oposición entre estas jóvenes figuras, tan lozanas, tan francas, tan hechas para confiar la una en la otra y ahora, sin embargo, apartadas y mirándose con un gesto de lánguido desafío que endurecía sus

rostros.

-¿Acaso no me desprecian? ¿Acaso no me odian? ¡Tú mismo lo haces! Seguro que te alegrará que sea yo la que rompa y te evite tamaña dificultad, tamaña responsabilidad.

-No entiendo; ¡es como un horrible sueño! -gritó Gaston Probert . Te comportas como si hubieras hecho una apuesta, y también hablas así. No me lo creo... No me creo ni una sola palabra.

-¿Qué es lo que no te crees?

-Que se lo contaste..., que se lo contaste a sabiendas. Si lo retiras (¡es demasiado monstruoso!), si lo niegas y confiesas que te embaucó y que te pilló desprevenida, aún se puede arreglar todo.

-¿Quieres que mienta? -preguntó Francie Dosson-. Pensé que te gustaría.

-¡Ah, Francie, Francie! -gimió el infeliz joven, con lágrimas en los ojos.

-¿Qué es lo que puede arreglarse? ¿Qué significa «todo»? -continuó.

Vaya, pues que lo aceptarán; no pedirán nada más. Es tu participación lo que no pueden perdonar.

-¿*Ellos* no pueden? ¿Por qué me hablas de ellos? No estoy comprometida con ellos.

-¡Ay, Francie, *yo* sí! ¡Y son ellos los que yacen sepultados bajo esa inmunda basura!

Francie se sonrojó al oír esta descripción de la epístola del señor Flack; después dijo, con voz más suave:

-Lo siento mucho; lo siento mucho, de verdad. Pero es evidente que no soy nada delicada.

La miró con impotencia y amargura.

-Desde luego, si fuera por los periódicos de tu país, no podrías serlo. ¡Dios mío, son increíbles! ¡Y las damas los dejan sobre sus mesillas!

-Me dijiste que aquí no podíamos..., que los de París son demasiado malos.

-Malos sí que son, bien lo sabe Dios; pero nunca han publicado nada así... Nunca han vertido semejante torrente de impudicias sobre personas decentes y discretas que sólo desean que las dejen en paz.

Francie se dejó caer en una silla al lado de la mesa, como si estuviera demasiado cansada para seguir de pie, y con los brazos extendidos sobre la felpa iluminada le miró.

-¿Fue allí donde lo viste?

-Sí, unos pocos días antes de zarpar. Odié los periódicos desde el mismo instante en que llegué: apenas si los hojeé. Pero fue una casualidad. Abrí el periódico en el vestíbulo de un hotel (¡había un gran suelo de mármol *y* escupideras!) *y* me topé con aquel horror. Me puso enfermo.

-¿Pensaste que había sido yo?

-Tan lejos estuve de hacerlo como de pensar que había sido mi padre. Pero estaba demasiado perplejo, demasiado atormentado.

-Entonces, ¿por qué no me escribiste, si no pensabas que había sido yo?

-¿Escribirte? Te escribía cada tres días.

-Después de eso, no.

-Bueno, puede que al final me saltase un correo... Pensé que podría haber sido Delia -añadió al instante Gaston. -Ah, ella no quería que lo hiciera..., el día que me fui con él, el día que se lo conté. Intentó impedírmelo.

-¡Ojalá lo hubiera hecho!

-¿No les has dicho que también ella es delicada? -preguntó Francie, con su extraño tono

de voz.

Gaston no respondió a esto, pero estalló:

-Por el amor de Dios, ¿qué poder ejerce ese hombre sobre ti? ¿Qué hechizo te ha hecho?

-Es un viejo amigo... Nos ayudó muchísimo al principio de estar en París.

-Pero, querida chiquilla, vaya amigos... ¡Conocer a un

hombre así! -Si no le hubiéramos conocido no te habríamos conocido a ti. Recuerda que fue el señor Flack quien nos llevó aquel día al estudio del señor Waterlow.

-Bah, habríais ido por alguna otra vía.

-En absoluto. No conocíamos otras vías. Nos ayudó en todo..., nos enseñó todo. Por eso le conté... cuando me preguntó. Le tenía afecto por lo que había hecho.

Gaston, que ahora también se había sentado, escuchó con atención.

-Ya veo. Fue una especie de delicadeza.

-¡Ah, una especie...! -sonrió.

Gaston permaneció un rato con la mirada fija en su rostro.

-¿Fue por mí?

-Por supuesto que fue por ti.

-¡Ah, qué extraña eres! -exclamó con ternura-. Tantas contradicciones..., *on s'y perd*[16]. Ojalá se lo dijeras *a ellos* así, de esa manera. Todo iría bien.

-Jamás, jamás! -dijo la muchacha-. Los he agraviado, y nada volverá a ser igual. Ha sido funesto. Si me sintiera como se sienten ellos también yo aborrecería a la persona que hubiera hecho semejante cosa. A mí no me parece que esté tan mal, la cosa del periódico; pero tú sabrás. Has de volver con ellos. Tú sabrás -repitió.

-Eran las últimas, las últimas personas en Francia a las que se les podía hacer algo así. La sensación de tormento... de humillación -replicó Gaston, haciendo sus reflexiones en voz alta.

-¡Ah, no es necesario que me lo digas! ¡Los vi a todos allí! -exclamó Francie.

-Debió de ser una escena espantosa. Pero *no* les harías frente, ¿verdad?

-Hacerles frente..., ¿de qué estás hablando? ¡A ti esa idea te resulta increíble!

-No, en absoluto -dijo afablemente.

-Bueno, vuelve con ellos..., vuelve -repitió. Al oír esto Gaston se medio abalanzó sobre la mesa, para cogerle las manos; pero Francie se apartó y, viendo que se acercaba, empujó la silla y se levantó de golpe-. Bien sabes que no has venido aquí para decirme que estás dispuesto a renunciar a ellos.

Gaston se puso en pie, lentamente.

-¿Renunciar a ellos? Estoy que me caigo de tanto batallar con ellos. Tú no sabes cómo se sienten..., cómo *deben* sentirse.

-Ah, sí que lo sé. Todo esto me ha vuelto más vieja, cada hora que pasa, más.

-Te ha vuelto más hermosa -dijo Gaston Probert.

-Me da igual. Por nada consentiré en un sacrificio.

-Algún sacrificio sí que ha de haber. Dame tiempo... Dame tiempo, yo me encargaré. Ojalá no te hubiesen visto allí en el Bois.

-¿En el Bois?

-Ojalá no te hubiese visto Marguerite..., con ese canalla. Ésa es la imagen que no consiguen superar.

---

[16] Se pierde uno.

-Veo que tú tampoco, Gaston. Bueno, pues sí que estaba allí, y bien contenta. No puedo decir más. Tienes que aceptarme como soy.

-¡Calla..., calla, me enfureces! -suplicó, frunciendo el ceño.

Había parecido que Francie se suavizaba, pero de pronto se volvió a enardecer.

-Claro que te enfurezco, y volveré a hacerlo. Somos demasiado diferentes. Todo contribuye a que lo seas. Eres incapaz de renunciara ellos, jamás, jamás. Adiós..., ¡adiós! Eso era lo único que te quería decir.

-¡Le voy a estrangular! -dijo lúgubremente Gaston.

-¡Muy bien, ve! Adiós -había dirigido rápidamente sus pasos a la puerta y ya la había abierto, para esfumarse igual que la última vez.

-¡Francie, Francie! -exclamó, siguiéndola al pasillo. La puerta no era la que daba al salón; comunicaba con los otros apartamentos. La muchacha se había metido allí precipitadamente; Gaston oía ya cómo se encerraba. Entonces se marchó, sin despedirse del señor Dosson y Delia.

-Vaya, se comporta justo igual que el señor Flack -dijo el anciano cuando descubrieron que la entrevista del comedor había llegado a su fin.

El día siguiente fue un mal día para Charles Waterlow. Su trabajo, en la Avenue de Villiers, sufrió terribles interrupciones. Gaston Probert se invitó a almorzar con él al mediodía y se quedó hasta la hora en que solía irse el artista, extravagancia justificada en parte por la previa separación de varias semanas. Durante estas tres o cuatro horas Gaston estuvo paseando por el estudio de arriba abajo, mientras Waterlow se sentaba o se ponía frente a su caballete. Molestaba sobremanera a su anfitrión y le sacaba de quicio, pero Waterlow fue paciente con él porque, notando que la ocasión era una gran crisis, le daba mucha lástima. Su compasión, bien es cierto, tenía un ligero dejo de desdén: aun así, contemplaba el caso con generosidad, percibía que era uno de ésos en los que un amigo debe ser un amigo..., en el que él, concretamente, podía ayudar al agitado joven a salir a flote. Gaston estaba febril; prorrumpía en argumentos apasionados a los que seguían intervalos de un silencio sombrío. Deambulaba sin cesar, con las manos en los bolsillos y el cabello revuelto; no podía ni tomar una decisión ni tomarse un respiro momentáneo. A Waterlow le pareció más que nunca que a fin de cuentas Gaston era esencialmente un extranjero; tenía la sensibilidad de uno, la franqueza sentimental, la necesidad de simpatía, la misma desesperación por comunicarse. En su turbación, un auténtico joven anglosajón se habría retraído y se habría mostrado seco e incómodo, habría ido al grano y habría carecido de toda conciencia de drama; pero Gaston estaba efusivo y suplicante, y ridículo, y digno... sobre todo, natural, y lleno de egoísmo. De hecho, un auténtico joven anglosajón ni siquiera habría padecido esta turbación en particular, puesto que no se habría desprendido hasta tal punto de su independencia moral. Era esta debilidad la que suscitaba el secreto desdén de Waterlow: el sentimiento familiar estaba muy bien, pero verlo erigido en superstición le afectaba de modo muy similar a la imagen de un negro arrodillado ante un fetiche. Ahora veía por vez primera las raíces que había echado en la naturaleza de Gaston. Para portarse como un hombre el pobre tipo tenía que arrancar la raíz, pero la operación era terriblemente dolorosa: iba acompañada de gritos, lágrimas y contorsiones, de escrúpulos desconcertantes y cierta sensación de sacrilegio, la sensación de estar tomando partido con extraños contra los de su propia sangre. De cuando en cuando estallaba: «Y si la vieras, tal y como está justo ahora (¡es sencillamente adorable..., conmovedora!), verías cuánta razón tuve al principio..., cuando vi en ella

aquella revelación estilo Renacimiento francés, ya sabes, ya lo hablamos». Pero regresaba, con una frecuencia como poco idéntica, a la idea de la que parecía incapaz de desprenderse: que era como algo hecho adrede, con cierta crueldad refinada... que les ocurriese un percance así *a ellos,* que eran, de toda la gente que hay sobre la tierra, los últimos, los ultimísimos, los que sinceramente pensaba que lo sentirían más que cualquier otra familia del mundo. Cuando Waterlow preguntó qué les hacía ser tan excepcionalmente picajosos, sólo pudo decir que sencillamente así eran; se debía a la influencia de su padre, a su carácter, a su veneración de la intimidad y los buenos modales, al odio de todas las nuevas familiaridades y profanaciones. Al fin, con bastante cansancio, el artista preguntó también cuál era, en dos palabras, la cuestión práctica que su amigo deseaba que contemplase. ¿Si estaría justificado que dejase plantada a la señorita Francina? ¿De eso se trataba?

-¡Cielos, no! ¿Me tomas por un rufián? Cometió un error, pero cualquiera podría hacerlo. Se trata de si crees que esta ría justificado que los dejase plantados a *ellos.*

-Depende de lo que entiendas por *estar justificado.*

-Pues... ¿me sentiría miserablemente desgraciado? ¿Tendrían el poder de hacerme sentir así?

-De intentarlo, desde luego..., si es que son capaces de algo tan feo. La única conducta honrosa que les cabe es dejarte en paz.

-Ah, eso no lo harán... Me aprecian demasiado -dijo Gaston, ingenuamente.

-Extraña manera de apreciar. La mejor manera de demostrarlo sería que te dejasen casarte con la muchacha que amas.

-Desde luego..., pero están profundamente convencidos de que representa tantos peligros, tantas vulgaridades, tantas posibilidades de hacer otras cosas semejantes, que sería contra *esto* contra lo que se estrellaría mi felicidad.

-Bueno, si tú no tienes la clave para persuadirles de lo contrario, me temo que yo no te puedo ofrecer ninguna.

-Sí, debería hacerlo yo -reflexionó Gaston, sumido en la franqueza de sus cavilaciones. Después prosiguió, con su atormentada incoherencia-: Nunca han creído en ella, desde el primer momento. Mi padre lo dejó bien claro. En el fondo nunca la aceptaron; sólo lo fingieron porque les garanticé que era incapaz de hacer nada que pudiese desagradarles. Entonces, nada más darme la vuelta, ¡va y hace eso!

-Ése fue tu desatino.

-¿Mi desatino? ¿Darme la vuelta?

-No, no..., dar garantías.

-Amigo mío, ¿tú no lo habrías hecho? -preguntó Gaston, mirándole fijamente.

-Por nada del mundo.

-¿La habrías creído capaz?

-*¡Capabilísima!Yme* habría dado igual.

-Entonces, ¿la crees capaz de volver a hacerlo?

-Me da lo mismo; es lo que menos importa.

-¿Lo que menos?

-Ay, ¿no te das cuenta, infeliz jovencito -dijo Waterlow, haciendo una pausa en su trabajo y alzando la vista-, no te das cuenta de que la cuestión de sus posibilidades es insignificante comparada con la de las tuyas? Es la jovencita más dulce que he visto en mi vida; pero, aunque no lo fuese, te apremiaría a que te casases con ella por una mera

cuestión de defensa propia.

-¿De defensa propia?

-Para rescatar de la destrucción el último residuo de tu independencia. Ése es un asunto mucho más importante, incluso, que el de no tratarla mal. Están haciendo todo lo posible por matarte moralmente..., por incapacitarte para una vida individual.

-¡Eso es! ¡Eso es! -afirmó Gaston con entusiasmo.

-Entonces, si piensas eso, ¡por el amor de Dios, ve y cásate con ella mañana mismo! -Waterlow soltó los aparejos y añadió-: Y sal de todo esto... al aire libre.

Aun así, Gaston se plantó en seco de camino a la puerta.

-Pero ¿y si vuelve con las mismas?

-¿Con las mismas?

-Con alguna otra manifestación igual de terrible.

-Bueno -dijo Waterlow-, al menos te habrás librado de tu familia.

-¡Sí, si lo hace me alegraré de que no estén ahí! Tienen razón, *pourtant,* tienen razón -continuó Gaston, saliendo del estudio con su amigo.

-¿Tienen razón?

-Fue algo espantoso.

-¡Sí, gracias a Dios! Fue la mano de la providencia, para darte tu oportunidad.

Esto era ingenioso, pero, aunque pudo reaccionar animándose por un momento, el enamorado de Francie -si es que cabe llamarle enamorado en tan enfermiza condición- pareció desconfiar, se le antojó ligeramente sofístico. Lo que verdaderamente hizo mella en él, sin embargo, fue que su compañero le dijera en el vestíbulo, cuando habían cogido el sombrero y el bastón y estaban a punto de salir:

-Pero, hombre, ¿cómo puedes ser tan duro de entendederas? ¿No ves que es de la más suave, de la más fina de las sustancias, que es una flor plásticamente perfecta, que todo aquello de lo que puedas tener aprensión se le caerá como se caen las hojas muertas de una rosa y que puedes hacer de ella cualquier cosa perfecta y encantadora que tu propio ingenio te permita concebir?

-¡Ah, querido amigo! -murmuró Gaston Probert, agradecido y sin aliento.

-El límite lo pondrás tú, no ella -añadió Waterlow.

-No, no, para mí los límites se han acabado -repuso, extasiado, su compañero.

Aquella noche, a las diez, Gaston fue al Hotel de l'Univers et de Cheltenham y solicitó al camarero alemán que le condujese hasta el comedor anexo a los apartamentos del señor Dosson y que fuese después a decirle a la señorita Francie que la esperaba allí.

-Ah, estarrá usted mejorr ahí que en el salón... Lo han llenado de maletas-dijo el hombre, que siempre se dirigía a él con un amago de inglés y que no ignoraba el lazo que unía al visitante con la afable familia americana, tal vez ni siquiera las modificaciones que había sufrido en los últimos tiempos.

-¿Con sus maletas?

-Se van mañana porr la mañana... No creo que ni ellos sepan adónde, señorr.

-Entonces, por favor, dígale a la señorita Francina que he venido por un asunto muy importante..., ¡que tengo mucha, mucha prisa!

La vehemencia del sentimiento que poseía a Gaston en ese instante es contagiosa, pero tal vez la viveza con que el camarero se la expuso a la joven se explique mejor por el hecho de que el enamorado le pasó disimuladamente una moneda de cinco francos. Sea como fuere, apareció en el comedor antes de lo que Gaston se había atrevido a esperar,

aunque rectificó un poco esta presteza parándose en seco y echándose hacia atrás al ver lo pálido que estaba y que tenía aspecto de haber estado llorando.

-He elegido..., he elegido -dijo suavemente, contradiciendo con una sonrisa estas señales.

-¿Has elegido?

-He tenido que renunciar a ellos. ¡Pero lo prefiero mil veces a tener que renunciar *a ti!* Al principio te acepté con su consentimiento. Muy bien: merecía la pena intentarlo. Pero ahora te acepto sin él. Así también podemos vivir.

-Ah, yo no lo valgo. ¡Renuncias a demasiado! -exclamó la muchacha-. Nos vamos... Todo ha terminado -y se apartó deprisa como para poner en práctica lo que quería decir, pero él la cogió aún más deprisa y la sujetó; la sujetó con fuerza durante un buen rato. Acababa de soltarse cuando su padre y su hermana irrumpieron desde el salón, evidentemente atraídos por el alboroto.

-¡Ay, me parecía que como poco habrías tirado la lámpara! -exclamó Delia.

-Tienen que llevarme con ustedes si se van, señor Dosson -dijo Gaston-. Me pondré en marcha cuando usted disponga.

-De acuerdo... ¿adónde vamos? -preguntó el anciano. -¿No lo tenían decidido?

-Bueno, las chicas dijeron que me lo harían saber.

-Íbamos a volver a casa -dijo Francie.

-Por supuesto que no... ¡En absoluto! -declaró Delia.

-Ay, allí no... -murmuró patéticamente Gaston, mirando a Francie.

-Bueno, cuando lo decidáis podéis ir a por los billetes -observó el señor Dosson.

-A algún lugar donde no haya periódicos -siguió Gaston.

-Me temo que os va a costar lo suyo dar con un lugar así.

-¡Santo cielo, no tenemos por qué leerlos! No habríamos leído aquél si su familia no nos hubiese obligado -dijo Delia a su futuro cuñado.

-Bueno, jamás estaré obligado a ... Jamás en la vida volveré a echar un vistazo a uno -repuso.

-¡Ya verá cómo no le queda más remedio! -se rió el señor Dosson.

-No, usted nos contará lo que haga falta.

Francie tenía la mirada clavada en el suelo; todos sonreían menos ella.

-¿No me van a perdonar jamás? -preguntó, alzando los ojos.

-Sí, completamente..., si consigues convencerme de que no me case contigo. Pero en ese caso, ¿de qué te iba a servir su perdón?

-Bueno, quizá sea mejor pagar algo a cambio.

-¿Pagar algo a cambio?

-Sufriendo un poco. Porque la verdad es que sí que fue espantoso.

-¡Ah, ya sufrirás, ya...! -exclamó Gaston, iluminándola con la mirada.

-Fue por ti..., solamente por ti, como te dije -prosiguió la muchacha.

-Sí, no me lo digas más... ¡No me gusta esa explicación! Debo informarle de que ahora mi padre rehusa hacer nada por mí -añadió el joven dirigiéndose al señor Dosson.

-¿Hacer nada por usted?

-Darme dinero.

-Bueno, eso hace que me sienta mejor -dijo el señor Dosson.

-Habrá suficiente para todos..., sobre todo si ahorramos en periódicos -afirmó jocosamente Delia.

-Bueno, no sé; al fin y al cabo..., *El Eco* llegó gratis -añadió su padre, en el mismo espíritu.

-¡No temas que vuelva a enviar uno! -exclamó la muchacha.

-Lo siento mucho..., porque eran un encanto -le dijo Francie a Gaston con ojos tristes.

-Mejor no digamos eso hasta que vuelvan a nosotros -repuso Gaston con tono un tanto sentencioso. En estos momentos le importaba francamente poco que sus parientes fuesen o no un encanto.

-¡Seguro que no tendréis que esperar mucho! -comentó Delia, con la misma alegría.

-¿«Hasta que vuelvan»? -repitió el señor Dosson-. -Ah, no pueden volver ahora. ¡No los aceptaremos!

Las palabras salieron de sus labios con una leve e inesperada austeridad que se impuso y creó un silencio pasajero, y es síntoma de la completa emancipación de Gaston que no se ofendiese en lo más hondo ante esta imagen de la posibilidad de que se le denegasen favores a su raza. El rencor más bien lo sentía Delia, pero se lo calló porque supo reflexionar con satisfacción que, al fin y al cabo, las llaves de la casa serían suyas, y que por tanto podría abrirles la puerta a los Probert en caso de que llamasen. Ahora que de verdad iba a celebrarse el matrimonio de su hermana, la idea de que se hubiese informado de ello al pueblo americano era aún más agradable. El grupo se marchó del Hotel de 1'Univers et de Cheltenham al día siguiente, pero al camarero alemán le pareció, mientras aceptaba otra moneda de cinco francos del feliz y ahora derrochador Gaston, que seguían sin tener nada claro adónde iban.

FIN